

PABLO PEUSNER

**REINVENTAR
LA DEBILIDAD MENTAL**

**Reflexiones psicoanalíticas
en torno de un concepto maldito**

ANEXOS A CARGO DE
VIVIANA CUEVAS
TERESA FLIMAN
GERARDO MÁXIMO GARCÍA
EMILSE PÉREZ ARIAS
MÓNICA SOBA
SILVIA YOUNG

**Letra
Viva**

Imagen de tapa: "Sísifo" (2000) de Andrés Palma.

Por contactos con el autor: pablopeusner@gmail.com

Índice

Palabras preliminares	7
1. Reinventar la debilidad mental.	13
2. El débil mental, complaciente Sísifo	45
3. “Vos lo dijiste”. Prestarse a la debilidad mental.	75
4. Reinventar la debilidad mental. Apuntes de método.	83
ANEXOS	
I. Dos Sísifos y una analista: intervenciones psicoanalíticas posibles en la debilidad mental	89
EMILSE PÉREZ ARIAS	
II. Perlas de la debilidad mental <i>institucionalizada</i>	95
MÓNICA SOBA	
III. Teseo y el Minotauro. Ante lo posible de una Integración Socio-Educativa de la debilidad mental	103
VIVIANA CUEVAS	

IV. ¿Y ante la debilidad mental, qué?	113
SILVIA YOUNG TERESA FLIMAN	
V. <i>Encore</i> , la debilidad en cuerpo	121
GERARDO MÁXIMO GARCÍA	

Palabras preliminares

... tal vez tenga algún interés obviar a una retórica que obtura toda eficacia del concepto.

JACQUES LACAN
Posición del inconsciente

Hace algún tiempo descubrí que no todos los conceptos que conforman el *corpus* de la teoría psicoanalítica tienen el mismo valor. Algunos de ellos –y quizás justamente por eso los más populares– encuentran sólidas referencias en los textos fundamentales de Sigmund Freud y Jacques Lacan. Otros coinciden incluso con ciertos escritos puntuales, dan título a trabajos clásicos o –en el caso de Lacan– a diversos seminarios. Finalmente, hay que decir que tenemos definiciones muy estrictas de muchos de ellos, convertidas en fórmulas repetidas hasta el cansancio...

Sin embargo, existen otros términos que nos colocan ante la dificultad de no disponer de precisas definiciones, ni extensos desarrollos acerca de sus características y articulaciones en la teoría. Para ellos, incluso el recurso a la cita se vuelve complicado, ya que apenas contamos con mínimas referencias desparramadas a lo largo de las obras de Freud o Lacan. Estos términos –a los que algunos colegas se niegan a considerar conceptos– resultan necesarios en nuestro trabajo como analistas y quizás sea esta la mayor motivación para no retroceder ante ellos. Y cuando uno comienza a investigarlos, a rastrearlos entre la enorme cantidad de producción teórica que el psicoanálisis genera, tiene la sensación de que no terminan de ser definidos del todo, de que se escapan, se escurren y nos obligan a tener que poner algo *nuestro*

para intentar ceñirlos o fijarlos, al menos, por un momento. En suma, uno siempre termina diciéndolos mal, algo resiste en ellos, resultan *maledictus*...

La debilidad mental es uno de esos términos.

Prácticamente ignorado por Freud –apenas tenemos dos referencias muy tangenciales a la “endeblez psíquica” en los primeros trabajos sobre la histeria en capítulos firmado por Breuer¹–, fue recurrentemente utilizado por Lacan como concepto, como adjetivo y hasta como diagnóstico clínico. Sin embargo nunca recibió una elaboración extensa a lo largo de su obra –diría más bien que solo contamos con *pincladas* muy alejadas en el tiempo, las que nos exigen reponer los nexos lógicos que hubieran podido conectarlas–. No obstante, el uso del término fue sostenido y Lacan lo utilizó hasta en su “Carta de disolución” de la EFP². Y, además, el mercado lingüístico de los psicoanalistas le otorgó un curioso valor, ya que aparece con frecuencia en ponencias, intervenciones, escritos y libros de analistas de todas partes del mundo, cualquiera sea su afiliación política psicoanalítica.

Tal vez por todo esto, cuando recibí la invitación a participar en una Jornada sobre el tema a realizarse en la ciudad de Córdoba en mayo de 2009³, pensé que podría tratarse de una buena ocasión para intentar un trabajo de reflexión sobre el concepto. Aquel 9 de mayo, en el marco de una multitudinaria reunión en un hermoso cine cordobés, invitado por la *Fundación Otium* y el *equipo efapp*, puse en marcha una tarea compartida para intentar abordar la debilidad mental. Resultaba imposible dictar una conferencia sobre un tema tan *maldito*, así que solo quedaba la posibilidad de enfrentar el asunto consciente de las dificultades que acarrearaba. Se trataba de reflexionar en voz alta, de intentar fijar alguna idea que pudiera servir como estímulo para trabajar junto a otros...

1. Específicamente, los capítulos 5 y 6 de “Estudios sobre la histeria”.
2. “De suerte tal que el hombre piensa débil, tanto más débil cuanto que rabia... justamente por embrollarse”. [Lacan, Jacques. “Carta de disolución del 5 de enero de 1980”, en *Escansión 1, Nueva Serie*, Ed. Manantial, 1987, p. 22].
3. En aquella ocasión compartí la mesa con el Dr. Gerardo García, autor de uno de los Anexos a este libro.

En los días previos, mientras buscaba alguna lógica para organizar mi intervención, volvió a mi memoria una cita que había leído algún tiempo antes...

Otra vez, Lacan se había reservado las palabras finales en un Congreso de psicoanálisis, y en abril del '70 –entre la novena y décima clase de su seminario sobre los cuatro discursos–, decía lo siguiente:

Las relaciones de la enseñanza y del saber no se han clarificado, y habrían podido hacerlo muy fácilmente si alguien hubiera querido servirse de mis pequeños esquemas de este año. Debo decirles que estoy sorprendido de que ninguno de los que hicieron exposiciones, o sea las exposiciones más próximas a lo que puede resultar de estos esquemas, haya creído poder recurrir a ellos. Sin embargo, eso hubiera vuelto las cosas más fáciles en ciertos casos y probablemente les hubiera evitado ciertos deslizamientos ¿Olvido tal vez?⁴.

Por lo que puede deducirse de la cita, Lacan estaba sorprendido de que ninguno de sus colegas que intervinieron en el Congreso, hubiera echado mano a los esquemas de los cuatro discursos. Es cierto que tal vez todavía todo estaba demasiado *fresco* como para que pudieran hacerlo. Pero es el propio Lacan quien supone que de haberlos utilizado, algunos de los asuntos abordados en el Congreso se hubieran clarificado –y específicamente, las relaciones entre la enseñanza y el saber–. Según sus palabras, nadie creyó poder recurrir a esos discursos.

Debo confesar que esa cita animó en gran parte mi trabajo del año 2008, el que se cristalizó en un libro titulado “El niño y el Otro”, cuyo subtítulo reza “Pertinencia de los cuatro discursos en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños”. No incluí la cita en aquel libro, pero lo sobrevolaba de punta a punta. En aquella ocasión, yo había recurrido a esos esquemas –e incluso, los había modificado un poco–.

4. Lacan, Jacques. « *En guise de conclusion* ». Discurso de Clausura del congreso de la EFP, 19 de abril de 1970, publicado en *Lettres de l'École freudienne*, n° 8, 1971, [inérito en español, traducción personal].

Y como persiguiendo las referencias de Lacan a la debilidad mental di con su afirmación del débil *flotando entre los discursos*, otra vez, creí posible retomarlos para intentar tomar en serio la frase y ponerla a prueba. Esa fue la lógica que organizó mi intervención, a la que titulé –siguiendo otra consigna lacaniana también introducida como cierre de un Congreso–: “Reinventar la debilidad mental”.

El texto de esa intervención circuló y puso a trabajar a algunos colegas en el tema. En Córdoba, Silvia Young (coordinadora de la *Fundación Otium*) junto a Teresa Fliman, y Viviana Cuevas (coordinadora del equipo *efapp*); y en la provincia de Buenos Aires a Mónica Soba y a Emilse Pérez Arias (de la Colonia Montes de Oca). Los diálogos y los intercambios de ideas mantenidos con ellas, demostraron que el tema estaba vivo, y cristalizaron en trabajos que se incluyen en este libro a modo de *Anexos*.

Una segunda visita a la ciudad de Córdoba en septiembre de 2009, me dio la ocasión de retomar el tema en una intensa reunión de trabajo junto a los profesionales que componen la *Fundación Otium* y el equipo *efapp* (y también, junto a algunos invitados especiales). Ese 11 de septiembre, la segunda vuelta sobre la debilidad mental estuvo orientada por la lectura de un texto clásico sobre el asunto. Se trata del artículo de Pierre Bruno, titulado *À côté de la plaque. Sur la débilité mentale*, publicado en *Ornicar?, revue du Champ Freudien*, n° 37, de abril-junio de 1986⁵. De ese artículo –referencia inevitable para avanzar en los aspectos clínicos del problema– propuse aislar un significante con el que su autor caracteriza a un paciente suyo, débil mental: *el complaciente Sísifo*. Luego, solo se trató de reflexionar acerca de éste, de intentar llevarlo a una dimensión tal que permitiera caracterizar y establecer ciertas presentaciones de la debilidad mental. En síntesis, ponerlo a trabajar...

Y como en el texto creí leer una vacilación de Pierre Bruno acerca del funcionamiento del par alienación-separación lacaniano

5. Dejo el título en francés, ya que dedicaré un extenso párrafo a comentarlo y a proponer una traducción posible para el mismo.

en la debilidad mental, intenté un desarrollo que la resolviera. El resultado de ese trabajo –que consistió en una reunión de casi dos horas–, fue recogido en “El débil mental, complaciente Sísifo”.

Finalmente, he aprovechado la ocasión de este libro para elaborar el breve testimonio clínico de uno de mis primeros encuentros con la debilidad mental, ocurrido hace más de quince años. En aquellos tiempos –sin saber muy bien qué hacía– me prestaba a la debilidad mental de manera espontánea. El recuerdo de aquel muchacho retornó en el presente a causa de la redacción final de este libro, y junto con él, el de muchos otros que a lo largo del tiempo me fueron preguntando a diario “lo mismo”, pidiéndome monedas y *mangándome* cigarrillos... Como sugiere Camus, no cuesta nada imaginárselos dichosos.

Sé muy bien que este libro es un intento arriesgado. Aún así, no deja de sorprenderme el entusiasmo de mis colegas por participar en él. A ellos, va mi primer agradecimiento. Por su enorme generosidad y hospitalidad, tengo que agradecerle a Silvia Young y a Viviana Cuevas. Con ellas, también al enorme grupo de la gente de Córdoba que se convirtió en mi interlocutor privilegiado durante el 2009, quienes impulsaron con su fervor que este libro finalmente se publicara. A las reuniones de trabajo mantenidas con las Residentes de Psicología de la Colonia Montes de Oca (en la provincia de Buenos Aires), debo el haber logrado ciertas ideas que, aunque no estén totalmente presentes en este libro, indican el camino de lo que seguiré. Los psicoanalistas trabajamos muy solos hasta que nos encontramos y descubrimos que podemos dialogar, intercambiar y aprender unos de otros. Agradezco también a Leandro Salgado, Director Ejecutivo de la editorial Letra Viva, por su aliento para con este trabajo el que, espero, esté a la altura de las circunstancias.

El último agradecimiento es para los míos –Zaida, Tomás y Julieta–, esperando que compense las horas robadas dedicadas a la escritura y corrección de este libro, otro libro; con el que vuelvo a demostrarme que *liber enim, librum aperit...*

PABLO PEUSNER
en Buenos Aires, el último día del año 2009

1.

Reinventar la debilidad mental¹

Buenos días a todos, para mí de verdad es una gran alegría estar hoy aquí con ustedes. Tengo que agradecerle mucho a Viviana Cuevas y a Silvia Young por la invitación y, como decía un viejo comediante de la televisión, “antes de hablar me gustaría decir unas palabras”.

Es la primera vez que tomo la palabra a título de psicoanalista en la ciudad de Córdoba. Dije muchas cosas en Córdoba, ya que pasé buena parte de mi infancia en esta ciudad donde tuve parientes, pero nunca como psicoanalista, esta es la primera vez. Igualmente, no me siento tan *visitante*, me siento un poco *local*. El clima que he percibido en estos dos días en los que tomé contacto con el trabajo que distintos colegas desarrollan en la ciudad, me permite decir que pongo esta intervención bajo el signo del entusiasmo: he percibido ese entusiasmo y yo mismo estoy entusiasmado.

1. Intervención realizada en el marco de la Jornada sobre debilidad mental, organizada por la Fundación Otium y el equipo *efapp* (equipo de formación y asistencia psicológica y psicopedagógica) de la ciudad de Córdoba. La Jornada, coordinada por la Lic. Silvia Young y la Lic. Viviana Cuevas, se realizó en el Cine Club Municipal de la ciudad de Córdoba, el sábado 9 de mayo de 2009.

En segundo lugar, debo confesarles que soy un pésimo conferencista. En realidad, no me sale eso de presentar mis argumentos de manera acabada –una especie de paquete con moño–, sino que he notado (y me han hecho notar) que lo que me sale es contar mis investigaciones. Quizás alguno de ustedes haya tenido ocasión de leerlo en alguno de mis libros, fundamentalmente en los que recogen seminarios. Lo mío es más parecido a la filmación del *backstage* de una película, que a una película. Entonces, hoy intentaré contarles los momentos por los que pasé mientras intentaba estudiar el tema de la debilidad mental, qué textos leí, qué pistas falsas encontré y con qué me quedé finalmente. Por supuesto que trataré de ser ordenado –no porque uno haga un *backstage*, la cosa tiene que ser caótica–, pero es importante para mí que cualquiera de ustedes pueda repetir mi recorrido, acceder a las fuentes, saber de dónde tomé las ideas que tomé y qué fue lo que yo mismo he aportado al asunto. Entonces, este es el momento para que quienes no se muestren interesados por lo que acabo de anunciar se retiren de la sala, porque si se quedan, después no podrán quejarse... (*Risas*).

Es importante para mí desmitificar la figura del analista. Nadie es “naturalmente” un analista, no hay nada innato en un analista. Un analista se construye en el diván, en el sillón y también en el escritorio. No se olviden del escritorio. Cuando Lacan presentó la traducción francesa de las memorias del Presidente Schreber dijo que los analistas *resisten a la teoría de la que depende su propia formación*. ¿Conocían esa cita? Lacan afirma que los analistas se resisten a estudiar... suena increíble, ¡si vivimos estudiando! ¿Y entonces, por qué hay tan pocos que enseñan? Quizás porque muchos no puedan hacer presentaciones impactantes, conclusivas o brillantes. Quédense tranquilos, yo tampoco puedo. Pero sí puedo contarles la aventura de perseguir un tema, dónde me perdí, qué abandoné y por dónde obtuve aquella idea –una, al menos una– que me permitió realizar alguna maniobra clínica, lo que en definitiva, es lo único que importa.

En tercer lugar, dejemos constancia de la existencia de temas

“malditos” en psicoanálisis. Son malditos porque no tenemos extensos desarrollos de Freud o de Lacan acerca de ellos. Quizás tengamos pinceladas a lo largo de sus respectivas obras, pero nada sistemático que podamos seguir. Justamente, el problema es qué queda en medio de tales pinceladas, cómo reponer los nexos lógicos entre ideas que aparecen con intervalos de tres, cuatro o cinco años –siendo incluso que se trata de obras con tanto movimiento interno, con tantos cambios de perspectiva, idas y vueltas–. Y son malditos porque exigen que pongamos algo de nosotros. Y es que el recurso a la cita o al principio de autoridad resulta insuficiente, tenemos que elaborar algo. No alcanza con reacomodar las piezas, con el clásico comentario del texto clave, no lo tenemos como recurso. Y todos sentimos cierta incomodidad porque creemos que no sabemos bien de qué se trata, cuál es la definición exacta, y eso se nos viene encima. Si hoy logramos irnos de aquí con una idea, una sola, personalmente me sentiría satisfecho. Si esa idea fuera la causa para ponerse a estudiar, a escribir, me sentiría halagado. Y si con todo eso pudieran resolver un problema clínico en el futuro (y acaso me enterara de alguna manera) me sentiría muy feliz.

* * *

Y como para comenzar a trabajar con este tema maldito necesitamos un principio, les voy a proponer partir de una cita del Seminario XIX, titulado “... o peor”, que permanece inédito en español (es *mi* propuesta, pero de ninguna manera se puede afirmar que el problema comience realmente allí). Se trata de un párrafo de la clase del 15 de marzo de 1972, que he traducido especialmente para esta reunión, tomando como original la estenografía del seminario (disponible en internet). Dice así:

Llamo debilidad mental al hecho de que un ser, un ser hablante, no esté sólidamente instalado en un discurso. Esto es lo valioso del débil. No hay ninguna otra definición que podamos darle, sino la de estar, como se dice, un poco desviado (*à côté de la*

plaque), es decir que flota entre dos discursos. Para estar sólidamente instalado como sujeto, hace falta sostenerse de uno, o saber bien qué se hace.

Si están de acuerdo, quiero utilizar un método cartesiano para leer este párrafo: voy a descomponer esta definición en tantas partes hasta que se nos presenten claras y distintas.

Me llamó mucho la atención que Lacan afirmara que lo valioso del débil es el hecho de no estar instalado en un discurso. Y me llamó la atención porque por lo general, se asocia la debilidad mental con un déficit. Supongo que muchos de los aquí presentes, al igual que yo, se encuentran con una fuerte demanda de *performance* respecto de niños, jóvenes o adultos, caratulados como “débiles mentales”. Lacan habla de “lo valioso del débil”. Les propongo que retengan esta afirmación para ver hasta dónde nos lleva, creo es un camino que puede conducirnos hacia algún lugar.

En el mismo párrafo hay otro camino posible, que coincide con una localización espacial. Podríamos preguntarle a la cita: ¿dónde está el débil? El débil no está en el discurso como el neurótico; pero tampoco está fuera del discurso –como se dice que está el psicótico–. Sino que está flotando *entre dos* discursos.

Lacan dice que se puede definir a la debilidad mental a partir de su posición espacial respecto de los discursos. Y allí utiliza la expresión estar *à coté de la plaque*. No lo traduzcan literalmente porque se trata de una frase de la lengua, de una expresión. La *plaque* es en francés la placa que se utiliza para realizar las prácticas de tiro –nosotros en español le decimos directamente “el blanco”–. Pero la expresión completa, que tiene origen en el discurso militar, significa algo así como ‘errar el tiro’, ‘pifiar el tiro’, y por extensión ‘desviarse’ –por eso traduje libremente como “estar un poco desviado”–. Entonces, podríamos suponer que el débil mental pifia cuando intenta apresar el verdadero asunto, equivocándose profundamente.

Y luego dice que flota entre dos discursos. El verbo en francés es *flotter*, y si bien es transparente y se puede traducir bien por ‘flotar’, me costaba entender la idea. Es decir: me connotaba una cosa me-

dio fantasmagórica flotando por allí, y no me permitía ninguna precisión. Entonces, como hice muchas veces antes, supuse que Lacan no hablaba el lenguaje coloquial o, al menos, no siempre utilizaba las palabras en su primera acepción del diccionario. Fui a ver qué otras acepciones tenía el verbo en francés. Recién en la quinta acepción, con un uso antiguo o literario, “flotar” quiere decir ‘dudar, estar indeciso, balancearse’. Aquí aparece la consecuencia inmediata de que esa duda, esa indecisión y ese balanceo es, al menos, entre dos posibilidades, lo que me permitía fijar la idea de que ese flotar era entre dos discursos. La sexta acepción, siempre en francés, dice que “flotar” es ‘moverse sin poder fijarse’ y sin duda creo que es la que mejor se adapta a nuestras necesidades de traducción.

Entonces, les voy a proponer que cuando Lacan dice que el débil *flota* entre dos discursos se trata de que el débil *se mueve sin poder fijarse*, al menos, entre dos discursos. No es que se mueve entre dos discursos establecidos (o sea, no es que se mueve entre el discurso del amo y el de la histérica, o entre el universitario y el del analista), lo importante no es entre cuál y cuál se mueve, sino que no puede fijarse a ninguno en forma completa –y justamente por eso, porque la fijación es incompleta, no queda fuera del discurso–. Observen que dije que no puede fijarse en forma completa, que no queda amarrado plenamente en el discurso, pero parece que sí hay un amarre parcial. Volveremos aquí más tarde.

* * *

Hay una especie de consenso entre los psicoanalistas lacanianos, en que el texto más “esforzado” por trabajar el tema de la debilidad mental es el texto de Pierre Bruno titulado, justamente, *À côté de la plaque. Sur la débilité mentale*, publicado en *Ornicar?* 37, de abril-junio de 1986. El texto está dividido en dos grandes partes: una primera con la historia del término en la psicología, su entrada al psicoanálisis de la mano de Maud Mannoni, y los comentarios de Lacan desparramados a lo largo de los Seminarios. La segunda parte se trata de un caso clínico. El texto tiene dos versiones españolas. La primera en “Traducciones

2” de la Fundación Freudiana de Medellín, Colombia, de febrero de 1989; y otra en una revista española llamada “Pliegos” de 1996 (es la revista de la Escuela Europea de Psicoanálisis de Madrid). Ambas son difíciles de conseguir. Por eso mis comentarios retoman la versión francesa, que se consigue mucho más fácilmente.

Brevemente, ya que no han leído el texto y tendrán que creer en mis afirmaciones sobre él: ¿qué lee Pierre Bruno en la cita que acabamos de situar?

El autor afirma que la debilidad consistiría en un fracaso para decir la estructura de tal suerte que se articule a un discurso que pueda ceñir lo que hay ahí de real, a partir de lo que hace hiancia, agujero, ruptura en el decir: o sea, demostrar lo real como imposible de decir y no como necesario, partiendo de la impotencia como intervalo constituyente del discurso.

Del contexto de la cita del Seminario XIX con la que empezamos, Pierre Bruno deduce la distinción entre estructura y discurso, siendo el discurso un “decir-la-estructura” que sólo alcanza para escribir, en principio, la barrera del goce. Por otra parte, hace un aporte a la clínica de la debilidad, situándola como la ocultación de la impotencia, a partir de la cual podemos decir que, por lo contrario, su confesión es el operador de entrada en el discurso analítico.

Como verán, el argumento está muy apretado (al menos, para mi gusto). Y aunque el texto es un clásico sobre el tema –probablemente porque sea casi el único– deja muchos puntos en la oscuridad.

Pero como después de tanto trabajo de lectura y traducción quedé bastante insatisfecho, creo que conviene volver a la cita de Lacan con la que comenzamos a trabajar hace un rato.

* * *

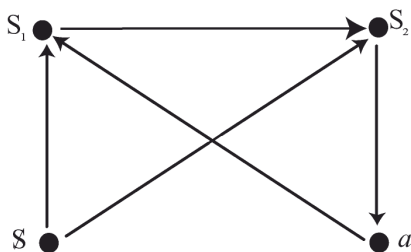
Lacan dedicó parte de los Seminarios 16, 17, 18, 19, 21 y “El saber del psicoanalista” al tema de los discursos; o sea que su desarrollo ocupa una parte importante de su enseñanza. Entonces, ya que tenemos la afirmación de que el débil flota entre dos dis-

cursos sin poder fijarse a ninguno... ¿no valdría la pena verificar si eso es así, si se cumple y qué puede querer decir?

Voy a tratar de fijar al débil mental a algún discurso, si lo logro Lacan estaba equivocado, si no lo logro Lacan tenía razón y a partir de allí podremos deducir nuevas ideas. Se trata de desafiar un poquito a Lacan, ¿se animan? Espero que sí... a mí me divierte muchísimo hacer esto, es la contrapartida de la lectura *religiosa* de Lacan.

El año pasado publiqué un libro titulado “El niño y el Otro”² en el que trabajé fundamentalmente los discursos en la clínica con niños, aunque propuse escribir los cuatro discursos de Lacan de una manera diferente. Como soy realista y sé que no todos los presentes conocen ese trabajo, voy a intentar presentarles brevemente cuál fue mi propuesta en ese texto.

Partí de una elaboración que Lacan hace en el seminario “El saber del psicoanalista”, específicamente en la clase del 3 de febrero de 1972, cuando presenta los discursos como un tetraedro que toma relevo de los “cuadrípodos” del Seminario 17. Los discursos están producidos a partir de cuatro términos y cuatro lugares, que permutan según un generador definido por un cuarto de giro en sentido dextrógiro (o sea, en el sentido de las agujas del reloj). En este seminario Lacan propone un sistema de flechas para relacionar los cuatro lugares, que ahora quedan reducidos a un punto. Voy a graficarlo para que puedan verlo:



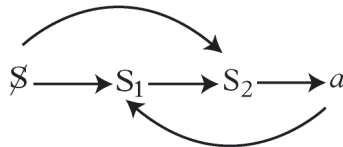
2. Peusner, Pablo. *El niño y el Otro. Pertinencia de los cuatro discursos en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños*, Ed. Letra Viva, Buenos Aires, 2008.

Ahora bien, en cada uno de estos puntos va una de las letras. Solo para simplificar voy a escribir el discurso del amo que es el más sencillo de recordar porque retoma la lógica de que *un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante*.

Este es el mejor truco para recordar cómo se escriben los discursos: hay que comenzar con eso de que un significante es lo que representa al sujeto para otro significante, y luego agregar la letra *a* minúscula en el lugar que falta. Desde allí, y girando un cuarto de vuelta en el sentido de las agujas del reloj, van pasando los discursos.

Cuando comencé a trabajar en esto, siguiendo una indicación que leí una vez en un libro de Marc Darmon³, me dí cuenta que, en esta presentación de los discursos quizá un poco mas rara que lo habitual, uno podría leer un grafo, es decir un sistema de vértices y aristas. Me puse a jugar con estos datos para ver qué pasaba. Y descubrí que este grafo de los discursos tiene un punto de partida que le da a ese lugar un valor muy particular ante los otros tres. En la presentación canónica de los discursos, el punto de partida –diría yo– lógico, es el que se denomina *agente*, es decir el que se escribe arriba y a la izquierda –Lacan dice que lo que se escribe arriba y a la izquierda es lo que nombra al discurso–. Sin embargo noten ustedes que por la dirección de las flechas, el principio lógico de todo este esquema es lo que esta aquí, abajo, en el lugar de la *verdad* (ocupado por $\$$ en el gráfico).

Entonces comencé a jugar con la presentación espacial de este grafo, ya que si se trata de un grafo, mientras se mantenga constante la relación entre los términos y los vectores, su presentación imaginaria puede variar. Por eso, en primer lugar, lo escribí sobre una secuencia unidimensional.



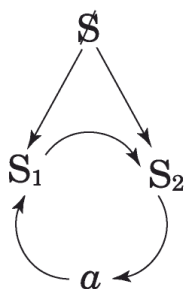
3. Darmon, Marc. *Ensayos acerca de la topología lacaniana*, Letra Viva, Buenos Aires, 2008.

¿Qué tenemos aquí? Primero copié las letras –sólo tuve cuidado de dejar en primer lugar al $\$$, ya que según dijimos es el principio lógico del grafo–. Y luego trasladé las flechas: del $\$$ parte una flecha hacia el S_1 y del S_1 parte una flecha al S_2 ; del S_2 parte una flecha hacia a . Luego tengo dos flechas más: del $\$$ barrado parte una flecha hacia S_2 , y de a minúscula parte una flecha hacia S_1 .

Me sorprendí con lo que encontré, porque si uno mira atentamente el grafo se nota que aparece un circuito formado por tres términos, y que un cuarto término queda fuera del circuito aunque incide sobre él.

Supongan que ustedes quisieran practicar los recorridos que este grafo habilita y comenzaran por $\$ \rightarrow S_1 \rightarrow S_2 \rightarrow a$, y de allí volverían a $S_1 \rightarrow S_2 \rightarrow a$, esto se transformaría en un circuito infinito pero de ninguna manera podrían volver a $\$$. Si probaran el otro camino que se escribe $\$ \rightarrow S_2 \rightarrow a \rightarrow S_1$, volverían a quedar atrapados en el circuito.

Esto me resultó muy impactante, aunque escribirlo así lo mantenía algo confuso. Por eso fue que pensé en cambiarle la presentación espacial para que se viera de manera más clara. Cuando copié las letras y repuse las flechas; me encontré con lo que sigue:



He aquí lo que una de las personas que presentó mi libro en Buenos Aires llamó los *grafos del bonete*. Pero es importante que tengan en cuenta que se trata de lo mismo, la misma estructura, los mismos discursos, presentados con otra disposición imaginaria.

Lo que se verifica aquí es que el discurso que parece estar dominado por el S_1 está en realidad determinado desde el lugar de

la verdad, y que luego de la incidencia del término que ocupe el lugar de la verdad, ya no hay manera de volver allí.

Por supuesto que esto resultaba muy interesante, pero había que saber para qué servía, había que ponerlo a prueba en casos clínicos, en situaciones clínicas. Y si les parece, les voy a proponer que trabajemos la debilidad mental como la imposibilidad de fijarse en los discursos –tal como vimos en la cita de Lacan–, pero a partir de este grafo, a ver con qué nos encontramos.

Yo no dediqué ningún capítulo en ese libro a la debilidad mental, pero tal vez lo que vamos a trabajar ahora podría ser un digno apéndice a ese texto, ya que intentaremos llevar la idea a su máximo desarrollo.

Si partimos del discurso del amo que acabamos de escribir, y recordamos que Lacan también dijo que se trataba del discurso del inconsciente, tenemos que poder situar allí cierta particularidad que el débil tiene para enfrentarse con el saber. Recuerden que no estamos hablando de ningún déficit, al contrario, estamos tratando de encontrar qué es lo valioso del débil. Pero igual podemos partir de una idea muy sencilla, que circula, y que tiene mucho consenso entre los analistas, y es que el débil tiene alguna dificultad para vincularse con el saber. Y creo que podemos afirmar con cierta seguridad que una primera posibilidad para pensar el saber sobre la lengua, son las formas clásicas del aprender, del entender, del comprender. Respecto de estas primeras formas del saber sobre la lengua, el débil se instala en una relación de exterioridad.

Pero –y esto ya introduciría a otra posibilidad de pensar al saber– ¿qué es el saber en el Seminario 17, el seminario en el que Lacan presenta formalmente a los cuatro discursos?

Necesitamos una definición operativa, manejable y verificable clínicamente. Les propongo que se trata de una red significativa que funciona en el lugar del Otro.

Cuando nosotros le pedimos a un paciente que asocie, lo estamos invitando a que abra, de alguna manera, ese S_2 , ese saber en el lugar del Otro. Ahora bien, el problema es que cuando uno abre ese saber en el lugar del Otro se encuentra con que en ese lugar

del Otro aparece un plus, un menos o una diferencia con respecto a lo que se quería decir: son las conocidísimas formaciones del inconsciente. Nosotros, que practicamos el psicoanálisis, calculamos que eso *quiere decir algo*, es decir que hay algún deseo que circula por *eso* que se nos presenta. En ocasiones enigmático, en otras menos enigmático, pero siempre aparece la dimensión de *algo Otro que habla en eso que yo digo*. Frases escondidas dentro de frases, significados ambiguos y todas las cuestiones relativas a la homofonía de *lalengua*.

En este mismo sentido tenemos en el seminario una breve definición donde Lacan afirma que “el saber es el goce del Otro”. Hay toda una clase en torno de esta idea, pero para tratar de acercarla un poco, supongan que ante un acto fallido o una ambigüedad muy bestial de la lengua, alguien exclamara: “¡este inconsciente maldito me está gozando!”.

Entonces, tenemos que decir que el débil no habilita eso en ningún sentido, es una roca cuando no lo habilita. Y no lo habilita porque el débil rechaza totalmente y no se vincula con el *entre-líneas*. Sigo aquí una pista que encontré en el Seminario XXII, “RSI”, en la sesión del 10 de diciembre de 1974 –les cuento estas fechas por si después alguien quiere hacer el camino, les anuncié que les iba a contar una investigación–. Lacan habla del *intelle-gere*, del entre-líneas, y con toda claridad plantea que ese entre-líneas es un lugar, es un *topos* al que el débil se niega a acceder. Obviamente, podemos preguntarnos por qué. ¿Qué se lee en ese entre-líneas?

Podemos intentar una respuesta y decir que allí se lee el deseo del Otro –es un punto muy sensible en la clínica con niños, allí donde se preguntan “¿qué tengo que no me quieren?” o “¿qué tengo que me quieren tanto?”, que a veces es mucho peor–. Yo conté en un libro que un paciente mío, un niño, había recibido como regalo de navidad una *Playstation 3*, pero sus hermanos una bicicleta y una estación de servicio. Él llegó a la sesión muy preocupado, preguntándome exactamente “¿qué tengo que me hicieron ese regalo?” (es obvia la diferencia abismal de valores entre los tres regalos, ¿no les parece?). Ahí está la pregunta por el deseo del Otro,

bajo la forma de “qué objeto represento ante ese deseo”, algo con lo que el débil no se relaciona.

Sin el entre-líneas no se puede abrir la pregunta por el sentido de lo dicho. Supongan que yo dijera “son las 12.20 horas” –todo el mundo comprendería lo que estoy diciendo, estoy informando la hora con cierta precisión–. Pero también, alguno de ustedes podría plantearme: “bueno, muy bien, pero ¿que nos querés decir con eso?”. Y sería posible porque mi interlocutor sabe bien que además de lo que he dicho, de ese enunciado, existe otra dimensión que en psicoanálisis llamamos enunciación (los lingüistas hablan de “pragmática”, aunque los términos no se recubren totalmente). Esto es lo que no se abre en la debilidad.

El débil queda –podemos decir– *pegado* a la cadena, y si se pega a la cadena significativa es muy difícil pensar en un discurso que lo represente como sujeto, ya que su división entre el S1 y el S2 no se produciría, no habría manera de habilitar el intervalo entre el S1 y el S2 que está figurado en el discurso del amo con la flecha entre ambos significantes, S1→S2. Resulta entonces imposible fijar al débil en este discurso y, en consecuencia, sería difícil intentar hablar del inconsciente del débil, nos traería muchos problemas. La debilidad queda como una operación que tiende a eliminar la enunciación, que tiende a eliminar la pregunta por “¿qué es eso que me decís en lo que me decís?”, nivel que genera siempre un malestar, ya que es el nivel donde se manifiesta el deseo del Otro. Entonces, rechazando la enunciación, se elimina el plano del deseo del Otro, no hay encuentro con ese deseo, ni pregunta que abra su dimensión.

Para aflojar un poco estas cosas que siempre son duras, traje una novela que les quiero recomendar muchísimo (yo siempre tengo un problema cuando encuentro un libro que me gusta, porque me desespero para que la gente que quiero y que trabaja conmigo lo lea). Se trata de “El curioso incidente del perro a medianoche” de Mark Haddon, publicado por la editorial Salamandra. Mark Haddon es un ilustrador, pintor, poeta y escritor de libros para niños, pero también fue tallerista y trabajó en instituciones con personas que

padecían trastornos físicos y mentales –tal vez como muchos de ustedes–, donde captó algo maravilloso, que le permitió escribir un libro en primera persona desde la perspectiva de un muchacho de quince años, muy especial, que llama Christopher Boone.

Christopher se levanta una mañana y encuentra en su jardín al perro de la vecina muerto con una horquilla de tres puntas clavada en el abdomen. El muchacho pone en marcha una investigación para esclarecer el asesinato... no les voy a contar más, tienen que leer el libro, ¡es sensacional! Este muchacho tiene muchas dificultades para relacionarse socialmente, y para ilustrarlo decide escribir una lista de sus problemas de conducta –lo encontrarán en el capítulo 73, todos los capítulos están numerados con la secuencia de los números primos, porque a Christopher le gustan...–. Uno de esos problemas es “decir cosas que a la gente le parecen groseras” pero este problema se completa con una nota que el muchacho escribe a pie de página, que conviene leer. Dice así:

La gente dice que siempre hay decir la verdad. Pero no lo dicen en serio porque no se te permite decirles a los viejos que son viejos y no se te permite decirle a la gente que huele raro o a un adulto que se ha tirado un pedo. Y no se te permite decirle a alguien “No me gustas” a no ser que esa persona haya sido muy mala contigo.

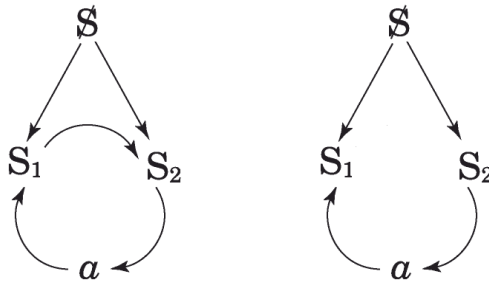
Observen qué interesante manera de tomar una norma –la de decir la verdad–. Uno diría que hay matices, pero para él es tan a la letra que necesita escribir esa nota al pie de página para mostrar su descontento debido al problema social que se le genera por tomar la cosa de esa manera, tan al pie de la letra.

A su vez, a lo largo del libro este chico testimonia muy bien las dificultades que se le producen por borrar la enunciación. Al borrar la enunciación, al no permitir que aparezca el deseo del Otro, se pierde la dimensión humorística de la lengua de la que dan cuenta el juego de palabras, el retruécano, el chiste, el doble sentido y tantos otros recursos. Christopher advierte en el inicio del capítulo 13:

Este no va a ser un libro gracioso. Yo no sé contar chistes ni hacer juego de palabras, porque no los entiendo. He aquí uno, a modo de ejemplo. Es uno de los de Padre: El capitán dijo “¡Arriba las velas!”, y los de abajo se quedaron sin luz.

Lo curioso es que cuando lo leemos nos morimos de risa, aunque es muy triste también, digo hay una presentación casi fenomenológica del débil que coincide un poco con la de un *boludo alegre* –ese término es mío ¡no esta en Lacan!–. Disculpénme (*risas*) pero hay una presentación que a veces los torna muy simpáticos.

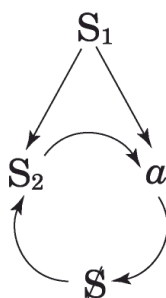
A nosotros nos resulta muy irónico este punto de corte, de ruptura con el discurso con el que nos manejamos. Nosotros arrastramos un vicio formal, hemos estudiado en universidades donde un equívoco habilita a morirse de risa y, al mismo tiempo, a interpretar. A mí me gustaría ver qué pasa ante un equívoco en una clase de la facultad de arquitectura: si acaso cuando un profesor se equivoca se ríen tanto como nosotros, y si a la vez, muy rápidamente, comienzan a elaborar interpretaciones acerca de lo que está en juego, de lo que allí “se dijo” más allá del locutor. Nosotros estamos muy enfermos de eso, suponemos al deseo por todos lados...



Me da la impresión de que por más que tratemos de forzar la inscripción del débil en este discurso que es el discurso del amo, cuesta creer que exista esta flecha que una S_1 con S_2 . Tal vez en el grafo tengamos que borrarla. Y en tal caso, el sujeto barrado no logra producir una incidencia sobre el funcionamien-

to del circuito. ¿Qué quiero decir con esto? Que cuesta suponer un asunto a develar entre los significantes, básicamente porque no hay “entre los significantes”, no hay entre-líneas. El circuito se corta.

Y como muchos de ustedes se desempeñan en el área de la discapacidad, o también en el ámbito de la integración escolar, les propongo pasar ahora al discurso universitario. Su grafo es el siguiente:



El discurso universitario tiene por verdad al significante amo, como agente al saber, en el lugar del Otro al objeto y por producción al sujeto dividido.

Acá el asunto se pone muy interesante porque en ocasiones, podemos pensar que muchos estudiantes, independientemente del nivel educativo en que se encuentren, desde el jardín hasta la universidad, están tomados por la debilidad mental.

Quiero leerles una cita de Lacan, es la única, creo, en que Lacan dice que tiene un paciente débil mental. Está en el Seminario 16, “De un Otro al otro”, página 175 de la versión francesa y página 162 de la edición de Paidós.

Yo estaba admirado de ver la cantidad de brotes que recibía, brotes de verdad, cuando por inadvertencia había tomado en análisis eso que Freud parecía tener que apartar –¡qué equivocado estaba!–, a saber un débil mental. (...) Es claro que, dado que este detenta verdades que hace salir en estado de perlas, perlas

únicas, se necesita que no todo sea tan débil en el débil mental. ¿Y si el débil mental fuera un vivo?

Recibía “brotes de verdad” es una frase muy equívoca que les propongo tomar en el sentido de algo que brota, como los brotes de las plantas –y no como que un paciente “se brota de verdad”–.

Pero el punto que quiero abordar, está indicado por la pregunta de “¿y si el débil fuera un vivo?”. Al leer esto se me presentó una lista de personajes que en algún momento me hicieron pensar en la debilidad.

El mejor, el que me gusta más es *Forest Gump* –que tiene cosas que me hacen preguntarme si es un genio o un idiota, realmente–.

Hay más: Jaime, el robot del Súper Agente 86, que sólo escucha a la letra y que cuando le dicen “dame una mano”... ¡se desenrosca la mano!

También tenemos a Chauncey Gardiner, el personaje de la novela “Desde el jardín” de Jerzy Kosinski, encarnado en el cine por el genial Peter Sellers. El personaje era un “hijo de la televisión”, nunca había salido de la casa donde le habían dado alojamiento desde que nació, pero el propietario de esa casa murió y tuvo que irse. Tuvo la suerte de ser atropellado por el chofer de una mujer muy rica y reconocida, fue llevado a la casa de esta mujer donde conoció personas muy prestigiosas que se deslumbraban con sus palabras: pero todo lo que Chauncey decía estaba relacionado con el jardín (era una especie de jardinero), y para comportarse imitaba a las personas que había visto en la televisión.

Tenemos además al príncipe Mishkin, o sea “El idiota” de Dostoievski.

Raiman también, aunque no en toda la película sino que sólo en algunas escenas –ahí habría cuestiones de diagnóstico más finas–, pero en algunas conversaciones sus respuestas son propias de la debilidad mental.

Y tenemos también a los gemelos John y Michael del libro “El hombre que confundió a su mujer con un sombrero” (Ed. Anagrama), de Oliver Sacks, un neurólogo que hace divulgación con un

gran nivel de elaboración en todo lo que publica. En un rato les voy a contar el caso de estos gemelos, pero antes debo decir que en este libro la realidad supera cualquier ficción. Igualmente, si los casos que les acabo de nombrar están en la ficción, estos casos de idiotas-genios –no sé como llamarlos–, y no producen ningún rechazo, al contrario, uno se encariña con esos tipos, es porque también existen en la realidad. Seguramente hay algo ahí que resuena en la pregunta de Lacan de si acaso el débil mental no será un vivo.

Son tipos incapaces de entender lo que pasa a su alrededor, no entienden los matices del lazo social, pero son portavoces de verdades increíbles y en ciertos casos realizan cálculos de tipo matemático imposibles para la mente humana.

Ahora bien ¿pueden fijarse al discurso universitario? Si entendemos a la dinámica del discurso universitario como el trámite burocrático en que consiste todo el proceso de la educación –y así lo plantea Lacan–, ustedes no se sorprenderán si les digo que los débiles mentales presentan severas dificultades para cumplimentar ese trámite en cualquier nivel educativo del que se trate.

Algunas de las presentes trabajan como “integradoras” –ayer hablábamos justamente de esto con la gente del equipo *efapp*– y entonces muchas veces están trabajando para intentar lograr que estos chicos puedan cumplir el trámite, que es un trámite valorado socialmente, pero que no deja de serlo...

Les decía hace un rato, cuando trabajábamos el discurso del amo, que en la debilidad mental hay una dificultad para enfrentar el saber, y que en el discurso del amo el saber se localiza en el lugar del Otro, es un saber que podemos denominar “enigmático”, es un saber respecto del cual nosotros abrimos un supuesto en la enunciación pero del que no sabemos muy bien qué deseo vehiculiza –tal vez recuerden que Lacan comparó eso con el encuentro ante la mantis religiosa en el seminario de *La Angustia*–.

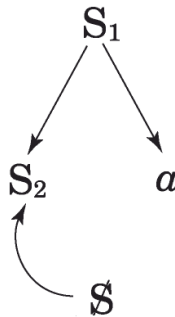
Entonces, si en el discurso del amo la cosa es tan complicada, ¿qué podría ocurrir cuando un niño, un joven o un adulto con algunas dificultades para vincularse con el saber, se enfrenta con el saber como agente; es decir, con una persona que le dice (o re-

presenta un...) “yo sé como tenés que hablar”, “yo sé como tenés que hacer”, “yo sé lo que te conviene”, siendo que, además, esa posición del saber como agente enmascara un mandato, una orden, un significante totalmente insensato? Noten aquí que si bien el agente es un S₂, un saber, la verdad del discurso está ocupada por un significante amo, un S₁.

Voy a definir en dos palabras la universidad, acá se me mezclan un poco mis lecturas de Lacan con mis ideas propias, espero que nadie se enoje... La universidad es un trámite burocrático que consiste en que yo escuche lo que el profesor dice y luego lo repita con sus mismas palabras para que él me apruebe. ¿Notaron lo que sucede cuando uno quiere en un examen definir algo con palabras propias? La respuesta llega pronto: “Usted no maneja el lenguaje técnico. Tiene un 2”. (*Risas*). Debemos repetir lo más textualmente posible lo que dice el libro o el apunte del titular de la cátedra, es un trámite. Obviamente hay excepciones, pero, justamente, quedan fuera del discurso universitario. Y también, hay que decirlo, muchos de nosotros le hicimos algún tipo de trampa al trámite: adivinamos preguntas, dijimos algo nuestro, criticamos y muchas otras cosas... para finalmente ponernos a estudiar en serio cuando terminamos la universidad.

Pero volvamos, e intentemos imaginar esta dimensión para los que tienen alguna dificultad con el saber, como nuestros débiles. Cualquier tipo de prerrogativa que les llegue desde el lugar dominante bajo la forma de un saber, siguiendo la lógica del discurso universitario, los transformará en objeto (es lo que en el grafo se lee con la flecha entre S₂→a). Respecto de un saber que funciona enmascarando a un poder, respecto de un saber que evalúa, el Otro se reduce a un objeto a ser evaluado. Es cierto que se puede ser buen alumno. También es cierto que para zafar de allí es posible que un neurótico haga un síntoma, o se desmaye, o se copie, recuperando algo de la subjetividad e inscribiéndose en lo que el grafo muestra como sujeto barrado con la letra S. Pero los débiles no pueden hacer eso, no pueden producir algo que represente su división subjetiva, no pueden hacer alguna maniobra de recupero de la subjetividad y por eso convendría borrar la flecha que va

de α hacia S . Ellos rechazan el trámite (borremos la flecha que une S_2 con α) porque si lo aceptaran no tendrían cómo salir de ese trámite, por eso es tan difícil trabajar en integración escolar, no sólo porque se trata de hacerlos entrar en el trámite, sino que además hay que intentar alguna forma de que no queden totalmente reducidos en ese trámite. Es un trabajo muy difícil, que cuando sale bien arroja resultados sensacionales.



Voy a retomar entonces el libro de Oliver Sacks, porque quiero contarles el caso de los gemelos John y Michael (se trata del capítulo 23 del libro), dos muchachos de unos 15 ó 16 años, con una lesión cerebral, de los que el autor cuenta que tienen tres capacidades asombrosas que los llevaron a estar incluso en la televisión. La primera: dada una fecha en un rango de 40.000 años hacia delante o hacia atrás, ellos pueden decir muy rápidamente en qué día de la semana cayó esa fecha, sin equivocarse.

La segunda, viene con una anécdota: en cierta ocasión Oliver Sacks estaba caminado por el hospital, a alguien se le cayó una caja de fósforos y los gemelos casi al unísono dijeron “111”. Sacks los contó y efectivamente eran 111.

La tercera, también es presentada con una anécdota: un día Sacks encontró a los gemelos jugando a decirse números de seis cifras. Pasaron así toda la tarde. Luego de anotar los números que decían, descubrió que todos eran números primos de seis cifras. Sacks intentó entrar en el juego utilizando un libro que recogía series de números primos, y la cuestión es que cuando Sacks

propuso un número primo de diez cifras (era lo máximo a lo que llegaba el libro), uno de los gemelos le contestó con un número primo de... ¡doce cifras!, para los cuales no había tablas en aquel momento —esto ocurrió en 1966—.

Lo curioso en el caso es que estos chicos no podía resolver una cuenta sencilla, del estilo “¿cuánto es dos más dos?”. Y si les conté este caso, es porque luego de pensar mucho, Sacks propuso una explicación que nos permitirá iluminar una idea de Lacan, mucho más tardía. Cito brevemente, de la página 264:

[los gemelos] sienten, en sí mismos, los números como formas, como las formas multitudinarias que componen la naturaleza misma. (...) Conjurando extrañas escenas de números, habitan entre ellas, vagan libremente por varios paisajes de números; crean, dramáticamente, todo un mundo constituido por números. Tienen, en mi opinión, una imaginación singularísima, y una de sus singularidades, y no la menor, es que esa imaginación puede imaginar sólo números. (...) Ellos los ven, directamente, como un enorme paisaje natural.

Ahí me di cuenta de algo: ellos pueden hacer eso, pero nosotros no. ¿Dónde van a encontrar ustedes un neurótico que pueda vivir en ese mundo sin asociar esos números con dinero, fortuna, objetos? ¿Quién podría vivir en un mundo hecho sólo de números? Sin embargo, en la interpretación de Oliver Sacks que es un neurólogo, estos chicos viven en un mundo de números. Es decir que hay una proyección de su posición imaginaria en un mundo hueco, vaciado de significaciones.

Y ahora vuelvo a Lacan, en la clase del 10 de diciembre de 1974, del seminario “RSI”.

Hay algo que hace que el ser hablante se demuestre consagrado a la debilidad mental. Y esto resulta de la simple noción de lo Imaginario, en tanto que su punto de partida es la referencia al cuerpo y al hecho de que su representación (...) no sea sino el reflejo de su organismo. Esta es la menor de las suposiciones que implica al cuerpo.

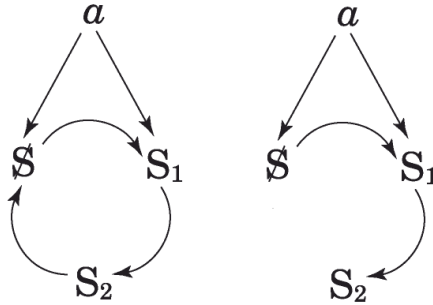
Esta definición de la debilidad mental imaginaria de Lacan coincide, es superponible totalmente con lo que Oliver Sacks cuenta de los gemelos: ese mundo imaginario –por supuesto que en los términos suyos, es un neurólogo–, donde viven los gemelos es un mundo de números, que perfectamente podemos pensar como la proyección del cuerpo sobre un paisaje donde hay números y nada más. Sin significaciones y sin significados. ¿Se dan cuenta que no necesariamente es deficitario? Oliver Sacks confiesa que se sentía “ciego” delante de los gemelos, los gemelos veían cosas que él no podía ver. Me pareció muy atinado para intentar aportarle algo a nuestra noción positiva de la debilidad mental.

* * *

Tengo tres referencias a la debilidad mental en la vida cotidiana que son bien sencillas. La primera de ellas podemos presentarla con cualquier paciente que ante una interpretación o una intervención responda: “no entiendo”. ¿Hay que entender algo en el análisis? En esto los niños son mucho más inteligentes, los chicos no discuten si entienden o no las intervenciones, ellos continúan. Pero muchas veces los analizantes adultos responden que no entienden, ¡y hasta piden que les expliquemos! Me parece que la posición del “no entiendo” es una manera benigna –si quieren– de la debilidad mental. Tanto como esa sordera ocasional ante un chiste, sordera que no se produce porque el chiste no se entendió, sino porque conviene no escuchar eso “en más” que se dice con un chiste (como esos maridos que se hacen los distraídos cuando sus esposas hacen chistes referidos a la frecuencia de las relaciones sexuales...). Tenemos también cierta pericia siempre preparada para acomodar las significaciones cuando se produce un equívoco, para que la cosa continúe sin interrupción y que ese corte que se produjo no se escuche. Las llamo las formas benignas de la debilidad mental, pero existen y las tenemos todos los días⁴.

4. Algunas de estas ideas surgieron de la lectura del capítulo 13, titulado “La tontería”, incluido en Milner, Jean-Claude, *Los nombres indistintos*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1999.

Pero también tenemos todos los días otra forma, que podríamos llamar “forma maligna” si les parece, que se ilustra bien con el discurso histérico.



El discurso histérico tiene la particularidad de producir saber, pero si pensamos en la posición del sujeto, diremos que el sujeto que habla se presenta dividido ante un Otro que le funciona como la puntuación. Es la articulación entre el sujeto barrado y el S1 entendido como la puntuación. La puntuación en el sentido de lo que un analista puede cortar, leer, en un texto, como sanción. Esa intervención, en algún sentido, desarma el texto que se estaba construyendo y arma otro, propone una alternativa. Ahora bien, esa alternativa puede desoírse, rechazarse, amparándose en un “yo no quise decir eso”, “me equivoqué”, “soy torpe con las palabras”. Eso es debilidad maligna, me parece: negar la incidencia de ese nuevo saber sobre el asunto que se venía desarrollando, negar la restitución de cierto dato en el asunto, en el sujeto, sobre el que se extendía el análisis.

* * *

Siguen las dos últimas referencias que preparé para hoy acerca de la debilidad mental en los textos de Lacan. La primera está muy escondida en la conferencia titulada “Joyce, el síntoma (I)”. Es una conferencia muy difícil pero hay allí una indicación que debemos considerar en nuestro recorrido.

Es difícil no tener en cuenta esa ficción que podemos colocar bajo la rúbrica de la iniciación. ¿En qué consiste lo que se vehiculiza bajo este registro, bajo este término? ¿Cuántas agrupaciones hay que se arman con banderas de las que no se comprende su sentido? (...) La forma de debilidad mental que conlleva toda iniciación es lo que a mí me pasma y probablemente lo que me hace subestimarla⁵.

Lacan subestima el rito de iniciación y lo califica como un rito de débiles mentales: esto es hacer lazo bajo banderas de las que se desconoce su significado. Muchos de ustedes que trabajan con muchos jóvenes saben que los ritos de iniciación –tanto sexuales, como de consumo de alguna sustancia– son para ellos muy importantes. Pero si desconocen qué significa la bandera que los agrupa, bueno... para Lacan se trata de una posición en la debilidad mental.

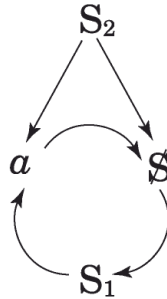
Cuidado, porque también están los ritos de iniciación de los psicoanalistas y las banderas bajo las que se agrupan, aunque desconozcan qué significan. ¡Hay agrupaciones de psicoanalistas débiles mentales! No quiero hacer lío, solamente lo dejo indicado, ustedes luego verán qué hacen con esta cita.

Y finalmente hay una referencia de Lacan a otra forma de debilidad mental, de la que podemos decir que es la inversa de la que planteamos al principio. Lacan dice que el “discurso es un decir que socorre”, que nos socorre de la dificultad de saber hacer con el goce, de bordear los imposibles. Sin embargo en la posición del débil mental se trata de intentar enfrentar eso sin discurso, y Lacan dice que es exactamente lo que hace él a veces –encontrarán la cita en la sesión de 11 de enero de 1977, del Seminario XXIV, que tiene un título intraducible: *L’Insu que sait de l’une-bévue s’aile á mourre*–. Allí, Lacan dice que él es débil mental. No tengo tiempo de extraer las consecuencias de esto, tal vez en un próximo encuentro podamos trabajarlas.

* * *

5. Lacan, Jacques. “Joyce, el síntoma (I)” (1975), en *Uno por Uno, Revista Mundial de Psicoanálisis*, n° 44, Eolia-Paidós, 1997, p.16.

Bueno, ya me extendí mucho... Les propongo que si el débil mental tiene dificultades con el saber, hay un discurso que coloca al saber en un lugar de reserva: es el discurso del analista.



Este es el único de los cuatro discursos que coloca al saber en una posición tan particular, en reserva, en el lugar de la verdad. Se trata de un saber supuesto, pero que hoy les voy a sugerir leer de un modo especial.

Cuando recibimos la consulta por un paciente, por un niño, por un joven con algún tipo de trastorno, siempre nos encontramos con la dimensión de que más allá de aquello que hace síntoma, a ese chico le pasa algo y no se sabe qué. Es muy importante que esté presente esto, es muy importante, por ejemplo, que los padres supongan que más allá del motivo de consulta (que es lo que puede verse casi a simple vista) a ese chico le pasa algo, es decir que supongan que hay en algún lugar una cadena significativa que explicaría de qué se trata el asunto que se manifiesta de manera sintomática. Cualquiera sea el síntoma invocado en el motivo de consulta, debe estar la suposición de que eso ocurre por algún motivo. Y esa suposición abre la posibilidad de que en algún lugar, inaccesible por el momento, haya un saber, haya una red significativa, que lo explique.

La primera analista que pensó alguna vez que a la presentación del débil mental le correspondía un saber de ese tipo, fue Maud Mannoni, y por eso les sugiero que alguna vez lean su libro titulado “El niño retardado y su madre”. Fue la primera que

planteó que el decir parental podía llegar a transmitir algo del rechazo del saber.

Partiendo de esa idea, les propongo que quizá podamos trabajar un poco con la debilidad mental si, en primer lugar, suponemos que ese saber existe y se localiza en el lugar de la verdad. Si el saber aparece expuesto, el discurso será otro y ya sabemos cómo responde al débil al saber que lo evalúa. Todo el desarrollo de una técnica para estos casos, pasaría por la necesidad de trabajar con ese saber pero sin hacerlo aparecer en forma expuesta.

En cualquier consulta con un niño, se trata de que ese saber supuesto al síntoma se transfiera al analista. Ahora bien, si en el caso de la debilidad mental ese saber fuera transferido al analista, inmediatamente éste se transformaría en agente del discurso universitario, el débil en objeto y sin posibilidad de un recupero de su posición subjetiva. Así, no podríamos trabajar.

Esto hace que los débiles logren avances cuando están en cierto tipo de instituciones en las que no hay un analista, sino varios. De esa manera hay una cierta circulación del saber y la transferencia no se instala sólo con uno, sino que se distribuye entre varios.

En cualquier caso, la indicación técnica sería intentar mantener ese saber como supuesto.

* * *

Me despido, han sido ustedes muy indulgentes y muy pacientes, soportando mi exposición. Pero quiero terminar contándoles que en 1978 la Escuela de Lacan tuvo un congreso en Francia para discutir acerca de “La transmisión”. Durante dos días los analistas franceses cercanos a Lacan discutieron y presentaron trabajos sobre el problema de la transmisión del psicoanálisis. Lacan no habló en esas jornadas, pero se reservó las palabras de cierre. No sé si conocen esa intervención, que está fechada el 9 de julio de 1978.

Es importante el contexto: luego de dos días de presentación de muchos trabajos en los que se intentó fundamentar cuestiones

acerca de la transmisión del psicoanálisis, Lacan tomó la palabra y dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

Tal como ahora llego a pensarlo [ese “ahora” hay que escucharlo como si hubiera dicho “después de escucharlos a ustedes durante dos días”] el psicoanálisis es intransmisible. Esto es muy fastidioso. Es muy fastidioso que cada psicoanalista se encuentre forzado, puesto que hace falta que se encuentre forzado a ello, a reinventar el psicoanálisis⁶.

Esta cita me encanta, primero, por su tono irónico. ¡Hay que decirle a todo ese grupo que luego de escucharlos durante dos días exponiendo trabajos acerca de cómo transmitir el psicoanálisis, el psicoanálisis es intransmisible! Y creo que “la transmisión” exige ciertas condiciones como, por ejemplo, que estén los que saben y los que no saben. Eso genera problemas.

En cambio, la reinención del psicoanálisis es algo que practicamos todos. Todos los días, con cada paciente, sesión tras sesión, encuentro tras encuentro, intervención por intervención; aunque a veces, en ciertos casos no podamos fijarnos en ningún discurso, y nos sentimos quizá un poco débiles mentales.

Muchas gracias.

* * *

SILVIA YOUNG: Bueno, abrimos el espacio para preguntas y comentarios.

DANIELA BUSTOS: Para los que trabajamos en integración es muy difícil pensar desde este lugar la debilidad mental, porque está todo muy estereotipado por lo neurológico. Digo, me pareció muy interesante esto con lo que usted termina, porque permite abrir a una tarea más intensa desde nosotros mismos.

6. Lacan, Jacques. Intervención de cierre del IX° Congreso de la EFP sobre La Transmisión. Publicado en *Lettres de l'École*, 1979, n° 25, vol. II, p. 219. (Traducción personal).

PABLO PEUSNER: Te agradezco. Se trata de invitar a todos a reflexionar sobre estas cosas. Mis propuestas son solamente pistas, quizás a alguien le sirva más una que otra según el ámbito donde se desempeñe, pero mi intención era la de tratar de proponer alguna lectura y poner en marcha el tema... Quizá en algún momento podamos hacer una segunda jornada sobre la debilidad mental...

VIVIANA CUEVAS: Ayer justamente le comentaba a Pablo la lectura de una frase del primer seminario de Lacan que, creo, podemos compartir. Allí plantea que en la transmisión hay dos cuestiones a tener en cuenta: una, lo que uno dice; y otra, lo que el otro hace con eso que se escucha.

GUILLERMO AGÜERO: Me pareció muy bueno el planteo sobre la “debilidad benévola”. Nuestra clínica está cada vez más atravesada por los efectos del discurso capitalista... Hablando con colegas uno nota que cada vez hay más de esa debilidad, que podíamos decir hasta fluye asistida por otros discursos pretendidamente científicos, que de alguna manera forcluye la pregunta por el sujeto. ¡Hay que empezar a remar desde muy atrás!

PABLO PEUSNER: No abordé los problemas del capitalismo, pero es claro allí que cuando Lacan escribe el llamado “discurso capitalista” –del que habría que ver si es exactamente un discurso–, no hay imposible: la verdad puede reabsorberse en el circuito.

JAVIER MACÍAS: ¿Podría pensarse algo, en relación a las manifestaciones de la debilidad mental, y ciertas similitudes (digamos a un nivel fenomenológico) con la anorexia mental, con esa frase que Lacan menciona en “La dirección de la cura”? Quizás sería otro el accionar clínico.

PABLO PEUSNER: No sé, porque las manifestaciones son múltiples... O sea, es difícil pensar la debilidad mental como una estructura clínica, he tratado de sostener la idea de que esto puede

ocurrir en cualquier estructura. Lo que Lacan llama “anorexia mental” es la lógica del “comer nada” y está muy asociada, al menos en el marco que Lacan la presenta, a la neurosis, aunque también puede presentarse en otros ámbitos. Yo me resisto a pensar esas patologías llamadas “contemporáneas”, quizá existieron siempre. No sé, supongo que te referís a intentar pensar algo así como que en la debilidad se trata de “pensar nada”.

JAVIER MACÍAS: La pregunta no iba por una cuestión estructural ni por el comer nada, sino por una cuestión del deseo –digamos–. En esa cita de la anorexia mental está claro que (*inaudible*) generalmente se da la debilidad como el deseo, pasando por otro lado.

PABLO PEUSNER: En la debilidad mental tal como yo la he presentado, la dimensión del deseo está totalmente ausente, en tanto la fórmula del deseo como deseo del Otro, queda rechazada con el rechazo del entre-líneas. Entonces no hay ninguna posibilidad de pensar algo del orden del deseo, ¡pero seguro que hay cosas que sí se pueden pensar!

Quizá sea valioso que intentemos hacer una caracterización positiva de la debilidad y comencemos a pensar... Hay mares de tinta acerca de lo que se puede pensar como positivo en la psicosis, por ejemplo. Pero no he visto nada de eso para la debilidad mental, sino más bien caracterizaciones negativas. Entonces me llama la atención: es un rechazo del decir que socorre y si está rechazado eso, ¿con qué contamos para trabajar? ¡El deseo seguro que no!

SILVIA YOUNG: Yo pensaba en el chiste de Lacan cuando habla de su propia debilidad mental, en la del mismo Freud y la de todos nosotros; y en esa cita que vos hacías de lo valioso que habría en el débil. ¿Es una pregunta, no? Si acaso esto no funciona como una defensa propia de cada quien frente al saber, y del enigma que implica enfrentarnos con ese saber, desde el punto de vista estructural de tener que enfrentarnos con el velamiento

necesario de la castración. Lo que pasa es que el débil no puede tramitar eso.

PABLO PEUSNER: En ese contexto no sé si se habla tanto del débil como de la debilidad mental. Lacan se ubica a sí mismo como débil, pero hay una lista de débiles (Hegel, Freud, Platón)...y en ese seminario, el XXIV, hay una cita que yo no utilicé, pero que dice algo así como que la debilidad mental se verifica en cualquier maniobra del sujeto para intentar velar la falta de proporción sexual –como, por ejemplo, enamorarse, producir teoría, y cosas por el estilo–. Pero, sin hacer eso... ¿como vivimos? ¿Como soportaríamos? Muchas veces nos encontramos con la debilidad y entonces, yo prefiero, es mi modo de trabajo, que queden cosas sueltas, no dichas, porque de esa manera no está todo velado, hay huecos, hay agujeros, y vamos a tener que seguir trabajando. Total sabemos que cuanto más texto produzcamos más agujero vamos a tener... ¡Eso permitirá trabajar por largo rato!

GUILLERMO AGÜERO: Lacan en el Seminario XXII habla de cierta debilidad constitucional a nuestra condición de *parlêtre*, cuando hace el comentario de que es sorprendente ver que *lalengua* que se sospecha que es la más bruta es justamente aquella que forja este término *intellegere*, leer entre-líneas, a saber, en otra parte que la manera en que lo simbólico se escribe. Dicho en referencia al sentido que es simbólico-imaginario...

PABLO PEUSNER: Así es, efectivamente. Ahí hay una indicación casi topológica, diría, de un lugar, de un espacio, al que el débil no puede entrar...

ASISTENTE: Recién me planteaba qué era “velar”: ¿estaría relacionado con el tema del alcohol? ¿Están usando ese objeto para velar algo u ocupar el lugar de lo que falta? Te agradecería cualquier aclaración al respecto.

PABLO PEUSNER: Yo no soy un experto en ese tema, no lo tengo estudiado en profundidad, sí te puedo contar que las referencias que Lacan hace a las toxicomanías y a los consumos en general, apuntan a que se trata de una ruptura con el goce fálico. Son productos que hoy en día están ofrecidos por el mercado. Resulta muy difícil encontrar en esos chicos algo del orden de la experiencia, se ven como arrastrados por el mercado y evidentemente eso proporciona un goce que no es fálico. Si eso contribuye al velamiento, podría arriesgar que sí. Pero no es un tema en el que me sienta muy seguro...

ASISTENTE: En realidad quería saber si se los puede considerar dentro de un grupo de débiles o no.

PABLO PEUSNER: Es curioso porque Lacan dice que se los puede considerar débiles pero no porque consuman droga, sino porque están reunidos bajo una bandera de la que no saben lo que quiere decir. Es simpático ver (por ejemplo, en la televisión) a esos grupos rebeldes al sistema, pero que usan zapatillas *Nike*. Lacan deja la debilidad de ese lado, es un tema muy interesante para aquellos que trabajan con jóvenes.

ASISTENTE: Nosotros, todos los que estamos en esta fila, trabajamos en un hogar de día desde distintas disciplinas... Me parecieron muy interesantes estos lineamientos a pensar con relación a los discursos, el débil allí; y también pensar la orientación por el lado del saber supuesto y la circulación de la transferencia. Muchas veces le pasa algo al paciente y lo mandan al psiquiatra, al psicólogo, esto de los intervinientes y que cada uno pueda autorizarse... Mi pregunta iba en relación a si nos podía dar alguna receta, digamos, alguna línea de orientación en la intervención en la institución con estos sujetos...

PABLO PEUSNER: La verdad que no.

He tenido mucho cuidado en no plantear casos, ni mostrar situaciones donde yo hice tal o cual intervención. Lo hice a propó-

sito porque no quería producir un efecto “modelo”, me gustaría más que ustedes algún día me escriban y me cuenten qué hicieron y por qué.

Lacan decía que a él siempre le preguntaban qué había que hacer en tal o cual situación, y que cuando alguien te pregunta eso es porque no cree en el inconsciente –lo dice en el “Discurso de Roma”, ya en 1953–. ¡No me digan que nunca dudaron acerca del inconsciente! Si creemos en el inconsciente tenemos que demostrarlo, hoy, aquí; y la mejor manera es no proponer modelos. Ahí vale el caso por caso: ustedes, que trabajan juntos, pueden escribir un caso, formalizarlo, y después nos reunimos y lo discutimos. ¡Con todo gusto! Pero no hay recetas y nos conviene que sea así. En estos días he tenido la ocasión de conocer equipos de trabajo que hacen las cosas muy bien, y son profesiones difíciles, en las que uno tiene que tener mucha tolerancia a la frustración porque no todos los días hay logros, incluso puede no haberlos nunca...

Entonces, por principio, no puedo responder a lo que me pedís –disculpame–.

2.

El débil mental, complaciente Sísifo¹

Hay que imaginarse a Sísifo dichoso.

ALBERT CAMUS, *El mito de Sísifo*

Estoy muy contento de poder coordinar esta reunión de trabajo. Esto no es un seminario, no es un curso, no es una conferencia; por eso –aprovechando el espacio– sugerí esta disposición espacial: una gran mesa redonda donde podamos vernos las caras, y estar más cómodos para tomar notas y trabajar los textos.

Cuando nos reunimos en Mayo en la Jornada sobre la debilidad mental –muchos de ustedes estaban presentes– quedó la idea de una segunda vuelta acerca del tema. Yo mismo pedí un formato diferente, más chico, más íntimo, pero no calculé que sólo con los equipos de *Otium y efapp* íbamos a ser tantos... Igualmente, les agradezco vuestra presencia, para mí es importante.

Propuse para hoy una pequeñísima bibliografía para trabajar. Primero, el texto de Pierre Bruno acerca de la debilidad mental, del que finalmente, luego de mucho buscar, encontré una versión española gracias a mis colegas de la residencia de la Colonia Montes de Oca, en la provincia de Buenos Aires (enseguida lo envié a Córdoba, espero que hayan tenido tiempo de leerlo). El texto fue

1. Reunión de trabajo en la FUNDACIÓN OTIUM, Córdoba, viernes 11 de septiembre de 2009.

publicado en la revista *Pliegos* N°1, de 1996, que era la publicación de la Escuela Europea de Psicoanálisis, con el siguiente título: “Al margen. Sobre la debilidad mental”. Es curiosa la maniobra de la traductora Mariam Martín Ramos, ya que reemplazó la expresión francesa *à côté de la plaque* –de la que hablé bastante en mayo– por el sencillísimo “al margen”. No es lo mismo y, creo, que genera problemas.

También tenemos una versión desgrabada y corregida de mi intervención de mayo, titulada “Reinventar la debilidad mental”, a la que pude agregarle los gráficos correspondientes –tal vez recuerden que en aquella ocasión la pizarra era pequeña y la sala enorme (se trataba de un cine), por lo que no era tan sencillo el recurso a la escritura–.

Finalmente, les propuse trabajar las clases 16 y 18 del seminario de Lacan acerca de “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” y la parte final del escrito “Posición del inconsciente” –fundamentalmente, para revisar un poco el famoso binario alienación/separación–.

Retomo, entonces, este tema maldito. Y tal como hicimos en mayo, hay que decidir por dónde comenzar. Les propongo hacerlo a partir de una cita del artículo de Pierre Bruno, que encontrarán en la página 51 de la edición española o en la página 59 de la revista *Ornicar?* 37. El texto está dividido en dos grandes partes: una que rastrea el concepto en la psicología y su entrada en el psicoanálisis –ubicando los lugares de la obra de Lacan en que hay alguna pista para ceñirlo un poco–, y otra que consiste en el historial clínico de un chico de 10 años, llamado Hem. He comparado ambas versiones del texto –francesa y española–, la traducción en general es un poco dura y por eso voy a utilizar mi traducción personal para la cita en cuestión, que he tomado de la segunda parte del texto, es decir del historial clínico.

Así es que al principio de la cura, yo estaba sorprendido por el modo en que Hem, *complaciente Sísifo*, se dedicaba a borrar lo que en su decir pudiera ser escuchado como formación del in-

consciente en el lugar del Otro. Por ejemplo, yo dibujo una casa. Hem comenta: “una cárcel”, y luego prosigue: “una casa”. De un modo aún más ejemplar debido a su constancia, Hem responde a toda pregunta que yo plantee en sesión cortándola con un “sí” antes de poder terminarla. El “sí” neutraliza la pregunta antes de que ella pueda cerrar su significación y liberar un efecto de sentido².

Me parece muy interesante que Pierre Bruno califique a su paciente de “complaciente Sísifo”. ¿Recuerdan quién era Sísifo?

En la mitología griega clásica, Sísifo fue el fundador y rey de Corinto. Curiosamente tuvo fama de ser el más astuto de los hombres (esto ya es raro como para acercarlo a la debilidad mental, ¿no les parece?). Era astuto, pero en el sentido complicado del término, es decir, era tramposo: antes de morir le dijo a su esposa que cuando él se muriera no ofreciera el sacrificio habitual a los muertos –algo que en la antigua Grecia era muy sagrado, realmente–. En el infierno Sísifo se quejó de que su esposa no estaba cumpliendo con sus deberes, y convenció a Hades –el dios del inframundo griego– para que le permitiera volver al mundo superior y obligarla a realizarlos. Pero cuando estuvo de nuevo en Corinto, se negó a volver al inframundo, hasta que fue devuelto a la fuerza por el dios Hermes. En el infierno Sísifo fue obligado a empujar una piedra enorme cuesta arriba por una ladera empinada, pero antes de llegar a la cima de la colina la piedra siempre rodaba hacia abajo, y Sísifo tenía que empezar de nuevo desde el principio. Esto, por toda la eternidad...

Es este final el que permite asociar a Sísifo con la debilidad mental, creo que es una imagen muy precisa de Pierre Bruno. Sísifo empuja la piedra, llega hasta arriba y la piedra cae... El circuito recommienza una y otra vez, él no puede abandonarlo, es una repetición extraña ya que Sísifo no lleva la cuenta de cuántas veces repitió su accionar. El paciente de Pierre Bruno, Hem,

2. Bruno, Pierre. *À côté de la plaque. Sur la débilite mentale. Ornica?* 37, Paris, abril-junio de 1986, p. 59 (versión española disponible en revista *Pliegos* n° 1, Madrid, 1996, p. 51). Las itálicas son mías.

es mucho peor: es un Sísifo “complaciente”, solícito, *gauchito* –podríamos decir nosotros...–. Tal vez en cada subida y en cada bajada Sísifo maldiga a los dioses por el castigo, pero Hem no, está –digamos– contento con sus repeticiones, no las cuenta, las realiza cada vez como si fuera la primera vez... No se trata de una imagen de tenacidad, de lucha; se trata de una repetición constante de lo mismo, siempre lo mismo, sin las diferencias y los matices que estamos acostumbrados a ver en los neuróticos. Esto me resulta muy interesante ya que, en algún sentido, contradice a la lógica del significante.

Si alguno de ustedes practica el psicoanálisis como psicoanalista, se ha encontrado muchas veces con un paciente neurótico pidiendo disculpas por volver a contar algo que ya contó mil veces –bueno, a veces somos nosotros mismos en tanto analizantes quienes lo hacemos–. Y justamente por eso podemos suponer que tales personas llevan la cuenta de lo que han dicho, y dicen: “Yo sé que soy un pesado porque otra vez te voy a volver a contar lo mismo”... Y vuelven a contarlos pero pidiendo disculpas, tratando de introducir que se trata de una excepción, de un caso particular, pero no es más que para justificar la enorme cantidad de veces que dijeron eso.

Comparar al débil mental con un “complaciente Sísifo” supone una lógica de este estilo: se trata de personas que no llevan la cuenta y que repiten una, dos, mil veces lo mismo, exactamente lo mismo y de la misma manera. Estoy seguro de que entre ustedes, quienes tienen mucho contacto y experiencia con pacientes débiles mentales frecuentemente han escuchado el relato de lo mismo una y otra vez, a punto tal de poder anticiparlo. Y lo curioso –aquí completo algo esbozado en el texto de Pierre Bruno– es que el carácter de “complaciente” que Bruno lo otorga a su Sísifodébil supone que la persona en cuestión no se queja ni se aburre. Y esto está insinuado en la disculpa neurótica que precede al relato de lo mismo: “vos debés estar aburrido de escucharme decir una y otra vez lo mismo...”. El neurótico lleva la cuenta y supone que la repetición aburre al otro, probablemente porque también lo aburre a él. Y además, está esa sensación de pérdida del tiempo

asociada a la repetición: el neurótico se sabe finito, sufre y se angustia justamente por eso; así es que invertir su escaso tiempo en repetir lo mismo le hace sentir una pérdida, una pérdida de tiempo. La cultura sabe de esto y ha producido un tipo de saber que dice “la tercera es la vencida”. Podemos intentar algo y que salga mal, luego reintentarlo. Pero la tercera es la última –o al menos, eso dice el proverbio–. Si decimos “la tercera” es porque la cuenta funciona. Y si el neurótico no logra su cometido en la tercera... suele venir un diagnóstico en términos de fracaso, acompañado por toda una serie de afectos bien negativos. El débil se ahorra todo esto y, como decía Lacan, tal vez su posición incluya alguna ventaja, lo que permitiría no asociarlo tan directamente con la idea de déficit. El débil no pierde tiempo en la repetición, tal vez porque –al igual que Sísifo– vive en la eternidad resultante de no responder plenamente a la lógica del significante –volveremos a esto más adelante–. Me pregunto: ¿qué sentido tendría llevar la cuenta si uno está condenado a la eternidad?

Destiqué en la cita la palabra “constancia” ya que es otro rasgo interesante para caracterizar la posición del débil. Pierre Bruno, dice “de un modo aún más ejemplar debido a su *constancia...*”, y destaca dicha particularidad de su paciente. Los neuróticos repiten, pero tarde o temprano confiesan sus problemas con la constancia. Se califican de “inconstantes”. El débil es constante, y se trata de un rasgo llevado a un extremo tal que a nosotros suele producirnos diversos efectos: fastidio, sorpresa y a veces, hasta cierta ternura. El neurótico comienza a ir al gimnasio y a los pocos días lo deja. Comienza una dieta y cualquier situación es buena para abandonarla... Podríamos decir que se trata de una problemática cotidiana: cómo sostener aquello que comenzó –es cierto que al neurótico le cuesta tomar la decisión de comenzar algo, pero muchas veces no la toma porque sabe que no podrá sostenerla–. Entonces, sostenerse es un asunto propiamente neurótico. El débil se sostiene, es constante, no para, no corta y esa especie de estereotipo que presenta, a nosotros se nos antoja entre sorprendente y perturbador.

Hem presenta una constancia en la repetición de lo mismo. El neurótico repite, es cierto, pero no con constancia. Justamente, la duda es un indicador clínico frecuente que ataca a la constancia. Si el neurótico va al gimnasio, después de ir seis veces se pesa para verificar si adelgazó. De esa manera intenta instalar un sistema para verificar el beneficio de su constancia. El débil no verifica, sigue repitiendo lo mismo como un complaciente Sísifo. El neurótico voluntarioso no es complaciente, se queja de lo que tiene que sostener, lo reivindica, pretende que se lo reconozcan y que lo aplaudan por ser constante.

Vuelvo al texto:

De un modo aún más ejemplar debido a su constancia, Hem responde a toda pregunta que yo planteo en sesión cortándola con un “sí” antes de poder terminarla. El “sí” neutraliza la pregunta antes de que ella pueda cerrar su significación y liberar un efecto de sentido³.

Aquí, en este ejemplo, el “sí” es constante y está allí para anular todo tipo posible de despliegue de alguna significación.

Hay una versión distinta de esto, quizás ya la notaron: hay quienes anteponen un “no” a cualquier frase, incluso en los casos en que la respuesta es positiva. Uno puede preguntar: “¿Y, cómo están las cosas en Córdoba por estos días?”. La respuesta puede ser: “No. Córdoba está en un buen momento cultural...” —es un ejemplo—. Ese “no” es un parásito en la frase. No pertenece a ella, sólo indica la posición enunciativa del hablante —es una especie de *shifter*, como proponía Lacan a partir del concepto tomado de la lingüística de Jakobson—.

En el caso de Hem, el “sí” neutraliza la pregunta porque funciona como una respuesta anticipada. El neurótico vive haciendo preguntas y, por lo general, tiene escasas respuestas para ellas. Ante cualquier cosa aparece una pregunta, a veces preguntas ridículas —tal vez la más ridícula, por estar dirigida a un analista, sea “¿está bien o está mal?”—. Aún en estos casos, las preguntas

3. *Ibidem.*

permiten abrir muchos sentidos, desplegar múltiples problemas. Hem las cierra antes de abrirlas, anulando toda posibilidad de despliegue al respecto.

El texto de Pierre Bruno da cuenta, en el párrafo siguiente, de otro muchacho débil quien al terminar su sesión del jueves, preguntaba: “¿Vas a estar aquí el jueves que viene?”, e inmediatamente volvía a preguntar, “¿No vas a estar aquí el jueves que viene?”. Así, impedía la respuesta. Es un tratamiento bastante extraño de la pregunta: se trata de anularla como posible espacio del que pudiera venir alguna referencia al deseo del Otro.

Pierre Bruno afirma que bajo esta lógica del complaciente Sísifo, Hem se niega a que cualquier cosa dicha por él pudiera ser escuchada como formación del inconsciente en el lugar del Otro, y da un ejemplo: él dibuja una casa y el muchacho dice “una cárcel”, luego se corrige y dice “una casa”. Uno se tiente con que, en ocasiones, una casa puede ser una cárcel; o con cierta idea de encierro o prisión que alguien podría atribuirle a su casa. Pero uno se tiente porque es neurótico y está preso –otra vez la cárcel– en la estructura del significante. Para nosotros, el Otro habla en las palabras que decimos y, salvo que estemos tan enfermos de psicoanálisis como casi todos los presentes, nadie puede asociar directamente eso dicho con su Yo. Una persona cualquiera –iba a decir “normal”–, niega su equívoco con un “yo no quise decir eso, me equivoqué”, y punto. Así, recompone su posición yoica negando eso Otro que habla en sus palabras. Hace falta una cierta posición que podríamos calificar de “ética” para asumir que eso que habla en las palabras de uno puede ser puesto en concordancia con la posición del hablante, de quien asume ese inconsciente. Lacan decía que “uno recibe su propio mensaje en forma invertida desde el lugar del Otro”, y yo agrego “si uno quiere”, y esta cláusula introduce la dimensión ética que es la condición para alcanzar la posición analizante. Durante años he trabajado con personas que no querían recibir ese mensaje. Algunas de ellas, luego de cierto tiempo de acompañarlos en ese recorrido, quisieron. Otros no, y fuimos juntos hasta donde se pudo.

Ahora bien, sabemos que el lenguaje es la condición del inconsciente, y que por lo tanto lo precede. Entonces, existe un fenómeno del lenguaje que es previo a su captura por el psicoanálisis, y es que cada vez que alguien habla dice algo más, algo menos o algo distinto de lo que quería decir. Esto ocurre por el solo hecho de hablar, y está más allá de cualquier estructura o posición clínica. Por supuesto que ese algo más, menos o distinto, toma un valor particular en el psicoanálisis y pasa a ser una formación del inconsciente. Los analistas suponemos que eso *quiere decir* algo. Pero, para que la cosa funcione, hace falta que el hablante acepte encontrarse con un saber –es decir, con una cadena significativa– que provenga desde el lugar del Otro. Lacan afirmaba que “el saber es el goce del Otro”, ya que ese algo más, menos o distinto, goza al sujeto humano hablante.

Ahora bien, si Hem se equivoca de palabra, si dice “cárcel” en vez de “casa”, ¿podemos autorizarnos a leer en ese deslizamiento, en ese “algo distinto”, una formación del inconsciente? Ya sabemos –lo hemos estudiado y desarrollado bastante en mayo– que el débil mental rechaza el encuentro con ese saber que le viene del Otro. Esto sin duda dificulta la operación analítica que consiste en transformar ese fenómeno del lenguaje en una formación del inconsciente y, luego, interpretarlo.

* * *

Aquí conviene un breve desarrollo en torno de las operaciones de causación del sujeto, ya que Pierre Bruno hace dos referencias a la “separación” –que es un concepto lacaniano–. Sin embargo, hay una ambigüedad importante en el texto que conviene revisar. Primero dice:

Sin duda estas características llevadas al extremo son las que pueden inducir a pensar que la debilidad correspondería a un fracaso reiterado de la separación⁴.

4. *Ibidem.*

Y luego, sobre el final del mismo párrafo, termina por afirmar:

Nada de esto [es decir, de los fenómenos que hemos reseñado hasta aquí] permite sostener la tesis de un fracaso insalvable de la separación⁵.

¿Por qué afirma esto? ¿Qué relación podría tener la posición del débil con un supuesto fracaso de la separación? ¿Puede la separación fracasar sin producir algún efecto sobre la alienación?

Soy consciente de que muchos de ustedes no son psicoanalistas, tampoco psicólogos, y que no han recibido formación lacaniana. Por eso, intentaré ser lo más claro posible, sin bastardear el problema, ni hacer un “Lacan para principiantes”.

Tenemos que comenzar con dos afirmaciones básicas que son de Lacan (por ahora las parafraseo, pero más adelante voy a citarlas como corresponde): la alienación y la separación son las dos operaciones fundamentales en que *conviene* formular la causación del sujeto –dejo señalado el término “conviene”, que es del propio Lacan–. Ambas se ordenan en una relación circular y no-recíproca.

Primer problema, ¿qué quiere decir “el sujeto”? El sujeto no es una persona, ni tampoco coincide con una persona –es una idea que casi todo el mundo maneja hasta que se encuentra con una frase como ésta y las cosas se tornan algo más confusas–. Les propongo que el sujeto es el asunto acerca del cual se habla o se escribe, y que de ese sujeto pueden participar varias personas. Es cierto que la palabra “sujeto” también se utiliza en nuestra lengua para referirse a una persona innominada –o sea de la que se desconoce su nombre o se prefiere no decirlo–. Pero en buen español, “sujeto” también quiere decir ‘asunto’, y aunque no lo utilicemos tanto en ese sentido, creo que es el que más se corresponde con la noción de sujeto en psicoanálisis. Entonces, hablamos de las dos operaciones que causan ese asunto.

5. *Ibidem.*

Ahora bien, que ambas operaciones se articulen mediante una relación circular quiere decir que no puede haber una sin la otra, ya que cada una conduce hacia la otra. Y no son recíprocas puesto que son diferentes, es decir, cada una funciona según determinada lógica que es distinta para cada caso. No puede haber alienación sin separación, ni separación sin alienación. Además, conviene señalar que Lacan es explícito acerca de que “no es concebible ninguna relación que engendre la alienación si no es la del *significante*”⁶ –yo veo que, por lo general, se supone que el sujeto está alienado al Otro y debe separarse del Otro. Esa lectura no es fiel al trabajo de Lacan–. Señalo esto porque es frecuente escuchar que los psicoanalistas hablen de la separación como algo a lograr, es decir que habría pacientes capturados por la alienación pero no separados, y la operación del analista sería entonces producir artificialmente esa separación. Esto se escucha mucho cuando se habla de pacientes psicóticos y de niños. Se trata de una orientación que nada tiene que ver con el planteo de Lacan. Voy a leerlo para que quede claro que no estoy inventando nada (cito de la última edición española de los *Escritos* publicada en el 2008, ya que en ella fueron corregidos muchísimos de los errores que había en las ediciones anteriores, entre ellos la traducción de *séparation* por ‘enajenación’. En esta edición, ese error –y muchos otros– fueron subsanados):

... las dos operaciones fundamentales en que conviene formular la causación del sujeto. Operaciones que se ordenan en una relación circular, pero no por ello recíproca⁷.

Dicho esto debemos recordar que en su texto, Pierre Bruno sugiere que ciertas manifestaciones de la debilidad podrían considerarse una falla de la separación, para finalmente negar esa asociación. Sin embargo, me parece que la debilidad mental pone en jaque a toda la lógica con la cual, según Lacan, “*conviene for-*

6. Lacan, Jacques. “Posición del inconsciente” (1960 [1964]), en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, edición revisada, 2008, p.799.

7. *Ibid.* p. 798.

mular la causa del sujeto”. Y esta frase abre la posibilidad de que exista alguna otra lógica, aunque no resulte tan *conveniente*.

Pero, para ser ordenados, comencemos con la lógica conveniente. Sabemos que la primera operación es la alienación, y que se trata de alienación al significante –y no al Otro, como a menudo se piensa–. El significante produce la alienación, básicamente, porque no existe ningún significante que por sí solo represente al sujeto. El sujeto siempre está representado por un significante para otro significante. Esto es muy conocido, lo escribo solamente para ir fijando las ideas.

$$\frac{S_1}{S} \longrightarrow S_2$$

Y voy a apoyar esta idea en una cita de “Posición del inconsciente”. Dice allí Lacan:

El registro del significante se instituye por el hecho de que un significante representa al sujeto para otro significante. Es la estructura, sueño, lapsus y chiste, de todas las formaciones del inconsciente. Y es también la que explica la división originaria del sujeto⁸.

El sujeto, el asunto –tengo que hacer mucho hincapié en esto para que dejemos de pensar en una persona cuando decimos “sujeto”– no puede ubicarse por fuera de la división. Esto, dicho así, es una fórmula vacía. Pero supongan ustedes a un paciente cualquiera –este sí es una persona–, de cualquier institución en la que ustedes se desempeñen, por la que ustedes circulen. El sujeto, el asunto, es la respuesta a “¿qué le pasa a este paciente?, ¿cuál es su situación?, ¿de qué sistema familiar proviene?, ¿qué lo atormenta?”. Notarán ustedes que la respuesta a esas preguntas nunca es una. No hay ninguna posibilidad de que encuentren una respuesta que cierre perfectamente con una idea. Y eso no es debido

8. *Ibid.* p. 799.

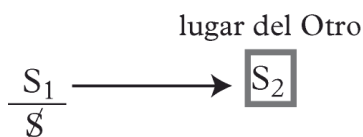
a la incompetencia o a la incapacidad de nadie, es un problema estructural. Tal vez alguno de ustedes esté pensando: “Claro, eso es así en las instituciones, con pacientes muy deteriorados...”, pero les aseguro que no, pasa lo mismo en el consultorio privado de los psicoanalistas en Villa Freud o en Nueva Córdoba. Hagan un experimento y pregunten a sus padres cómo se conocieron, cómo vinieron ustedes al mundo, cuál era la situación al momento de la concepción, pero pregúntenles por separado. Van a ver que las versiones no coinciden plenamente, que el asunto se abre, se divide. No es que, por ejemplo, papá diga la verdad y mamá mienta. Es un efecto inevitable del significante, de la alienación del asunto al significante. Por tener que tensarlo entre significantes, el asunto se divide. Y este es el más fundamental significado de la fórmula que acabo de escribir en el pizarrón –y tengan en cuenta que es una de las pocas fórmulas que Lacan mantuvo a lo largo de más de veinticinco años de trabajo, casi no hay seminario en el que no la haya utilizado–. En la misma página que les cité, Lacan afirma que “esa división no procede de otra cosa sino del mismo juego, del juego de los significantes”. Creo que hemos logrado darle una claridad bastante operativa a este primer problema.

Hay un detalle más que es importante. La alienación es un término de la lengua que Lacan ha extraído del habla común y redefinido para el psicoanálisis. El término ya había sido utilizado antes por Marx en sus elaboraciones acerca del trabajo alienado, y también existieron médicos denominados “alienistas” puesto que trataban a los “alienados”, es decir a pacientes que –en su locura– decían que eran otros (no sé por qué el estereotipo de esto es una persona que dice ser Napoleón, aunque yo conocí a uno que decía ser Jesús...). En estos casos la relación de alienación efectivamente se refiere a otro. Pero en la redefinición de Lacan, la alienación se refiere al significante, aunque conviene destacar que el Otro es el lugar del significante. Lacan lo explica de la siguiente manera:

No es pues que esta operación tome su punto de partida en el Otro lo que hace que se la califique de alienación. Que el Otro sea para

el sujeto el lugar de su causa significante no hace aquí sino motivar la razón por la que ningún sujeto puede ser causa de sí⁹.

En la fórmula, conviene entonces ubicar a este Otro como el lugar del significante, ya que hacerlo nos abre la puerta a dos articulaciones que, por ahora, sólo dejaré indicadas: la primera, es que al introducirlo dejamos casi escrita la estructura de los discursos. La segunda, es que nos permitirá retomar algunas ideas que tenemos bien aceitadas acerca de la compleja relación del débil mental con el saber.



Como consecuencia de esta lógica, se deduce que el sujeto, el asunto, no se causa a sí mismo, sino que hace falta introducir allí este lugar del Otro, desde donde proviene el segundo significante, el que conocemos como S₂. Esto puede leerse como una indicación clínica, y abre al segundo momento, el de la separación –sobre el que trabajaremos en un momento–.

En la clase XVIII del Seminario 11, Lacan abre la puerta a otra lógica, la que creo responde a una causación *no tan conveniente* del sujeto. Lo encontrarán en el segundo apartado de esa clase. Dice lo siguiente:

La alienación está ligada de manera esencial a la función del par de significantes. En efecto, es esencialmente diferente que sean dos o que sean tres.

Si queremos captar dónde está la función del sujeto en esta articulación significante, tenemos que operar con dos, ya que sólo con dos significantes se le puede acorralar en la alienación¹⁰.

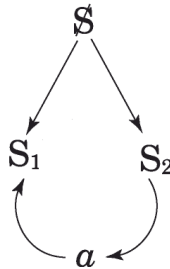
9. *Ibidem.*

10. Lacan, Jacques. *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos...*, Paidós, Buenos Aires, 1987, p. 244.

Es curioso porque habitualmente, se supone que si no hay dos es porque se han pegado, se han *holofraseado* –suele decirse así¹¹–. Sin embargo, Lacan plantea la posibilidad de que sean *tres*, haciendo caer el minimalismo signifiante, históricamente representado por el par S₁-S₂. En el caso de los tres significantes, el sujeto, el asunto, no queda *acorralado* (es el término que él utiliza) en la alienación. Esto ya constituye una rareza: tres significantes... tenemos que ver cómo hacer una presentación clínica de esta idea.

En la página siguiente, Lacan insiste con otra situación que vulnera la lógica del signifiante, puesto que habla allí de la ausencia del intervalo entre S₁-S₂ y de “cuando el primer par de significantes se solidifica, se holofrasea...”¹².

Cuando en el mes de mayo hablamos del débil mental, les propuse borrar la flecha que une al S₁ con el S₂ en el discurso del amo. Vuelvo a graficarlo:

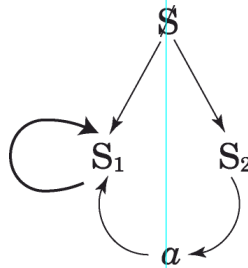


Noten ustedes que en esta presentación del discurso, cualquier aparición del S₁ queda totalmente desvinculada de la cadena –nin-

11. La forma verbal refleja “holofrasearse” debe considerarse un neologismo. Si bien los términos “holofrase”, “holofrástico” u “holofrásico” se utilizan poco en la literatura lingüística, el verbo reflexivo “holofrasearse” no registra aplicaciones anteriores a la de Lacan. Para mayor desarrollo de este problema, véase Steven, Alexandre, “L’holophrase, entre psychose et psychosomatique”, en *Ornicar? revue du Champ freudien*, n° 42, julio-septiembre 1987, p. 45-79.

12. *Ibid.* p. 245.

guna flecha parte desde allí–, y es por eso que Lacan afirma que la dupla signifiante se “solidifica”, porque pierde fluidez al no producirse ese deslizamiento del primer al segundo signifiante –incluso ya no tiene mucho sentido numerarlos, ponerles subíndices–. De hecho, ante la aparición del S1 podríamos decir que el recorrido se torna autorreferencial, girando siempre sobre sí mismo. Lacan afirma que en estos casos “el movimiento se vuelve circular”¹³, entonces lo agrego al grafo:



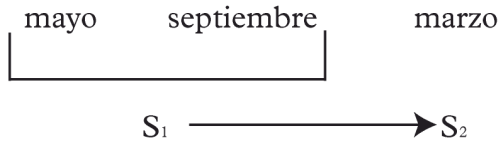
Quiero hacerles notar que estas indicaciones de Lacan –aunque diferentes– apuntan en un mismo sentido: se trata de una ruptura de la lógica central de la estructura del signifiante. Intentaré sintetizar este problema –que es realmente enorme– con algo sencillo, como para que todos puedan captar el modo de funcionamiento que, en la debilidad, deja de funcionar.

Comencemos por una idea básica: el signifiante funciona mediante englobamientos crecientes. Esto es lo que nos permite habitualmente agregar subíndices a los significantes. Veámoslo a través de un ejemplo: nosotros mantuvimos un encuentro de trabajo en el mes de mayo, por eso cuando nos encontramos hoy es la segunda vez que nos encontramos, y todo lo que hablamos en mayo de alguna manera lo tenemos presente. No cuesta nada en este ejemplo considerar al encuentro de mayo como S1 y al de hoy como S2 (no obstante, conviene tener en cuenta que hace falta una operación para que esto ocurra, ya que yo podría haber pronunciado hoy las mismas palabras que en mayo –supongo que ante

13. *Ibid.* p. 244.

el desconcierto y la sorpresa de ustedes—, y no sería tan sencillo decidir, en este caso tan extraño, si esta reunión sería S₂ ó volvería a ser S₁). Aquí se ve con mucha claridad la articulación de la dupla signifiante, pero justamente porque hablamos de dos elementos, y el englobamiento aún no es “creciente”.

Pero supongan que en marzo del año próximo volviéramos a encontrarnos. La lógica del signifiante nos obliga a inscribir la secuencia sólo con dos términos ¿Cómo la anotaríamos?



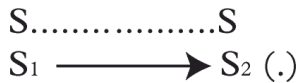
Observen ustedes que siempre trabajamos con dos significantes —esto es un requerimiento de la estructura misma, por eso cuando aparecen tres, Lacan ya indica algunos problemas—. Vean también como el S₁ engloba —“sintetiza” dice Lacan en el Seminario de “La Identificación”— dos términos. Es decir que si volviéramos a reunirnos en marzo, todo lo que trabajamos anteriormente, en mayo y en septiembre, constituiría el S₁, respecto de la reunión de marzo entendida como S₂. Si en la reunión de marzo yo volviera a decir algunas cosas dichas previamente, seguro que pediría disculpas o haría notar que soy consciente de tales repeticiones, pero en modo alguno volvería a decir exactamente lo mismo —tengan en cuenta que la ruptura de esta lógica de la alienación, hace que la repetición sea de *exactamente* lo mismo—.

Aquí se ve mejor el funcionamiento ya que se trata de tres elementos. El S₁ tiene una función englobante —en este ejemplo engloba dos reuniones de trabajo—. Pero también podríamos utilizarlo para pensar la lógica del análisis: mi sesión número 15 vale como S₂ respecto de las 14 sesiones anteriores entendidas como S₁. En la sesión 16, el S₁ englobará las 15 anteriores, incorporando un elemento más que en el corte anterior —por eso el englobamiento es “creciente”—. Creo que esto se comprende fácilmente: siempre

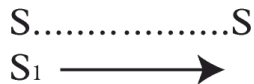
trabajamos con un par de significantes aunque tengamos muchos elementos. Veremos qué ocurre si esta lógica no funciona.

Lacan dice que “es esencialmente diferente que sean dos o que sean tres”. Yo creo que esta indicación no debe ser tomada al pie de la letra. Lacan nos transmite la idea de una ruptura con el par signifiante. O sea, ya no habrá S₁-S₂ para reducir toda lógica de elementos, y entonces que haya *uno* o *tres* es lo mismo. En algún lugar dice que son tres, en la página siguiente dice que es el par solidificado, *holofraseado*, lo que da la idea de uno... Lo importante aquí es que la lógica del par signifiante ya no funciona. Pero entonces, ¿qué ocurre?

Supongamos dos significantes cualesquiera. Estos, en realidad, no llevan subíndices, salvo que a partir de cierta puntuación les asignemos un orden. Allí sí se justifica numerarlos.

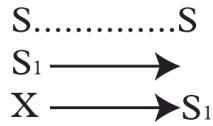


Ahora bien, tenemos otro caso. Este comienza igual que el anterior: los significantes se suceden, pero algo se complica en el establecimiento del par. Supongan que el primero de ellos sea numerado como S₁ y se extienda la flecha que va en busca del otro signifiante.



El problema es que aquí el par no funciona: holofrase, tres significantes... llámenlo como ustedes quieran. El asunto es que si se trataba de ubicar un S₂, aquí se falla el tiro, y el abrochamiento signifiante queda *à coté de la plaque*¹⁴.

14. Esta expresión fue extensamente elaborada en el capítulo anterior de este libro.



Tenemos dos significantes cualesquiera. El primero de ellos queda marcado como S₁, pero con sólo extender la flecha intentando establecer el segundo, el primero desaparece (aquí, en el Seminario, pusieron una *equis*, pero podría tratarse de una tachadura, es lo mismo) y se desliza hacia el segundo lugar, al lugar del final de la flecha, al lugar que originalmente le pertenecía al S₂. Ese deslizamiento es el que produce que la cosa se vuelva circular, ya que siempre estamos en presencia del S₁. Por eso retomé la expresión francesa *à coté de la plaque*, porque el abrochamiento falla, no se produce y el ciclo recomienza produciendo un extraño efecto de repetición. Si en la neurosis repetimos *lo mismo que no es lo mismo*, en los casos organizados a partir de estos fenómenos, la repetición es de *lo mismo que es lo mismo* –suena redundante pero no encuentro una manera mejor de decirlo–.

INTERVENCIÓN: ¿El englobamiento es lo mismo que la trama significativa?

Creo que el término “trama” es útil para pensar la red, pero la trama no necesariamente se hace cada vez más grande, me parece que en una trama se puede mantener por mucho tiempo la misma dimensión.

En estos casos donde falla el englobamiento, cada vez que se habla de algo es como si fuera la primera vez. Entonces, cuando aparece el primer término es “uno”; pero cuando aparece el que tendría que ser “dos”, ese que tendría que ser “dos” se convierte en “uno” y el que era “uno” se borró. Creo que nuestra escritura muestra bien un matiz bien clínico de la famosa holofrase, en un sentido muy particular del término que es propio de Lacan.

INTERVENCIÓN: ¡Es lo que venías planteando con el mito de Sísifo!

Es exactamente eso aunque más elaborado, más formalizado. Esta es la lógica clásica de lo que pasa con ciertas adquisiciones en los pacientes débiles mentales. Si logran que el paciente débil mental realice una pequeña articulación, a los dos días se le desarmó. Pasa lo mismo con esos niños que en la escuela logran –por ejemplo– escribir en cursivas y al día siguiente esa adquisición desapareció.

Todo el problema se reduce a cómo lograr inscribir esa ganancia en una cadena, es un verdadero desafío clínico. Pero si tenemos este problema, es porque la alienación resulta comprometida, ya que su lógica exige que se trate solamente de dos significantes. Lo dejo planteado y pasamos a la separación.

* * *

La separación también es una operación que se produce respecto del significante –igual que la alienación–. ¿Cómo es que un asunto, un sujeto, puede separarse del significante? Las pistas están en la página 222 de la versión española del Seminario 11. Cito, aunque dejo constancia que voy a traducir “sujeto” por “persona” en este caso:

La *persona* encuentra una falta en el Otro, en la propia intimación que ejerce sobre él el Otro con su discurso¹⁵.

El Otro nos intima con su discurso –es decir, nos exige, nos requiere algo–. Pero justamente por eso, porque nos intima, es que puede suponérselo en falta. Y ya aquí tenemos que decir que es de esa falta de la que el débil no quiere saber nada.

La cita continúa de la siguiente manera:

15. Lacan, Jacques. *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos...*, *Op. cit.* p. 222.

En los intervalos del discurso del Otro surge en la experiencia del niño algo que se puede detectar en ellos radicalmente: *me dice eso, ¿pero qué quiere?*¹⁶.

Esto es muy importante porque, justamente, es lo que impide pensar que estamos alienados a las cosas que nos decían “papá y mamá”, que es una lectura imaginaria del psicoanálisis. Nadie puede estar solamente alienado, sino que respecto de esos significantes que recibimos, Lacan dice que —él habla del niño pero ustedes saben que Lacan decía que *no hay personas grandes*— siempre podemos preguntarnos “qué es lo que el Otro me quiere decir con eso”, aunque el enunciado sea entendido perfectamente. Así, abrimos la pregunta por el deseo del Otro, algo que el débil rechaza de modo manifiesto.

Y un poquito más adelante, en el párrafo que sigue, dice:

Este intervalo que corta los significantes (...) es la guarida de lo que (...) he llamado metonimia. (...) y todos los por qué del niño no surgen de una avidez por la razón de las cosas —más bien constituyen una puesta a prueba del adulto, un *¿por qué me dices eso?*, resucitado siempre de lo más hondo— que es el enigma del deseo del adulto¹⁷.

Esta frase me parece sensacional, a los chicos no les importa saber por qué las cosas son como son, sus preguntas, sus investigaciones, no surgen del interés por las cosas... Por eso es que los analistas tenemos una posición tan cercana a la del niño, porque cuando preguntamos “por qué” no es por una curiosidad referida al modo en que funcionan las cosas, sino que al hacerlo estamos interrogando el deseo que se vehiculiza en lo que ha sido dicho. Pero esta posición —en primer lugar— exige aceptar que del otro lado hay Otro; y —segundo— que ese Otro está habitado por un deseo al que puede accederse a través de una conjetura que sobrepasa lo que ha sido dicho. Yo entiendo perfectamente lo que el Otro

16. *Ibidem.*

17. *Ibidem.*

me dice pero, ¿qué es lo que quiere decirme en eso que me dijo? Y esto, en el débil no funciona. El rechazo del débil al deseo del Otro, objeta –podemos decirlo así– a la operación de separación.

Queda por ubicar que en el caso en que la separación funciona, se trata de abrir la pregunta por ese deseo del Otro a partir de cierta posición particular, ya que quien enfrenta a ese deseo se supone objeto del mismo y le pregunta al Otro si soportaría su pérdida –la pregunta, según Lacan, es “¿puedes perderme?”–. Pero esta última vuelta del problema no merece plantearse si primero no se reconoce ese deseo del Otro.

Si hay un asunto, un sujeto, del débil, este no es susceptible de ser capturado en la lógica de la alienación-separación –lógica que Lacan consideraba *conveniente* para formular la causación del sujeto, pero de la que nunca dijo que fuera la única posible–. La alienación falla porque no opera la dupla significante, y la separación porque el débil rechaza ese deseo del Otro como modo de escapar al factor letal del significante, esencialmente binario.

Me he extendido bastante con este rodeo, pero quisiera volver al texto de Pierre Bruno. En la página 51 de la versión española él afirma que las características de su paciente “pueden inducir a pensar que la debilidad se corresponde con un fracaso reiterado de la separación”, pero unas líneas después termina por afirmar que nada de las características que ha reseñado “permiten sostener la tesis de un fracaso insalvable (el término francés es *rédhibitoire*) de la separación”. Estas dos oraciones fueron las que nos llevaron a abordar el problema de la alienación-separación. Personalmente, creo que podríamos pensar que la debilidad corresponde a un fracaso de la lógica del significante completa; es decir, tanto de la alienación como de la separación –yo no coincido plenamente con el planteo de Pierre Bruno–.

Tal vez por eso algunos pacientes débiles se desempeñan tan sorprendentemente en las matemáticas –hablamos algo de esto en mayo– y logran cálculos tan sofisticados. Allí no hay asunto, nadie puede preguntarse qué quieren decir tales cálculos. Ellos logran algo que a nosotros nos cuesta mucho, y es no asociar los

números con ningún objeto, con ninguna cualidad, son simplemente números. Para nosotros, los números rápidamente cuentan algo, objetos, dinero... pero no podemos pensarlos separados de alguna otra cosa. Allí el débil nos lleva una ventaja.

No obstante, Pierre Bruno deja dos indicaciones, de las que me gustaría obtener alguna ganancia clínica. Traduzco, ya que hay algunas palabras de la versión española que no me convencen:

El saber inconsciente del que Hem no quiere saber nada es aquel mismo que ofrece con profusión en sus historias dibujadas; exposición, por cierto, esterilizada por el aplanamiento del dibujo, aunque reveladora, lo quiera o no, de la existencia de un filón (*gisement*) que aunque no libere las modalidades posibles para su explotación, no es menos una forma de demanda¹⁸.

La idea está muy condensada, pero se entiende: cuando Hem dibuja, en sus producciones ofrece gran cantidad de ese saber del cual él no quiere saber nada. Ahora bien, insisto con esto, cuando alguien habla dice algo más, menos o distinto de lo que quería decir; cuando alguien dibuja, dibuja algo más, menos o distinto de lo que quería dibujar y lo mismo ocurre cuando alguien juega.

Según dice Pierre Bruno, eso es un filón –en francés dice *gisement* y en la versión española tradujeron por ‘material’, pero no es del todo la idea, ya que se trata de algo de lo que se espera sacar provecho–. Se trata de un recurso del que se espera obtener un beneficio. Pierre Bruno sitúa allí una forma de la demanda a pesar de que ese filón “no libere las modalidades posibles para su explotación”. Es un filón que no se puede explotar –considero que la idea es algo extraña, no creo que se la pueda considerar una demanda si no es explotable–.

El texto sigue con una intervención de Pierre Bruno, a propósito de los “sí” anticipatorios de su paciente –espero que recuerden cómo se manifestaban, lo vimos al principio–. Dice así:

18. Bruno, Pierre. *Op. cit.* p. 51 de la versión española; p. 60 de la versión francesa (Traducción personal).

Cuando un día, a propósito de sus “sí” anticipatorios le señalo a Hem: “si tan solo esperaras a que termine mi frase, podrías saber cuál es mi pregunta”, él se pone a reír. Así testimonia que no está sometido del todo a su función de agente de reducción del inconsciente¹⁹.

Considero que esta maniobra es una verdadera intervención para producir la cadena. Es algo así como si le hubiera dicho: “Esperá, la pregunta que te hago es S1 y termina con el signo de pregunta. Después viene tu respuesta, que tiene que ser S2” –se trata de instalar cierta puntuación–. Aquí, a través de la intervención, podemos conjeturar que Pierre Bruno captó algo del funcionamiento del débil por fuera de la cadena significante y, a través de su intervención, se convirtió en su *secretario*. Retomo este término porque fue introducido por Lacan en el Seminario 3 como una indicación de la posición del analista ante determinado tipo de pacientes –obviamente, hablaba allí de los psicóticos–. Pero creo que podemos detenernos un momento a reflexionar acerca de las posibilidades que el término nos ofrece.

En primer lugar, el término “secretario” –dice Lacan– era utilizado habitualmente “para reprochar a los alienistas su impotencia”²⁰. No obstante, él lo reivindica y termina por afirmar que “no sólo nos haremos sus secretarios, sino que tomaremos su relato al pie de la letra”²¹ –esto quiere decir que no tenemos que interpretarlo como si fuera una formación del inconsciente–.

¿Qué es un secretario? El secretario era la persona encargada de escribir la correspondencia, extender las actas, dar fe de los acuerdos y custodiar los documentos de una oficina, de una asamblea o de una corporación. El secretario era el escribiente –también llamado “amanuense”, es decir ‘el que escribe a mano’–. Nosotros tenemos una imagen algo posmoderna de un secretario o de una secretaria, que consiste más bien en una especie de

19. *Ibidem*.

20. Lacan, Jacques. *El Seminario. Libro 3. Las Psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 295.

21. *Ibid.* pp. 295-296.

esclavo algo calificado, pero no es ese el sentido original del término. Les propongo que en el contexto en que lo utiliza Lacan, el secretario es más bien el que escribe, el que fija y asienta las cosas por escrito y, para eso, debe respetar las reglas de ortografía, puntuación y sintaxis. Es por eso que en el Seminario, Lacan invita a reflexionar acerca de la lectura y, luego, dice:

El *asunto* [en la versión española dice “sujeto”] da fe efectivamente de cierto viraje en la relación con el lenguaje (...). Metodológicamente, tenemos el derecho de aceptar entonces el testimonio del alienado sobre su posición respecto al lenguaje, y tenemos que tomarlo en cuenta en el análisis del conjunto de las relaciones del sujeto con el lenguaje²².

El asunto del débil efectivamente nos muestra el viraje de su relación con el lenguaje. Ya no participa de la lógica del significante, aunque se encuentre en el lenguaje. No es posible atraparlo con las operaciones de alienación y separación. Sin embargo, su testimonio vale. Vale, justamente, como testimonio de ese viraje y debemos tenerlo en cuenta para decidir nuestra posición clínica –y ética, diría yo–. Una interesante posibilidad es la de convertirse en el secretario –insisto que en el sentido clásico del término– ya que se presenta como una alternativa a la interpretación, que en estos casos resulta inconducente porque no sirve para nada.

SILVIA YOUNG: Tenemos aquí una paciente que todo el tiempo pregunta por su familia. “¿Van a venir o no van a venir?”, es su pregunta constante. Hemos intentado ponerle un punto, detener esa pregunta porque la predispone mal, y hemos logrado apaciguarla un poco...

PABLO PEUSNER: Es interesante lo que señalás acerca del punto como modo de intervención, ya que el punto en este caso no abre sentido. O sea, no funciona como en un neurótico, donde el punto abre nuevos sentidos a la frase que pueden seguir desarrollán-

22. *Ibid.* p. 298.

dose. Aquí se trata de un modo de intervención más formal, gramatical –o más específicamente, ortográfica–.

SILVIA YOUNG: Esta misma paciente canta, le gusta mucho cantar. Ella cambia las letras de las canciones insistentemente. “Color esperanza” es para ella “dolor esperanza”. Uno podría hacer diez mil asociaciones conociendo su caso, pero aparece siempre el mismo equívoco, sobre el que ella no puede trabajar...

PABLO PEUSNER: Es el mismo caso que comenta Bruno entre “cárcel” y “casa”. No me parece que se pueda invitar ahí al paciente a desplegar las asociaciones... siempre terminaríamos proyectando nuestra propia fantasmática en la asociación. Yo lo veo improductivo, no peligroso –en un psicótico sería peligroso–, pero en la debilidad mental me parece que no conduciría a ningún lado. Es cierto que la asociación es tan patente, tan evidente, que en un neurótico sería muy fácil ponerlo a trabajar, ¿no les parece? Pasa lo mismo con el equívoco entre “cárcel” y “casa”.

SILVIA YOUNG: En alguna oportunidad ella dijo “Tengo que ir al ginecólogo porque estoy resfriada”... ahora no me acuerdo pero hay un montón de casos en los que hablan así...

PABLO PEUSNER: Pero a mí me parece que está muy claro. Enunciar “voy al ginecólogo porque tengo un problema ginecológico”, exige que el S1 se conecte con el S2. O sea, tiene que haber una asociación. Cuando ella dice “voy al ginecólogo porque estoy resfriada”, es porque la asociación entre ese primer significativo y el segundo ya se perdió. Cuando dijo “ginecólogo” era S1; cuando dijo “resfriada” es S1 y “ginecólogo” se perdió, pasó a ser la X. No hay un fallido allí, no se puede suponer que esa sustitución *quiere decir* algo.

En la debilidad sigue siendo un problema el hecho de que el recurso habitual del psicoanálisis está inhabilitado. El psicoanálisis se funda en un trabajo con la diferencia entre lo que se dice y lo que se quería decir, con ese algo en más, en menos o distin-

to... Necesitamos esa diferencia. Pero la debilidad mental nos coloca ante el desafío de que no podemos sostener nuestra labor interrogando esa diferencia. Por eso, tenemos que pensar alguna alternativa para poder intervenir...

INTERVENCIÓN: Si trabajamos a la debilidad desde ahí... ¿hay riesgo de psicotizarla?

PABLO PEUSNER: Hace un rato dije que creía que no. A mí me parece que si la trabajamos desde allí no pasa nada, el recurso se torna inútil. No creo que haya riesgo de producir una psicosis.

La posibilidad de intervenir se presenta por otro lado –ella lo señalaba recién cuando hablaba de la puntuación–. Se trata de plantear algún tipo de intervención por fuera del significado, que apunte al ordenamiento de la cadena. Y no sé si puede hacerse mucho más, habría que ver... deberíamos conversar acerca de casos clínicos –quizás, podría ser el formato de una tercera reunión–.

Yo sé que aquí están quienes se ocupan de hacer jardinería, carpintería o artesanías con los pacientes y que tal vez no conocen la teoría psicoanalítica; pero incluso en esas actividades hay una lógica básica, una lógica significativa que las ordena. Hay un orden de implicaciones, de causas y consecuencias que se ordenan simbólicamente. Lo mismo pasa en otros talleres, pero –y aquí viene lo interesante– si bien esa lógica es significativa, no siempre se presenta de igual manera, y eso permite ciertas diferencias.

Hay pacientes débiles mentales que pintan maravillosamente y entienden el proceso de pintado, otros son excelentes artesanos o carpinteros... Entonces, uno se pregunta: “¿por qué en esta actividad funciona bien y en esta otra no?”. Igual, sin responder a la pregunta, me parece interesante que haya instituciones con distintas modalidades de taller, con distintas ofertas, porque no todos los talleres tienen la misma lógica de funcionamiento, no todos exigen las mismas competencias significantes –no es lo mismo hacer música que hacer radio, o hacer jardinería–.

INTERVENCIÓN: ¿Es por eso que los chicos que funcionan como débiles mentales en las escuelas aprenden algunas cosas y no otras? ¿Puede ser por el cambio de lógica?

PABLO PEUSNER: Sí, estoy de acuerdo. De paso, te recuerdo que en un débil mental la matemática está favorecida ¿Por qué? Porque la matemática no tiene significaciones...

SILVIA YOUNG: Bueno, esta misma paciente de la que hablábamos, a principio del mes ordena todos los días, y vos le podés preguntar hoy, viernes, qué número día cae el domingo y ella lo dice exactamente. Ahora, si ese mes tiene treinta y un días se le hace lío... hasta que engancha la cadena de nuevo.

PABLO PEUSNER: Bueno, me acuerdo de un caso complicado que atendí en Buenos Aires, de un niño derivado por la escuela debido a que tenía serios problemas en matemática. La cosa comenzó a aclararse cuando establecí su situación familiar: él tenía una hermanita y sus padres acababan de separarse. El niño quedó viviendo con su mamá, su hermana, la nueva pareja de su mamá y una hija adolescente de este hombre. Entonces, cuatro dividido dos... dio por resultado ¡cinco por un lado, y uno por el otro! Cuando los números se le llenaron de tanto significado, el niño no pudo soportar la matemática de la escuela...

INTERVENCIÓN: En el caso que vos estás planteando podría ser una posición neurótica y un síntoma...

PABLO PEUSNER: Por supuesto que lo presento como una posición neurótica, justamente porque las significaciones lo envolvieron. O sea la matemática dejó de ser un lenguaje formal abstracto para transformarse en un mundo de significaciones. ¿Se acuerdan que cuando trabajábamos en mayo el caso de los mellizos de los que hablaba Oliver Sacks, él decía que los chicos vivían en un mundo de números sin ninguna significación? Para nosotros eso es impensable. Cuando nosotros hablamos de números en seguida pre-

guntamos si son dólares o euros, enseguida vamos a ver cuántos somos, en seguida le asignamos objetos a esos números (recuerdo la canción con que les enseñaron a contar a mis hijos en el Jardín, dice así: *El uno es un soldado, muy quieto y de costado / el dos es un patito, que nada por el lago ...* La canción sigue hasta el nueve, pero noten ustedes que a cada número le corresponde algo, un objeto, que imaginariamente lo ilustra. Eso es una insuficiencia neurótica, nosotros no podemos trabajar y pensar sólo con los números, necesitamos asociarlos a algo. Esto no hace falta en la debilidad).

Volviendo al comentario de recién, en el que se comparaba la escuela con los talleres, me parece que la asociación es buena. Podríamos pensar que cada taller es una materia, que en cada materia las competencias que se ponen en juego son diferentes y que es probable que alguna competencia favorezca más la aparición de significados que otra.

INTERVENCIÓN: Pensarlo así nos permitiría replantearnos la lógica de cada asignatura, ver qué funciona en cada caso —a veces siento que es un problema nuestro y no de los chicos en integración—. Podríamos ver por qué acá sí, y por qué allá no... Y replantear cada asignatura.

PABLO PEUSNER: Hay asignaturas que invitan mucho más a la asociación con un significado y otras que no. Entonces, quizás, las que produzcan más significado sean las más difíciles de digerir para estos pacientes. Pero además, tengan en cuenta lo que hemos hablado acerca del “trámite escolar” —me refiero a su estructura discursiva, tal como la trabajamos en mayo—. Sin duda, un taller no tiene necesariamente ese valor de “trámite” que es ineliminable en la escuela. Y además, la escuela es de por sí un poco débil cuando rechaza las formaciones del inconsciente llamándolas “error”. Allí la propia institución no quiere saber nada del deseo del Otro, y reduce cualquier manifestación subjetiva a un fallo, a un déficit. Bueno, supongo que es el pan cotidiano de quienes hacen integración y están aquí presentes...

VIVIANA CUEVAS: Yo quería preguntarte si cuando planteás la intervención que ordena la cadena, la puntuación, estás pensando en una construcción. ¿No es algo que uno le *enchufa* al paciente?

PABLO PEUSNER: Me gusta eso de pensar que es algo que uno *enchufa*, un *enchufamiento*... decilo como quieras pero es algo que nosotros proponemos –al estilo de las más célebres intervenciones de Melanie Klein–.

La gran intervención de Melanie Klein que Lacan recorta es aquella en la que Melanie Klein le *enchufa* los trenes a Dick. Hablemos del *enchufamiento*, no hay ningún problema a condición de que sepamos que es algo que estamos aportando nosotros, pero que no es aportado *fantasmáticamente*. No hay ningún problema en que el analista ponga algo suyo. No hay intervención analítica –porque también hay intervenciones de otro tipo– si el analista no pone algo suyo, y para eso hay que autorizarse.

Nos hemos extendido mucho, vamos a dejar aquí.

Los despido con una cita de Albert Camus, justamente de su ensayo titulado “El mito de Sísifo” de 1942.

Sísifo enseña la fidelidad superior que niega a los dioses y levanta las rocas. Él también juzga que todo está bien. Este universo en adelante sin amo no le parece estéril ni fútil. Cada uno de los granos de esta piedra, cada trozo mineral de esta montaña llena de oscuridad, forma por sí solo un mundo. El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso²³.

“Hay que imaginarse a Sísifo dichoso” es una linda frase que vale como una invitación a no quedar atrapado en una identificación que sólo nos paralizaría. Entonces, se trata de no retroceder ante el complaciente Sísifo.

Gracias por acompañarme hasta aquí.

Hasta pronto.

23. Camus, Albert. *El mito de Sísifo* (1942). Ed. Losada, Buenos Aires, 1953, pp. 137-138.



3.

“Vos lo dijiste”. Prestarse a la debilidad mental

La tendencia del débil es la de identificarse deliberadamente, por una especie de elección de identidad, con un significante que en lo sucesivo dará respuesta a todo (equivalente a un nombre propio) y le servirá para volver caduca *lalengua* como fuente de equívocos.

PIERRE BRUNO

À coté de la plaque. Sur la débilité mentale.

Hace algún tiempo, trabajando en un Hospital de Día, solía mantener conversaciones con un muchacho de unos treinta años al que llamaré Maxi. No eran conversaciones comunes –de hecho, en ese tipo de instituciones, a menudo uno se encuentra involucrado en conversaciones extrañas–. Maxi amaba el deporte y especialmente el básquet. Manejaba una enorme cantidad de información al respecto: resultados de los partidos, puntos ganados por cada jugador, cantidad de faltas acumuladas por cada uno, formaciones de los equipos, etc. Era un muchacho amable, muy querido por los otros pacientes del Hospital del Día, a los que atiborraba de datos estadísticos y numéricos referidos a la Liga Nacional de Básquet y a la NBA. Ahora bien, podía ocurrir que mientras Maxi contaba los resultados de la última fecha, informara de un ajustado resultado a favor de algún equipo (supongamos que *Los Spurs* hubieran ganado por apenas un punto convertido en el último segundo a los *SuperSonics* de Oklahoma

City). Entonces, sin darme cuenta de lo que hacía, yo podía decirle “¡Qué suerte tienen *Los Spurs!* ¿No?”. Su respuesta era un sencillo: “Vos lo dijiste”.

Ahora bien, esta respuesta comenzó a repetirse. Maxi era una máquina de registrar y guardar datos, pero no podía deducir de tales datos ninguna conclusión. En 1997, ocurrió una rareza en la historia del fútbol ya que la selección de Irán goleó a la de Maldivas por 17 a 0. Maxi recordaba los rarísimos nombres de los autores de los goles, el estadio donde se jugó el partido y el clima durante el mismo. Pero bastó con que yo insinuara que “el partido había sido una *milonga...*”, para que me respondiera: “Vos lo dijiste”.

Cabe aclarar que contrariamente a lo que el lector podría suponer, era posible conversar con Maxi más allá de los datos y números que tan bien manejaba. Él podía contar qué había hecho el fin de semana, incluso lo que le había ocurrido durante el viaje al Hospital de Día (Maxi viajaba solo, y se manejaba bien en el transporte público). Solía invitarnos a todos –tanto a otros pacientes como a los profesionales que trabajábamos en la Institución– a tomar la merienda a su casa o a pasar el fin de semana en una quinta que su familia tenía en la provincia de Buenos Aires. Por supuesto que nunca nadie aceptaba tales invitaciones, pero muchas veces jugábamos un poco con la idea, tratando de ver hasta dónde comprendía el alcance de lo que nos proponía. Una vez, intentando desplegar un poco su invitación del fin de semana, le dije: “Me imagino que en la quinta se podrá hacer un buen asado”. Respondió como siempre: “Vos lo dijiste”. Lo mismo ocurrió cuando intenté preguntarle si se divertía en esos fines de semana familiares. Siempre respondía igual, con una sonrisa y retirando rápidamente la vista de su interlocutor.

En aquella época, yo llevaba una especie de registro diario de las cosas que iban ocurriendo durante mis horas de trabajo en el Hospital de Día. Maxi comenzó a convertirse en un protagonista de aquellas anotaciones. Tal vez por eso investigué un poco su historia clínica y descubrí que venía etiquetado con un diagnóstico muy difuso, básicamente porque –en un ámbito donde la psicosis

reinaba— carecía de antecedentes de sintomatología positiva: ninguna alucinación ni delirio; ninguna certeza, ni fenómenos elementales. Solo algunos vestigios de pensamiento infantil que en el formulario de admisión fueron consignados como “inmadurez”, pero nada más. Detrás suyo había una sólida familia que había terminado por llevarlo al Hospital de Día porque Maxi se aislaba mucho en su casa —pasaba todo el día mirando canales deportivos en la televisión— y el intento de escolarizarlo había fracasado.

A medida que mi relación con Maxi fue desarrollándose más y más, me propuse —quizás un poco irracionalmente— combatir su respuesta habitual. A lo largo de mis anotaciones, esa respuesta fue recibiendo distintos nombres: fórmula, latiguillo, respuesta estereotipada, holofrase... Me costó mucho decidirme por una de ellas. Comencé entonces a planificar mis conversaciones con él, a estar muy atento a los momentos en que pudiera surgir alguna otra cosa durante las mismas. Pero lo que ocurría era casi siempre lo mismo: Maxi se movía bien entre los datos, datos absolutos, aislados, sin significación alguna. Con su simple respuesta él impedía que esos datos pudieran significar algo, tanto como que en aquella significación pudiera aparecer alguna dimensión subjetiva, alguna demanda o, incluso, algún deseo de su parte. Los datos no necesariamente respondían a los números: él podía describir perfectamente a una mujer con la que se había cruzado en el colectivo, el color de sus ojos, su cabello o su vestimenta. Pero bastaba con apenas sugerirle que dicha mujer podía ser atractiva para disparar su habitual “Vos lo dijiste”.

En algún momento pensé que su respuesta suponía que él rubricaba lo que cualquier otro le había dicho: una especie de acuerdo, de mansa aquiescencia con la que suscribía al decir del otro. “Vos lo dijiste” podía significar ‘estoy de acuerdo’ o ‘yo pienso lo mismo’. Sin embargo, llamaba la atención que Maxi estuviera *siempre* de acuerdo con el otro. Por otra parte, había total constancia en su respuesta, ya que la misma no se modificaba nunca —algo allí volvía siempre al mismo lugar—, y a lo largo de las horas compartidas en el espacio del Hospital de Día, uno la escuchaba una y otra vez. El “Vos lo dijiste” se convirtió lentamente en un

chiste para todo el grupo (es decir, comenzaron a utilizarlo otros pacientes a modo de broma sancionada con la risa), luego en una especie de contraseña (*Schibboleth*, diría Lacan) y, finalmente, en un nombre para Maxi, a quien a menudo sus compañeros –y algún que otro tallerista– se dirigían llamándolo “Voslodijiste”.

Más tarde, mis primeras intelecciones acerca de este fenómeno fueron cambiando. Fue así que comencé a pensar que tal vez Maxi pusiera cierta distancia respecto del decir del otro con su habitual respuesta. Entonces, quizás su “Vos lo dijiste” fuera una especie de ‘lo dijiste vos’ –pero la hipérbaton me pertenecía ya que él nunca la había producido– o de ‘yo no lo dije’ –y aquí la negación también era mía–. Pero esa distancia no debía interpretarse en términos de un desacuerdo: es cierto que en ocasiones uno puede separarse de la posición de su interlocutor con una fórmula tal. En esos casos “Vos lo dijiste” también quiere decir ‘yo no estoy de acuerdo’, en una negación implícita que no hace falta declarar. Nada más alejado de tales figuras retóricas que la fórmula de Maxi, quien a través de ella parecía no querer saber nada de lo que pudiera sugerirle alguna inconsistencia en el Otro, algún deseo o alguna falta que pudiera transferirse sobre su propia posición.

Según los ejemplos anteriores, un enunciado que hace referencia al encuentro fortuito con la suerte (representado por el punto obtenido en el último segundo de un partido de básquet), o que introduce el goce de *bailar* al equipo contrario convirtiéndole 17 goles, o que apenas insinúa algún deseo con una mujer vista en el transporte público, era bloqueado con su respuesta. Así, tal como afirma Pierre Bruno en un texto clásico que he utilizado como epígrafe¹, Maxi lograba volver caduca a *lalengua* como fuente de equívocos. Ese significante que no hace cadena y que él utilizaba con total constancia como respuesta ante todo lo que de algún modo pudiera sugerir el goce del Otro, terminó funcionando como un nombre propio, y sosteniendo su identidad.

A medida que pasaba el tiempo y Maxi continuaba asistiendo

1. Bruno, Pierre. Bruno, Pierre. *À coté de la plaque. Sur la débilité mentale. Ornicar?* 37, Paris, abril-junio de 1986, (versión española disponible en revista Pliegos n° 1, Madrid, 1996, p. 43).

al Hospital de Día, noté que en sus datos deportivos, en sus relatos de situaciones cotidianas plenos de detalles, se podía leer entre líneas. ¿Por qué recordaba tan detalladamente la vestimenta de las mujeres pero no la de los hombres? Si acaso le preguntaba por la ropa de la recepcionista de la Institución, respondía prontamente y con mucha precisión en los detalles. Pero si en cambio le pedía que me contara cómo estaba vestido el Director, Maxi comenzaba su descripción, rápidamente se trababa y quedaba en silencio. Y si entonces le señalaba su falta de atención al asunto, o su desconocimiento, respondía con su célebre fórmula, y el ciclo recomenzaba (alguna vez, otro paciente, un psicótico muy inteligente, le señaló que él únicamente prestaba atención a la ropa de las mujeres, pero sólo logró obtener la respuesta de siempre).

También resultaba notable que en sus relatos familiares, la mayoría de las veces Maxi eligiera situaciones protagonizadas por su madre y su hermana –si bien tenía hermanos varones y su padre convivía con ellos–. Cualquier tipo de intervención que tendiera a señalar esta preferencia o cualquier comentario al respecto, disparaba su habitual respuesta. Uno podía elucubrar hipótesis interpretativas o suponer cualquier sujeto (asunto) al relato; pero bastaba con comunicárselo para que Maxi respondiera siempre y en toda circunstancia como si ningún sentido existiera, bloqueando su eventual aparición con su “Vos lo dijiste”. Allí, más que nunca, me resonaba una pregunta de Jacques Lacan: “¿Y si el débil mental fuera un vivo?”².

Aquí conviene recordar que según la teoría psicoanalítica, y específicamente los aportes lacanianos, la debilidad mental no está asociada a ninguna idea de déficit. Al contrario. Lacan llegó a afirmar que había algo valioso en la debilidad, que el débil podía con las cosas que el neurótico no podía. Y Maxi tenía una capacidad especial: la de no responder ante los señalamientos a los que el neurótico responde como *leche hervida*. O más bien, diría, la de no responder respondiendo con un significante –ese que no hace cadena y que, de alguna manera, lo nombra–.

2. V. Lacan, Jacques. *El Seminario, Libro 16, De un Otro al otro*. Paidós, Buenos Aires, 2008, p. 162

Para describir el efecto de constante fracaso ante mis intentos por vencerlo, utilizaré palabras de Jean-Claude Milner:

A través de tantas experiencias, encuentros y relatos, uno reconoce en aquel sentimiento, a sus horas impotente, exasperado o enternecido, que, dígame lo que se diga o hágase lo que se haga, aguanta siempre³.

Es cierto. Intentarlo con Maxi generaba impotencia, pero también exasperaba y mucho. Cuando logramos reírnos un poco de su quehacer, cuando comenzamos a jugar con su “Vos lo dijiste”, su respuesta en ocasiones nos enternecía –ya dije que, efectivamente, Maxi era un muchacho querible–. Inconmovible, volvía a presentarla cada vez como si fuera la primera vez. Siempre lo mismo que era lo mismo, en el mismo punto, allí donde el Otro le proponía la existencia de algún sentido o algún entre-líneas.

Parafraseando ahora a Milner, Maxi hacía que su ser perseverase sin que lo afectara el hecho de ser hablante. Él se comunicaba con su otro con una gran efectividad, como si el discurso no produjera pérdida alguna –o como si no fuera del semblante–.

¿Y por qué Maxi era un muchacho tan feliz, que irradiaba un ángel tan particular a pesar de su singular modo de respuesta? Creo que se trata de una posición cercana, muy cercana, al Sísifo de Camus, rey de la victoria absurda y dueño de su destino. ¿De qué otra manera podría leerse su rechazo del inconsciente, ese que con *fórceps* intentábamos introducirle todos los que nos animamos a enfrentarlo? Maxi sabía que “era dueño de sus días”⁴, vivía “persuadido del origen enteramente humano de lo humano”⁵ y lo refrendaba cada vez con su “Vos lo dijiste”. Entonces, si como dice Camus, “hay que imaginarse a Sísifo dichoso”⁶, Maxi *era*

3. Milner, Jean-Claude. “La tontería”, en *Los nombres indistintos*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1999, p. 128.

4. Camus, Albert. *El mito de Sísifo*.(1942), Ed. Losada, Buenos Aires, 1953, p. 137

5. *Ibidem*.

6. *Ibid*. p. 138.

dichoso negándose a aceptar ese goce del Otro que es el inconsciente. Maxi logró ser mudo hablando, enunciando su monolito –he aquí otro nombre lacaniano para *eso*– y permaneciendo entre los discursos (ni dentro, ni fuera); sin enredarse en los intervalos de la palabra, y sin necesitar ninguna suplencia para su mundo constante y sin equívoco.

Junto con otros, yo lo acompañé a empujar su piedra incontables veces. Y compartí con él esa tontería radical que nos mantiene unidos en tanto seres hablantes. Curiosa aventura para un psicoanalista es el encuentro con esa debilidad, la que lo obliga a situarse –cual equilibrista– sobre la delgada cuerda que separa el “prestarse a ella” del “consagrarse a ella”⁷.

Este es mi breve testimonio de aquella aventura.

7. Milner, Jean-Claude. *Op. cit.* p. 131.

4.

Reinventar la debilidad mental

Apuntes de método

... la originalidad del método está hecha de los medios de los que se priva.

JACQUES LACAN

Función y Campo de la palabra...

Tal como anticipara en las Palabras Preliminares a este libro, el concepto de debilidad mental suele ser *maledictus*, mal dicho, difícil, esquivo... No creo que mi trabajo haya sido la excepción al respecto, sin embargo el método elegido para llevarlo a cabo requiere de alguna justificación.

He partido de una renuncia conciente a utilizar –y a repetir– aquello que otros han intentado. Se trata de una renuncia que podríamos calificar de “metodológica”: me propuse ver qué podía ocurrir si acaso tomaba ciertos significantes puntuales y, partiendo de ellos, ponía en marcha un proceso de reflexión. Tal vez, los límites de un recorrido así ya estaban planteados desde el inicio, en la elección misma de los puntos de partida: el débil que *flota entre dos discursos* y el débil como *complaciente Sísifo*.

Lo más curioso fue que mi metodología resultó adoptada por otros. Algunos colegas creyeron que podía ser interesante trabajar de igual modo. Pero entonces, luego de una serie de extensos –y por qué no– discutidos intercambios, nos dimos cuenta de cuáles eran las referencias sobre el tema que hasta el momento habían

sido inevitables, pero de las que nos habíamos privado. Ahora bien, para ser honestos habría que decir que las habíamos leído. Entonces, aquí va una breve lista de esos textos (libros, artículos y conferencias) que, si bien no están citados en este libro hasta aquí ni en lo que vendrá, constituyen los aportes más importantes en el tema.

- Cordié, Anny. *Los retrasados no existen. Psicoanálisis de niños con fracaso escolar* (1993), Nueva Visión, Buenos Aires, 1994 [especialmente la tercera parte “Historia del concepto de debilidad mental. De la psiquiatría a la psicología” y la cuarta parte “Inteligencia y debilidad mental desde una perspectiva psicoanalítica”].
- Mannoni, Maud. *El niño retardado y su madre* (1964), Paidós, Buenos Aires, 1990.
- Laurent, Eric. “El goce del débil”, en AA.VV. *Niños en Psicoanálisis*, Manantial, Buenos Aires, 1992, pp. 145-149.
- Goldemberg de Barca, Isabel. “La debilidad mental”, en AA.VV. *Niños en Psicoanálisis*, Manantial, Buenos Aires, 1992, pp. 151-156.
- Nominé, Bernard. “El niño y el saber” (2001), en *Clínica Psicoanalítica. Cuadernos de una enseñanza itinerante*, Colección Ánfora, Estudios de Psicoanálisis, Bogotá, 2007, pp. 157-168.
- Glaze, Alejandra. “Los idiotas sabios. Una enfermedad de lo mental”, en Salman, Silvia (comp). *Psicoanálisis con niños. Los fundamentos de la práctica*, Grama Ediciones, Buenos Aires, 2004, pp. 115-134.
- Muñoz, Pablo. “La debilidad mental de Lacan”. Teórico abierto del 27/9/2007, de la cátedra “El juego en los límites” (Norma Bruner), disponible en http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicología/informacion_adicional/practicas_profesionales/722_juego_limites/munoz_27_09_07.pdf
- Eidelsztein, Alfredo. “Debilidad mental”, en *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Volumen I. Intervalo y holofrase*,

locura, psicosis, psicósomática y debilidad mental, Letra Viva, Buenos Aires, 2001, pp. 340-342

- Santiago, Ana Lydia. *La inhibición intelectual en Psicoanálisis*. Ed. Pomaire, Caracas, sin fecha.

Estos textos muestran el estado de la elaboración que acerca de la debilidad mental han realizado hasta este momento diversos colegas de distintas orientaciones en el marco del lacanismo en diferentes países. En ocasiones, los desarrollos presentes en este libro se nutren de ellos, pero también a veces se presentan en franca oposición. Sin embargo, todos hablamos de lo mismo e intentamos dar cuenta con un estilo propio de aquello que abordamos tan dificultosamente.

¿Cómo sería posible reinventar lo que ya se ha inventado sin sentir esa fatiga, ese fastidio, del que Lacan afirma ser algo tan caro al psicoanalista? Como creo en el lector, dejo a él decidir por dónde aventurarse, qué camino tomar, dónde detenerse...

Si el resultado final del libro fuera positivo, será un logro de todos los que de una forma u otra participaron de su construcción. Si la empresa fracasara, soy el único responsable. He aquí la apuesta del proyecto y su declaración de principios.

Y, para finalizar, digámoslo con los términos de Jacques Lacan:

Quiero decir que se permanece en los pensamientos, y obrar por intermedio del pensamiento es algo que linda con la debilidad mental. Sería necesario que exista un acto que no sea débil mental¹.

Pero es probable que ese acto no coincida con la aparición de este libro...

1. Lacan, Jacques. *Séminaire XXV, Le moment de conclure*, sesión del 11 de abril de 1978, [inédito, traducción personal].

Anexos

ANEXO I

Dos Sísifos y una analista

Intervenciones psicoanalíticas posibles en la debilidad mental

EMILSE PÉREZ ARIAS¹

En la debilidad mental, como antes con las psicosis o los trastornos llamados “límites”, el analista se encuentra con el desafío de inventar posibles herramientas para intervenir ante posiciones que cuestionan los modos clásicos de operar. Y aquí, nos hallamos ante el desafío no solo de inventar nuestras intervenciones y autorizarnos de ellas, sino de intentar una conceptualización posible. Me aventuraré a dar cuenta de este desafío mediante dos recorridos clínicos.

Juan es un niño grande de 30 años, que ha deambulado por distintos dispositivos casi desde su infancia. Relata respecto de su madre “como nació así, me tiró con otra señora”. Fue dado en adopción y luego vuelto a abandonar hasta ser ingresado en un hogar. Estuvo en distintos hogares para discapacitados mentales hasta que fue derivado a la Colonia Montes de Oca hace tres años, debido a supuestos abusos sexuales en la última institución en

-
1. Lic. en psicología. Ex Residente de la RISaM de la Colonia Montes de Oca. Práctica en consultorio comunitario y en Centro de día para discapacidad mental. Práctica clínica en consultorio privado y en el pabellón de internación de la Colonia Montes de Oca. Buenos Aires, Argentina.
E-Mail: licenciadaperez@yahoo.com.ar

la que estuvo. Juan se presenta en una posición pueril, de inocencia, de cierta impunidad: “no sé por qué me trajeron acá, una chica estaba en el baño y como yo estaba nervioso la manoseé, nada más”, posición que se repite ante los sucesivos robos que protagoniza –de los que solo puede quejarse de que lo llamen “chorro”–. Luego puede decir que cuando era niño debía “robar para comer”. Se muestra muy demandante de los espacios individuales, los que hubo que enmarcar de algún modo. A lo largo del tiempo, los encuentros estuvieron signados por cierta serie repetitiva. Juan suele demandar con insistencia ser incluido en espacios de talleres en centros de día. La Colonia Montes de Oca cuenta con varios dispositivos de centros de día, que posibilitan transitar por un espacio diferencial de actividades de rehabilitación para los pacientes internados, al que concurren durante el día, volviendo al pabellón por la tarde. Gestioné su concurrencia a uno de ellos. Al principio su nivel de participación fue activo, generó un lazo con los concurrentes y el personal de los distintos dispositivos. Al tiempo “deambula” por los espacios sin participar, se aburre. Luego trae al espacio individual un hecho que justifica la interrupción de la concurrencia (se aburre, no le pagan, no le dan cigarrillos, lo tratan mal, le dicen “chorro”, su compañero deja de ir, etc.), al que antecede siempre un “te vas a enojar con lo que te voy a decir”, y pide “ser borrado de la lista”. No importa lo mucho que se trabaje acerca de lo que implican esos espacios, él siempre espera que le paguen por su concurrencia. Al tiempo pide ser incluido en otro centro de día, pero luego vuelve a repetirse la serie, pide ser “borrado de la lista” y luego ser incluido en el primer centro de día al que había concurrido.

La repetición de esta serie intentó escandirse con algunas intervenciones. Cuando Juan insistía en que yo me iba a enojar con lo que él me iba a decir –que quería dejar de concurrir al centro de día– intentaba situar que la concurrencia era algo que él había demandado y no que yo le había ordenado. Pero él no hacía más que colocarme en esa posición: se escamoteaba así la suya al respecto (su pedido), la que iniciaba la serie, para sustituirla por una coyuntura en la que él solo quedaba como siervo de la situación:

(su pedido)→mi gestión para que concurra→su concurrencia→su abandono→“te vas a enojar”→(su pedido de ser incluido en otro espacio)→mi gestión...

Entre paréntesis. No en vano utilicé el significante “deambulación”, tan cargado de acepciones peyorativas. Juan efectivamente realiza en acto lo que Lacan conceptualizó para la debilidad mental, ese no poder instalarse sólidamente en un discurso. Pero en este caso, ese abandono compulsivo ¿podría leerse como rechazo al trámite que implica el discurso universitario? ¿Por qué no pensarlo como respuesta subjetiva al mismo?

¿Qué podemos decir de ese aburrimiento? La dimensión del aburrimiento implica toda una figura clínica. Y aquí nos referimos no al aburrimiento circunstancial, contingente, sino al aburrimiento como posición subjetiva. El que implica que la dimensión temporal se encuentra afectada, un tiempo que no se pierde porque es un tiempo no escandido.

Vanos eran los intentos por situar que él no concurría por orden mía, sino porque él lo había solicitado. Él solo podía venir al consultorio a excusarse, previo dicho del “te-vas-a-enojar”. En este dicho podríamos ubicar ese intento del débil por neutralizar el deseo del Otro. Juan neutraliza el posible despliegue de la pregunta anticipándose con una respuesta: ‘mi psicóloga quiere de mí que yo vaya al centro de día, entonces si yo dejo de ir se va a enojar’. Pierre Bruno nos dice que “el sujeto se hace débil para conservar intacto al Otro como lugar de verdad, de la que se convierte en su siervo”². En este “se hace débil”, ¿podemos leer cierta elección del sujeto por la posición débil? Cabría aquí pensar si este accionar no puede situarse como estrategia para escabullirse del encuentro con un no-deseo, con un deseo anónimo, con la coyuntura de que efectivamente fueron no deseados, con la respuesta positiva al ¿puedes perderme?³.

2. Bruno, Pierre. Bruno, Pierre. *À côté de la plaque. Sur la débilité mentale. Ornica?* 37, Paris, abril-junio de 1986 (versión española disponible en revista Pliegos n° 1, Madrid, 1996, p. 43)

3. Cabe aquí hacer notar que Juan tuvo algunos episodios de anorexia.

Al mismo tiempo, se intentó introducir alguna puntuación en la serie metonímica sugiriendo que en vez de abandonar (compulsivamente) los espacios por los que circulaba, avisara que no concurriría más y diera las razones de la interrupción de su concurrencia, ya que allí se lo seguía esperando. Ante eso Juan retrocedió, pero también cesó en su costumbre de ubicarme en el lugar de quien le ordena qué hacer, efecto necesario para que él solo enfrentara sus designios. Los encuentros individuales se convirtieron desde allí en otra cosa, espacios en los que Juan comenzó a construir la historia de sus abandonos, no sin nuevas demandas. En este punto podemos preguntarnos: ¿hubo algún englobamiento? ¿Se acertó el tiro?⁴.

* * *

Esteban ingresó a la Colonia Montes de Oca, entre varias coyunturas, por episodios de agresión hacia sus padres. Uno de los mayores problemas de su posición es su incansable insistencia. A toda hora y a todo momento quiere hablar conmigo, se mete literalmente, irrumpe en el consultorio aunque me encuentre en medio de una entrevista o de una reunión. Intenté intervenir en dos sentidos: pactamos un horario de atención, le dí un “turno” para recibirlo. De ahí en más, cada vez que se presentaba irrumpiendo en el consultorio, lo remitía a su “turno”, cesando en gran medida la intensidad de su posición avasallante. Por otro lado intenté, sin buenos resultados, intervenir en función de las dificultades que esto generaba en su grupo de pares, más particularmente del rechazo efectivo que su posición generaba en los demás (pares y personal). Esteban no acusa recibo de este tipo de intervenciones, en el mejor de los casos se echa a reír, o hasta puede llegar a decir “me importa tres carajos lo que piensen los demás” –quizás efecto clínico de la desafiliación de todo lazo social–. Respecto de

4. V. los desarrollos acerca de la expresión francesa *à côté de la plaque* (que, entre otras posibilidades, podría traducirse como ‘fallar el tiro’), en el primer capítulo de este libro.

su discurso, Esteban siempre presentaba las mismas temáticas, con el mismo tono, el mismo semblante: “puse otra semillita, dos semillitas, van a nacer dos plantitas, una nena y un nene”. Esto en referencia al producto de las relaciones sexuales con su novia. Al encontrarme con esta insistencia, y más que nada, con el no registro de la insistencia y repetición, intenté intervenir de varias maneras. Primero, sin éxito, por el lado del humor, del chiste, respondiéndole que ya después de tantas “semillitas plantadas” podría recibirse de jardinero, intentando alguna puntuación simbólica. El único efecto conseguido fue la risa. Luego probé otra intervención de la que se evidencian efectos positivos. Le propuse “contar las semillitas” plantadas, ya que no era cuestión de que plantara tantas sin llevar la cuenta, para poder ubicarlas. Efectivamente el paciente tiene tres “plantitas”, tres hijos, los que hace años que no ve, casi desde su nacimiento –viven en distintas provincias argentinas– y de los que casi no habla. En cada nueva entrevista pregunta y puede responderse él mismo: “¿cuántas semillitas íbamos? ¿Ciento cinco?”. Es así que a partir de esa intervención venimos llevando la cuenta de sus “semillitas”.

* * *

En la repetición de la serie se observa otro fenómeno que sitúa al débil: la imposibilidad de los englobamientos crecientes. Este hecho da cuenta de los vanos intentos por trabajar determinadas cuestiones. En cada nuevo encuentro se repetían las mismas temáticas casi sin encontrar huella de lo trabajado en los anteriores, al punto que podía anticiparse cómo iba a transcurrir la sesión. Esto sitúa *après-coup* que se ha fallado el tiro al intentar la puntuación. La imposibilidad de los englobamientos, dada por la misma lógica de la holofrase que impera en este tipo de posiciones, es la que deriva en el observable clínico de la falta de temporalidad, del aburrimiento del débil –y del analista–, la sensación de infinitud que tenemos al escuchar el discurso del débil. El registro temporal se encuentra afectado: por lo general no saben decirnos su edad, ni ubicar hechos temporales en una línea de tiempo.

“Cuando el intervalo desaparece, en lugar de la metonimia (que sólo puede producirse cuando hay intervalo), surge en cambio la infinitización. [...] Al no estar presente el intervalo solo queda un tipo de continuidad”⁵. Al no haber puntuación temporal que sitúe un hecho en relación a otro en una cadena significativa, asistimos en cambio a la continuidad temporal, al complaciente Sísifo condenado a subir la piedra una y otra vez. Si no hay tiempo no hay necesidad de contar.

¿Qué podemos decir de la posición de extrema demanda que suelen sostener estos pacientes? Podríamos hipotetizar que se trataría en este caso de otra estrategia para no encontrarse con el deseo, o con nuestro deseo, de la necesidad de sostener un Otro completo, por lo tanto no deseante, sin falta. Ante este tipo de pacientes es fácil quedar ubicado como el que da o no da, pero que finalmente lo tiene.

¿Cómo intervenir entonces? Lo que podemos situar de antemano es que, tal como para las psicosis, con las que compartiría la lógica de la holofrase, las interpretaciones son ineficaces, las intervenciones que abran la vía de la pregunta por el sentido. En este caso, tal como para las psicosis, son adecuadas las intervenciones que posibiliten alguna puntuación posible en la serie que de otro modo se vuelve infinita. La puntuación es lo que a fin de cuentas posibilita al englobamiento, inscribe un S1 solo, sino un S1 que puede conectarse con un otro. “Hay una diferencia entre el S1 solo y el S1 conectado con otro”⁶, o pasible de ser conectado con otro.

Quizás ante estas como ante otras posiciones subjetivas, el analista no deba proponerse grandes cosas. Con Juan, a partir de un pedido suyo, esta vez no escamoteado, estamos proyectando un traslado a una institución acorde a sus intereses. Con Esteban seguimos contando semillitas. Lo que no es poco.

5. Laurent, Eric. “Psicosis y Debilidad”. En *Estabilizaciones en las psicosis*. Ed. Manantial. Buenos Aires, 1989, p. 37.

6. *Ibid.* p. 41.

ANEXO II

Perlas de la debilidad mental *institucionalizada*

MÓNICA SOBA¹

... el débil detenta verdades que hace salir en estado de perlas, perlas únicas.

JACQUES LACAN, *De un Otro al otro*

Lejos de los “diagnósticos estándares” como los que imperan en el ámbito de la salud mental en estos tiempos, estos recortes clínicos intentan cernir algunas particularidades subjetivas de aquellos llamados “débiles mentales”. Más allá de una discapacidad cognitiva, lo que se encuentra en el decir de estos pacientes es una especial “insistencia”, un particular modo de ubicarse frente al otro, que son su sello y que imprimen su marca al trabajo terapéutico. Es también necesario resaltar que el hecho de que sean pacientes en situación de internación tendrá sus consecuencias para dicho trabajo, ya que la institución puede convertirse en un perfecto *partenaire* de la debilidad mental dificultando, en ciertos casos, algún movimiento subjetivo en los pacientes que allí se

-
1. Lic. en Psicología. Egresada de la RiSAM de la Colonia M. Montes de Oca, actualmente trabajando en la misma institución, realizando tareas clínicas y de docencia, siendo Instructora de Psicología de la RiSAM. Concurrente de la Cátedra II de Psicopatología de la Facultad de Psicología de la UBA. Buenos Aires, Argentina.
E-Mail: licmonicasoba@gmail.com

atienden. Por eso la búsqueda de diferentes espacios para circular dentro y fuera de la misma debe ser un objetivo en el horizonte del tratamiento de los mismos, ya que ayuda a romper con cierta inercia que los caracteriza.

¿Cuál es el hilo conductor que enlaza estos recortes clínicos? La sorpresa, la aparición de lo diferente, distinto a “lo siempre igual” de la debilidad mental. La apertura de un resquicio que también da cabida a las intervenciones, o que sirve de guía para las mismas.

Carlos es internado por primera vez en un instituto de menores a los 11 años, a causa de episodios de agresión a su madre. Luego vendrán otras internaciones, hasta la actual. De su padre no se poseen datos, excepto que golpeaba a su mujer y que se separaron cuando Carlos era niño, momento a partir del cual se pierde la vinculación. Fue criado por su madre y sus abuelos (ya fallecidos), de los cuales su madre se queja señalando que constantemente intervenían en la crianza de su hijo y que ella no tenía suficiente autoridad. Del abuelo, con el que Carlos tenía un vínculo particularmente estrecho, la madre refiere que era él quien sostenía las visitas y las salidas cuando éste estaba internado. Actualmente su madre viene a visitarlo a la institución una vez al mes y se realizan salidas terapéuticas esporádicas en fechas claves como los cumpleaños, fiestas de fin de año o día de la madre. Carlos tiene una hermana menor que suele acompañar a su madre en las visitas.

Carlos solicitaba entrevistas y un tema era el que insistía particularmente, relacionado con estas fechas claves y sus salidas: “¿Cuándo es el día de la madre? ¿Voy a salir? ¿Esta hecho el permiso?”. Estas preguntas estaban dirigidas a todo el personal del pabellón, una y otra vez, sin que ninguna respuesta hiciera mella aparente en él, ya que ninguna explicación por más pormenorizada que fuera, limitaba ese constante y siempre repetido circuito de preguntas. No se trataba de saber, esto se comprobaba fácilmente. Primero, porque dada su larga permanencia en la institución, Carlos ya estaba al tanto de la burocracia necesaria para

que sus salidas se concretaran, y segundo, por la insistencia de sus preguntas, más allá de la obtención de las respuestas. Si no se trataba de saber, ¿de qué se trataba entonces?

Otro rasgo de Carlos era su escasa tolerancia ante las negativas. Su “voluntad” era ley, y cualquier límite o negativa ante sus demandas o sus anhelos, recibía por respuesta un comportamiento agresivo que incluía gritos, insultos, negativismo y descargas en relación a los objetos (golpeaba la mesa, tiraba los tachos de basura, etc.), lo cual nos indicaba que aquello que motivó su primera internación continuaba insistiendo. Encontrábamos en Carlos a un tirano con sus deseos y sus preguntas, sin ninguna posibilidad de aceptar un agujero de saber en el Otro. Incapaz de aceptar un chiste (sin posibilidades de “leer entre-líneas”), era atormentado (con respuestas bastante agresivas) por sus compañeros de pabellón con alusiones a la belleza de su hermana que lo afectaban terriblemente (“no quiero que Gonzalo sea el novio de mi hermana”). El trato con Carlos era dificultoso ya que cualquier comentario o desvío de la conversación conducía a estos callejones sin salida de su mal humor y su falta de tolerancia a cualquier falla que el Otro pudiera mostrar.

Sus entrevistas se centraban, entonces, en preguntas sobre alguna fecha del calendario “clave” y sobre si podría salir o no, o si estaba hecho su permiso de salida. Haré un relato aquí de algunos intentos de operar con esta serie siempre repetida de preguntas, y las pistas que mis errores me fueron aportando. Léase ‘errores’ en el sentido de “errar el tiro”. ¿Por qué preguntar algo tan insistentemente y al mismo tiempo negarse a saber?

Mis primeros intentos fueron negarme rotundamente a contestar esas preguntas. “Yo no sabía” aquello que me preguntaba. Obtuve como respuesta su enojo y sus expresiones habituales, no pudiendo aceptar de ninguna manera que yo no supiera. Esto obligó a que en algunas oportunidades tuviera que solicitar ayuda a algún enfermero para retirar a Carlos del consultorio, ya que éste se negaba a salir sin su respuesta y yo insistía en no saberla, lo que era leído como una negativa a dársela. Sin embargo, este primer camino produjo algún efecto, ya que un rato más tarde,

Carlos acudía mucho más tranquilo a “pedirme perdón” por su comportamiento.

Luego, Carlos varió su estrategia y aceptaba mi “no saber”, pidiéndome entonces que le preguntara a alguna otra persona—un enfermero, por ejemplo— las respuestas a sus preguntas. Volviendo a errar el tiro, yo le decía que fuera él a preguntar y luego me contara, generando el mismo despliegue de enojo que en las anteriores oportunidades. Pero una demanda se sumó a las anteriores: que yo “hablara con su mamá”. Yo tenía que decirle a su madre “cómo se iba a portar él”. Nuevamente, al contestarle que “yo no sabía cómo se iba a portar, ya que eso sería como adivinar”, aparecía el enojo y el cierre del circuito.

¿Cómo operar desde un lugar de no saber (como un Otro barinado) sin generar enojo? ¿Como hacerle tolerar a Carlos un mínimo resquicio de no saber?

Variando la estrategia, yo también. Así, ante la nueva oleada de preguntas, respondí “no sé”. Ante su “preguntale a Ricardo” (un enfermero), acepté y le pedí que me acompañara, portando en mano un calendario y una lapicera. Delante de Carlos (y ante la sorpresa del personal de enfermería) pregunté al enfermero en cuestión: “¿Cuándo es el día de la madre?”. Respondida la pregunta, le dije: “¡Ahora sí!, ya sabemos” —y lo anoté en el calendario delante suyo (nuevamente en el espacio terapéutico), señalando con un círculo y un signo (Carlos no sabe leer) que permitiera distinguir ese día de los otros del calendario—.

Siguiente pregunta: “¿Voy a poder salir ese día?”. Le pregunté a él los pasos necesarios para que tal salida se produzca y los anoté, haciendo al lado de cada “paso” una tilde si ya estaba listo. Luego de verificar la lista y que “ya estaba todo listo”, Carlos me miró y me preguntó: “¿Cómo estás vos?”, abriendo una nueva dimensión que sancioné finalizando la entrevista.

Carlos no volvió a solicitar más entrevistas durante un tiempo prolongado, y enviaba a un emisario (un compañero) a preguntarme: “¿Cuándo es el día de la madre?”. Cabe señalar que he convocado a Carlos nuevamente al espacio y ahora toma el calendario y ubica, a partir de la marca realizada, cuándo es el día en cuestión.

También suelo decirle que “me vuelve loca con tantas preguntas” y que “me confunde a propósito, porque... si él sabe, ¿para qué me pregunta?” –a lo que suele responder con risas, aceptando un límite y la finalización de las entrevistas, que antes se convertían en un infinito de preguntas a las cuales no había respuesta posible-. Porque... ¿se trataba de saber?

* * *

Roberto tiene 40 años. Fecha cronológica que no se corresponde con su actitud de “eterno niño”. Fue internado dada la edad avanzada de sus padres, quienes “ya no lo podían cuidar” y por algunos episodios de “fugas” de su casa. Roberto suele solicitar entrevistas, muy cortas en general, en las cuales insisten dos temas prevalentes: su radio (si se rompió o no, si le trajeron una nueva, si alguien puede reparársela, etc.), y quejas hacia sus compañeros de pabellón, quienes “lo molestan o maltratan” (denuncias que cuando son realizadas en el espacio grupal, obtienen como respuesta “estás mintiendo, eso no pasó”, y su consiguiente risa y cese de la queja). Suele acompañar estos enunciados con algún despliegue de llanto, muy lábil, ya que rápidamente ante cualquier cosa que uno diga se compone y dice “ya está”, dando por finalizada la entrevista. Este circuito, que se acompaña de una escasa producción en los talleres (“no puedo, no sé”) es roto por un comentario que siempre me hace con gran placer: “¿Te acordas que una vez yo te moje?” –y risas-. Referencia a un festejo de carnaval que se realizó en la institución y que incluyó una guerra de bombitas de agua en la que, efectivamente, terminé empapada, en parte por su intervención con las mismas. Breve resquicio del Otro barrado al que es posible “mojar”, saliendo de la constante posición de “no poder” o aquel al que “le hacen cosas”. Feliz inversión de los papeles que no deja de recordar y recordarme.

* * *

Ricardo es muy callado y sin embargo, ocupa un rol de líder en el grupo del Centro de Día. Se sabe poseedor de más recursos que algunos de sus compañeros (físicos y cognitivos) y “maneja los hilos”, controlando que las consignas dadas por los talleristas sean cumplidas por sus compañeros. Él siempre cumple, sin demostrar demasiado interés, más bien porque “así lo manda el tallerista” y porque eso hay que cumplirlo sin cuestionar. Siguen tres perlas:

1) Reconociendo sus recursos cognitivos, se lo invita a participar de un taller de lecto-escritura a realizarse en la institución (no sabe leer ni escribir). Se niega rotundamente (es una sorpresa) y solo dice al respecto: “yo no puedo aprender”. Su actitud indica que no se debe continuar insistiendo ya que es un límite para él infranqueable, y que no está dispuesto a ponerse a prueba con sus dificultades.

2) Luego de un año de tratamiento en el Centro, comienza a hablar más y a participar de los espacios más activamente. Durante las caminatas, se burla de sus compañeros, sobre todo de los más graves (uno de ellos, con severos problemas del desarrollo, no habla) y con cierta agresividad, marca sus fallas como si fueran “a propósito” y lo violentaran: “Hablá, dale, mudito, ¿no podés? Es tontito”, acompañado de empujones que obligan a una intervención limitante. Y generan pregunta en quien suscribe. ¿Qué pasa con la falla de los otros? ¿Cuán insoportable se le vuelve?

3) Conversación con el enfermero del pabellón sobre este paciente. El enfermero comenta que Ricardo tenía una novia y que esta relación “le traía problemas, lo ponía loco”. Ricardo tenía problemas de erección en sus relaciones sexuales con esa mujer, y cuando el encuentro había sido frustrado por esta dificultad, volvía al pabellón y encerrándose en el baño, “rompía todo, hasta que se calmaba: si había podido, estaba de buen humor, si no...”.

* * *

Fernando comenzó su historia de internaciones por episodios de violencia hacia su madre: “Yo estaba loquito”. A su padre nunca lo conoció (tiene el apellido materno). Vivió con la segunda pareja de su madre (con esta pareja, la madre tuvo otro hijo, con el apellido del padre, hermano de Fernando). A este hombre él lo denomina ‘papá’, pero para “no quererlo”, “yo no tengo padre, no lo quiero”, “le pegaba a mi mama y a mí, yo me peleaba con él. Me escapaba de casa por eso, me hizo internar”. Una historia de fugas, de vivir en la calle, drogas y violencia que desemboca en internaciones en institutos de menores y en la actual institución donde vive. Cuando comienzo a atenderlo, Fernando es uno de esos pacientes “tranquilos”, “bien adaptados al orden institucional”. Tiene problemas con algunos de sus compañeros, si éstos lo molestan o le dicen “puta” a su madre, dicho no dialectizable y que genera su agresión. “Yo a mi mamá la quiero, no me gusta que le digan eso, yo no me meto con su mamá”. “Yo no sabía respetar a las mujeres, después aprendí que a las mujeres no se les pega, aprendí a tratarlas”. Fernando solicita entrevistas, en general, para saber algo de su hermano (también institucionalizado, en una clínica privada en la ciudad de Buenos Aires) y de su mamá. “¿Cuándo voy a ir a verlos? Yo me quiero ir a vivir con mi mama y mi hermano, voy a trabajar, cuando salga de acá”. Mantiene contactos regulares telefónicos con ambos. Su madre vive en una ciudad a 200 kilómetros de la institución, en la casa de una vecina, y padece de trastornos psiquiátricos que le impiden hacerse cargo de sus hijos. Los contactos personales son escasos, por las dificultades a nivel material de costear los viajes para sostenerlos. Estos límites son aceptados por Fernando, quien “entiende” que a veces no se puede, pero que insiste en cada entrevista con sus proyectos y sus demandas de verlos. Sus versiones de la historia suelen ser muy similares, y dependiendo hacia qué lado se oriente la entrevista, uno puede saber qué episodio contará y casi las palabras que va a utilizar. La orientación témporo-espacial de Fernando es escasa, confundiendo días con semanas, pero no confuso en el tiempo, reconoce lo que estuvo antes o después. Suele colaborar en el pabellón, tiene novia y sus maneras de conseguir en la institución su lugar.

Un día, mientras escribía historias clínicas en el *office* de enfermería, me preguntó sobre la madre y yo le contesté, como habitualmente, que “no sé, que no tuve noticias”. Comienza a decir, con un tono de voz elevado, y muy enojado que “no le importa que no venga, total, esa vieja loca...”. Esta versión de la madre, que hasta el momento yo no había trabajado con él (los problemas psiquiátricos de la madre que influyen en las dificultades para externar a Fernando, ya que no posee ninguna familia que pueda sostenerlo) me sorprendió. No intervine en el momento. Luego me arrepentí. Al otro día lo entrevisté. Estaba “como siempre”. Le repetí sus palabras del día anterior y comenzamos a hablar sobre la enfermedad de su madre y acerca de cómo este hecho dificultaba algunos de sus planes. No se volvió a mencionar en esos términos pero, a partir de ese momento, se puede trabajar en otra línea con Fernando, incluyendo ese dato hasta entonces “desconocido” en el tratamiento.

Dejar un espacio vacío (vacío de ideales, de pautas, de mandatos, de prohibiciones, etc.) en el lugar del que escucha, permite en ocasiones el despliegue de lo más propio de cada uno. No acallar ciertos enojos, sostener ciertas preguntas hasta sus últimas consecuencias, confrontar con lo enunciado, sorprenderse, pueden permitir la apertura de una dimensión subjetiva, que dé lugar a lo diferente. Y nunca olvidar que del malestar del *serhablante* no se puede curar a nadie.

ANEXO III

Teseo y el Minotauro

Ante lo posible de una Integración Socio-Educativa de la debilidad mental

VIVIANA CUEVAS¹

La clínica tiene una base: es lo que se dice en un psicoanálisis.

La clínica consiste en volver a cuestionarlo todo.

JACQUES LACAN, *Apertura de la Sección clínica*

Luego de la Jornada sobre debilidad mental², y a partir de la propuesta de poner a trabajar dicho concepto –del que Lacan sólo dejó algunas puntuaciones en su obra–, se me presentaron ciertas cuestiones, cuyos efectos he intentado plasmar en este escrito.

No fueron pocos los momentos donde las preguntas abrían.

¿Por dónde comenzar a *reinventar* la debilidad mental? ¿Se

1. Lic. en Psicopedagogía. Miembro Escuela Freudiana de Córdoba. Argentina. Coordinadora general del equipo efapp (www.efapp.com.ar). Maestría en integración social y educativa de las personas con discapacidad. Numerosos artículos publicados en la Revista de Psicoanálisis con Niños Fort-Da. Córdoba, Argentina.
E-Mail: vivianacuevas60@gmail.com.
2. Jornada sobre debilidad mental organizada por Fundación OTIUM y Equipo efapp en la ciudad de Córdoba, el 9 de mayo de 2009, en la que contamos con las exposiciones de Gerardo García y Pablo Peusner.

trata de seguir dichas puntuaciones en la obra de Lacan, de abrirlas, de unir las?

“Será por traumatismo y tanteos que empezamos a pensar, a los que ni siquiera es posible darle forma verbal”... decía E. Levinas en una entrevista.

Tal vez se trate de algunas, tal vez de ninguna de estas cuestiones en especial.

Resulta claro que vamos a ubicar a la debilidad mental lejos de la idea de déficit a la que pareciera permanentemente ligada. Lejos de la idea de corregir dicho déficit. A lo largo del recorrido que seguirá, se tratará de ubicarla como un *problema clínico* con el que nos enfrentamos a diario en las instituciones hospitalarias, escolares, y en el consultorio.

Así es que recibimos niños con diversos diagnósticos. A veces *eso diverso* se transforma en *extraño*. Tan extraño que muchas veces nos hemos preguntado: ¿con que niño tendrá que ver ese diagnóstico?

Vivimos una época de diagnósticos rápidos, en ocasiones confusos, y en esos laberintos se desdibuja la escucha del verdadero asunto. Suelen ser diagnósticos *despojados de subjetividad*.

Reinventar algunos aspectos de la clínica, de nuestro hacer, no resulta vano: autoriza una torsión en una temporalidad vertiginosa, para hacer posible la articulación de saber, goce y objeto—articulación en la que, necesariamente, debemos dejar afuera lo vertiginoso—.

En este marco, la invitación a *reinventar la debilidad mental* en su particularidad, *singularidad*, nos ha despabilado: nos ha hecho cosquillas y nos ha hecho volver a mirar de otro modo aquello que no habíamos visto...

Lacan rompió con las fronteras hasta entonces existentes, permitiéndose innovar en psicoanálisis. Utiliza la palabra *Scilicet* haciendo referencia a *un saber que puede saberse*. ¿Será posible ir más allá, a fin de llegar a esa respuesta que permita al sujeto *saber que clase de objeto es*? Sí, es posible, pero no para todos y no sin un hacer temblar *la estantería*.

“Había palabras que no estaban en mi diccionario”, decía un paciente a quien durante un tiempo el síntoma que *lo traía* al análisis era no poder hablar. “Había un obstáculo” –solía advertir–. ¿De quién era el obstáculo?

El camino esencial del ser hablante es el camino de su palabra. Camino que permanece inaudible, invisible, desconocido, es también la piedra de su camino de palabra. Solo en análisis puede saberse que hay una piedra en ese andar³.

Aquello no constituido como palabra aparece en un tiempo, uno y no otro, y el paciente puede hacer uso de ella.

Esa palabra estaba en él, solo que él no lo sabía. Así de simple, así de complejo. Aquello desconocido, un día, en una sesión, aparece. Es en ese decir que un sujeto se causa.

Es que al tocar por poco que sea, la relación del hombre con el significante... se cambia el curso de la historia modificando las amarras del ser⁴.

Juego de olvidos, enredos. Entre-líneas que compromete al sujeto. El análisis posibilita que uno sepa que está enredado en *eso*. *Eso* produce trazas, deja consecuencias y es en análisis que puede desenredarse.

Ahora bien, ¿qué sucede si ese entre-líneas no está? ¿Dónde queda ubicado el sujeto?

Respecto de la debilidad mental queda cancela toda definición relacionada con el déficit, para abrir los ojos sobre ella como un malestar fundamental del sujeto con el saber. Entonces la debilidad mental golpea a todos, marcando de modo especial a algunos⁵.

3. Heer, L y otros. *Autopistas de la palabra*. Primeras Jornadas sobre Literatura y Psicoanálisis. Biblioteca Nacional de la República Argentina, 2005.

4. Lacan, Jacques. “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos 1*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 1984.

5. V. Bruno, Pierre. *À côté de la plaque. Sur la débilite mentale*. Op. cit.

Esta posición con relación al saber toma la forma de *no Scilicet*, aquello que *no se puede saber*. ¿Y qué sería aquello que no se puede saber?

No se puede saber sobre el deseo ni sobre la castración del Otro. Saber que sólo puede presentarse si hay intervalo. Si no hay intervalo podemos decir que al sujeto *lo pesca la muerte* como “pura negligencia”.

* * *

Hace unos años recibí un llamado telefónico: “Necesito una entrevista con Usted, me deriva la Dra. A. es por mi hija, es grave, no habla”.

A la primera entrevista vino la madre sola, el padre viajaba por razones laborales y solía no estar en la ciudad. En esta entrevista, Miriam, la madre de Emilse, desplegó el laberinto de médicos y diagnósticos por los que había pasado a lo largo de los años.

Relató que la llevó a la guardería, y que a los 8 meses la docente le indicó que consultara porque no veía bien a la niña. Ella consultó con el pediatra, quien sostuvo que Emilse no tenía nada, pero que si ella quería la hiciera ver por un neurólogo.

Miriam se quedó con estas palabras médicas.

A los 5 años, ya en el Jardín de Infantes la docente le dijo que Emilse no se relaciona con los otros niños y hablaba poco. Los padres decidieron un cambio de escuela.

En el transcurso del primer grado, en ocasión de una entrevista con la Directora, esta le señaló que Emilse era una niña rara, que hablaba poco, y que no se relacionaba con otros niños. Además, agregó que desde la escuela no saben si aprende o no.

Luego de realizado un diagnóstico –que Miriam calificó como “breve”– Emilse inició el tratamiento fonoaudiológico y psicomotriz. Durante dos años asistió a estos espacios terapéuticos, pero Miriam contó que nunca le dijeron qué tenía su hija.

Le pregunté cómo veía ella a su hija. Luego de un silencio, se-

ñaló que “sabía que algo iba a pasar” ya que la vio rara después del parto.

–¿Qué vio? –intervengo–.

–Un monstruo.

En otra entrevista el padre dijo:

–Estoy poco, mi trabajo es así, quiero que mi hija esté bien, ¡no sé qué le pasa, pero no aprende, no le queda nada! Me pongo con ella a hacer cuentas, al ratito le pregunto y no sabe nada (...) Nos costó acostumbrarnos a ella, cuando nació era feíta.

La cosa inquietante tiene una versión visual. ¿Qué será lo feo, lo raro, lo monstruoso? *Niña-cosa*. Un desencuentro la ubica por fuera de la historia familiar. Lo Otro, lo no-familiar, queda como un lenguaje-(a)fuera: un monstruo.

En otra entrevista Miriam habló sobre el futuro que pensó para su hija: “El negocio que tengo es para ella, así el día de mañana trabaja, si no, ¿qué va a hacer?”. También dijo que no quería tener hijos y que durante el embarazo estuvo varios días sin comer, tirada en una cama.

Ante la pregunta de cómo es la niña en casa, Miriam respondió:

–Está toda la mañana en la cama, desayuna, después la visto y la llevo a la escuela –Miriam no la despierta y, entonces, no almuerza porque se despierta tarde–.

–¿Cuándo juega?

–Si la despierto empieza andar de un lado a otro, toca todo, se me pierde, no sé donde se mete.

Emilse cursa su escolaridad con muchas dificultades. Copia, pero a veces no sigue lo que copia, se pierde en los renglones y en las hojas, se enoja, tira los lápices. Otros días escribe, suma con apoyo de material concreto. Al otro día no *sabe* sumar.

La docente refiere: “Se le cuela lo que aprendió”.

Emilse llegó consultorio con su madre. Es una niña menudita, de ojos celestes y rulos.

Me miró y dijo: “Jugar” –su madre ya le había anticipado que venía a jugar–. Entró al consultorio y se quedó parada, esperando que le diga qué hacer, que elija por ella. Aceptó aquello que le propuse. Jugamos con masa: hizo bolitas de masa y las aplastó. No pudo decir a qué juega ni qué hace.

La situación se repitió a lo largo de varios encuentros.

A medida que fuimos trabajando las sesiones tuvieron un movimiento. En un inicio giraban en torno a gritos, desorden, tirar todo, inundar el consultorio de agua sin posibilidad de mediar una palabra. Cuando algo se intentaba decir había más gritos, más desorden, más agua. Luego dejó de hacerlo.

Comenzó a mirar, a revolver los objetos. Aparecieron las primeras palabras-frase que poblaron las distintas sesiones: “no sabés nada”, “anda mal”, “vino fallada”. Lo mismo fue diciendo sobre algunos juguetes: “el auto no anda”, “está fallado”, “la muñeca no sabe nada”.

Sacó cosas que ubicó en un lugar, en otro... sin sentido. Dijo a cada rato mi nombre con voz fuerte, gritando. Luego se esconderá debajo de algún mueble.

Mordió los lápices, cambió todo de lugar, encontró después un juego de letras, y dijo: “Son feas, no sabes. Tonta, estúpida”.

Repitió frases oídas, y cuando intervengo, enseguida dice: “¡No, no sé!”. Otra vez los gritos. ¿El grito como primera forma de rechazo? También repitió los nombres de los colores, pero no pudo nombrarlos uno a uno. Su modo de hablar es *suelto*, no hay conexión entre las distintas partes de su discurso. No hay juego con nombre, no hay qué nombrar.

El padre relató una escena ocurrida luego de una sesión. Se van, la sube al auto y olvida cerrar (¿trabrar?) la puerta. Esta se abre y Emilse cae del auto en movimiento. El desenlace: “no le pasó nada, es como los gatos: tiene siete vidas”.

Algo ocurrió que rebasaba: lo extraño familiar.

Emerge en esta escena esa mirada que mira desde el espacio

—como el ojo facetado de la mantis religiosa; imagen evocada por Lacan para dar cuenta de la sensación de imposibilidad experimentada por el sujeto frente a la mirada del Otro—. Eso que rebasa toma al niño y a quienes lo rodean.

Emilse viene a ocupar el lugar de ser *eso* que vieron. El deseo del Otro la atraviesa sin velo, sin mediación. Es un *eres eso*.

* * *

¿Qué puede ofrecer, qué puede hacer el psicoanálisis ante la debilidad mental?

En principio puede tomarla por su *reverso*, y trabajar para que en ese entramado significativo se aloje una *equis*, una incógnita. Lo que un psicoanálisis puede ofrecer es un *hacer con eso real que carece de sentido*, y que en ese *Aim* (trayecto) un lazo con el Otro pueda escribirse.

Lacan abona esta idea en la octava clase del Seminario XIV: “Se trata de provocar en los demás un saber hacer allí, es decir desembrollarse en ese mundo que no es para nada un mundo de representaciones sino un mundo de la estafa”.

Hacer con eso real, desembrollarse... también puede querer decir aclararse, desenredarse, explicarse.

En cada sesión con Emilse se posibilitó la descarga, *enchufar*: ¿Qué hacemos? ¿Cómo lo ponemos? ¡¿Y con esto que hacemos?! ¿Dónde lo ubicamos? ¿Qué nombre le ponemos? No hay lugares para las cosas, no hay qué hacer, no hay nombre para nombrarlas.

Nombrar algunos muñecos, darles vida, empezar a construir una historia, hizo que Emilse entrara en un estado de inquietud, opuesto al de la quietud de sus mañanas enteras en la cama.

Jugamos a hacer ritmos con las palmas de las manos, con los pies, con algunos objetos. No puede detenerse, no puede otorgar sentido al juego.

Algunos de sus garabatos quedaron trazados en mi agenda, en mi cuaderno, en mi mano...

Corta papel con tijera, pero produce un corte en mi mano. Me mira. ¿Qué dimensión tenía este acto? Puse en palabras el dolor que sentí. Corte, dolor, que introdujo una diferencia entre el papel y el cuerpo, y entre su cuerpo y el mío.

En la sesión siguiente mirará directamente mi mano una y otra vez, corte que contornea mi cuerpo y el suyo. El cuerpo deja de ser una cosa que puede resultar cortada, tocada, golpeada.

En otra sesión apareció en juego un objeto de su analista, mi cartera: ¿qué hay adentro? Sacar, mirar, volver a meter, revolver... Así fue como un día trajo por primera vez un objeto a su sesión: una vieja cartera negra de cuero, vacía, que pertenecía a su abuela materna. Ese objeto permitió que algo pudiera comenzar a desplegarse, un objeto para hacer lazo es ya otro estatuto del objeto—distinto a ella como *objeto-cosa-monstruo*—, un objeto para ella.

En cuanto a su integración socio-educativa, el principal obstáculo fue manifestado por su docente: las complicaciones se presentaban cuando Emilse se enojaba ante aquello que *no sabía hacer*. Entonces, tiraba los lápices o rompía el cuaderno, quejándose de los otros.

He aquí la dificultad de articular lo Uno con lo diverso—presente tanto en la niña como en quienes la rodeaban—. Trabajamos junto a los docentes permitiéndoles desplegar lo que tenían para decir, y también invitándolos a asumir la responsabilidad de la tarea en cada encuentro con la niña—abriendo de este modo un saber-hacer que podían verbalizar aunque sin ponerlo aún en juego—. Ese *saber hacer* implicaba recurrir a los integrantes del Equipo de Integración abriendo el juego que podemos llamar “permutativo”, evitando ocupar el lugar del sujeto supuesto saber.

Había que respetar lo que cada uno tenía para decir del asunto (sujeto). Así, estudiado las paradojas que se hacían presentes y haciéndole lugar al malentendido, se fue construyendo un saber y delimitando un lugar para un deseo de encuentro con el otro. Los nuevos anudamientos—obtenidos a través de la palabra y el lenguaje— permitieron establecer un lazo social sostenido.

* * *

Nuestro trabajo consiste en darle al débil un ovillo de hilo como el que Ariadna le ofreciera a Teseo para que –luego de vencer al Minotauro– no se extraviara en el laberinto y encontrara la salida. Teseo sostuvo su apuesta: rechazó quedarse encerrado ocupando el lugar de la víctima.

Freud hablaba del laberinto de las pulsiones extraviadas, *de volver a enrollarlas en el carrete al que pertenecen*. ¿A que carrete? La teoría psicoanalítica provee del hilo, lo demás será el trabajo de análisis.

La aparición de efectos de sujeto no está garantizada para todos. No sabemos qué sucederá. Pero no retroceder, tal vez permita *hilar* otra respuesta ante la debilidad mental.



ANEXO IV

¿Y ante la debilidad mental, qué?

SILVIA YOUNG¹
TERESA FLIMAN²

Que se necesite hacer tantos esfuerzos para obtener *no demasiado trabajo* muestra bien que algo cambió.

JACQUES LACAN, *De un Otro al otro*

El título de este escrito hace referencia a una pregunta que nos venimos planteando acerca del tratamiento posible desde una perspectiva psicoanalítica y en el marco de un abordaje institucional con sujetos que presentan una posición de debilidad mental.

Para ello nos proponemos situar el recorte del caso de una joven de 23 años, quien se encuentra viviendo desde hace ocho años en un hogar terapéutico³ en forma permanente.

1. Lic. en Psicopedagogía, Magíster en Gestión, Formación en Psicoanálisis, Fundadora y Coordinadora General de la Fundación *Otium*, Docente en el Instituto, Dr. Domingo Cabred y en Seminarios de Post Grado, autora del Libro “Psicopedagogía y Discapacidad” (Ed. del Boulevard, Córdoba, 2001) y de diversos artículos. Córdoba, Argentina.
E-Mail: silviayoung_07@hotmail.com.
2. Lic. en Psicología, formación en psicoanálisis, Coordinadora Técnica Terapéutica de la Fundación *Otium*, Coordinadora de Práctica Supervisada en la fundación *Otium*, autora de diversos artículos, Integrante del Equipo clínico docente de la ex Clínica Berman. Córdoba, Argentina.
E-Mail: tfliman@hotmail.com.
3. Se trata de un hogar que aloja a personas que presentan diversas patologías psíquicas ofreciendo un dispositivo de “trabajo entre varios” en el cual las

Esta joven pareciera no poseer un discurso propio, sus palabras están vacías de sentido, su decir es reiterativo, no puede historizarse y su cuerpo da la impresión de no pertenecerle.

En el relato familiar se escucha inconsistencia y fragilidad en los vínculos, haciéndose evidente que es tratada como objeto –“un paquete”– lo que la deja a la deriva.

A la primera consulta llega la pareja actual del padre quien manifiesta que no quiere perder esta relación y que le resulta imposible intervenir entre la joven y su padre. Refiere que la trata como a una bebé y que ella “usa” esa situación. Por ejemplo: se orina y defeca encima, por lo que el padre la baña debido a sus “supuestos” impedimentos físicos, generándose situaciones cargadas de erotismo. El padre no puede ver esto y responde que es “como si fuera una bebé, que no entiende de esas cosas”.

La joven presenta una parálisis cerebral que ha afectado parcialmente sus miembros inferiores, por lo que ha tenido algunas operaciones quirúrgicas, necesitando en esa época utilizar un andador para desplazarse.

La pareja del padre dice que por razones laborales no tiene tiempo para dedicarse a ella al igual que él, por lo que la joven pasa mucho tiempo sola o con una empleada, hasta que ellos lleguen de trabajar.

Cuando la conocimos se presentó con voz aniñada, golpeándose las piernas con los puños y haciendo extrañas gesticulaciones con el rostro.

Al querer conversar con ella resulta muy difícil sostener un diálogo; se remite a responder : “ sí”, “no” o “no sé yo”. Su modo de establecer lazo con el otro es mediante la reiteración de preguntas tales como “¿de qué signo sos?”, “¿dónde vivís?”, “¿qué colectivo te tomaste?”, “¿qué comiste?”, etc., las que se repiten indefinidamente como si las respuestas cayeran en un vacío, aún cuando hemos podido verificar que las recuerda.

intervenciones del equipo se particularizan frente a cada sujeto, dando lugar a que cada uno vaya haciendo un trabajo de subjetivación e historización.

Si le formulamos preguntas relativas a su estado y situación, contesta de forma confusa y estereotipada; a pesar de aparentar contar con un vocabulario muy amplio, cuando debe utilizarlo para dar cuenta de su propia vida, no puede.

En los intentos por mantener una conversación resulta difícil que sostenga una lógica o un hilo conductor: pasa de una idea a otra sin una clara relación entre las mismas. Al interrogarla o pedirle una explicación acerca de lo que está diciendo se confunde y termina contestando “no sé, no sé nada yo” o, en ocasiones, enojándose y afirmando con insistencia lo que ya dijo sin poder explicarlo.

La joven viene de una compleja organización familiar con parejas ensambladas, de las que varios miembros presentan patologías psiquiátricas severas. Sus padres se separaron cuando ella era una niña. La madre falleció cuando tenía 13 años de edad y estaba viviendo temporalmente con su padre. La institución a la que asistía en aquel momento había sugerido que viviera en forma permanente con él, debido al estado de abandono en el que se encontraba con su madre.

El padre cuenta que... “prefería estar en un bar tomando café y charlando todo el día... antes que en la casa”, “todo estaba siempre sucio y roto”.

Desde muy pequeña la joven comenzó con tratamientos kinésicos debido a las alteraciones en su marcha y a su “pie equino”, diagnosticándosele Parálisis Cerebral por una supuesta hipoxia perinatal. Los informes de aquella época destacan su “excelente psiquismo”, lo que resulta llamativo: ¿acaso hacían referencia a su modo de expresarse utilizando un amplio vocabulario, tal como lo hace actualmente? Hoy podemos decir que es repetitivo y sin coherencia lógica.

Permanece horas sentada en un mismo lugar sin manifestar deseos de hacer nada. Lo mismo ocurre cuando (generalmente al despertar) se orina en la cama, quedándose en esa situación sin molestarle y –hasta podríamos decir– gozando con eso, como si su cuerpo sólo fuera un orificio erógeno, sin *ex-sistencia*, sin un

imaginario en tanto cuerpo visto por el otro, sino sólo como reflejo de su organismo, tal como lo plantea J. D. Nasio⁴.

Pareciera no tener registro inconsciente de su imagen, ni sensaciones corporales. Se mira al espejo sin verse y no registra el dolor. Se golpea el cuerpo, se pellizca o se rasca con fuerza llegando a lastimarse. Ha manifestado conductas exhibicionistas y masturbatorias sin pudor, las que actualmente están cediendo.

Tiene convulsiones que aparentemente comenzaron alrededor de los 10 años, las que se desencadenan a partir de vivencias conflictivas y que a veces suelen ceder con Valium oral y ciertas expresiones de cariño y contención.

Habla sola con distintas voces y tonos, hablándose a sí misma en tercera persona: “te dije que eso no se hace”, “sos una tonta, que estúpida que sos”. También, cuando está sola, aislada, mantiene esas conversaciones y si se le pregunta por ellas responde: “nada, estoy hablando sola”. Ha llegado a tirarse del pelo exclamando “¡Ay, no me tirés el pelo!” –diálogos en los que también aparecen todo tipo de insultos–.

Es común que repita frases hechas que no puede desarmar en una cadena asociativa, o que tenga ideas inamovibles como, por ejemplo, cuando se dirige a alguien que trabaja en la institución con un “¿estas son horas de llegar?”. Si su interlocutor le explica que concluyó su horario de trabajo y que se está retirando, ella retruca: “no me importa que te estés yendo. Yo te digo: ¿estas son horas de llegar?”.

En ocasiones, cuando canta suele cambiar las letras de las canciones. Al señalárselo, responde “¿ah sí?”. Sin embargo, si vuelve a cantarla lo hace como ella quiere, sin reconocer el equívoco como tal. Parece el cuento de la “buena pipa...”.

Nos preguntamos qué lugar ocupó en el fantasma materno, qué pasó con los intercambios simbólicos necesarios entre madre e hija para bordear y dar un rodeo narcisístico a ese cuerpo. ¿Podemos afirmar que no hubo encuentro?

4. V. Nasio, Juan David. *Mi Cuerpo y sus Imágenes*, Paidós, Bs. As. 2008.

Para ella, su madre fantasmática es aquella que la dejó, la que se fue y se murió: “Me prometió que me iba a llevar a Buenos Aires y no me llevó, se fue, estoy enojada con ella”.

Frente a esta fragilidad yoica, evocamos al Freud de *El Yo y el Ello*:

O sea que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico⁵.

Trabajamos intentando hallar una palabra que pueda ser suya prestándole elementos a su decir, pero cuesta muchísimo ya que pareciera estar instalada como sujeto en un discurso monolítico, sin metáforas y con un pobre deslizamiento significativo. No puede separarse de los significantes del Otro y menos aún interrogarse por su deseo. Resiste con fijeza mental a esos “préstamos” que intentamos para que se introduzca algo que interrogue o que abra su discurso y deje expuesta alguna falla en el Otro.

Pierre Bruno afirma:

La tendencia del débil es la de identificarse deliberadamente, por una especie de elección de identidad, con este significante que en lo sucesivo dará respuesta a todo (equivalente a un nombre propio) y le servirá para volver caduca la lengua como fuente de equívocos⁶.

Pareciera que hay un término oscuro que la envuelve toda, acerca del cual no puede interrogarse.

Suele repetir con insistencia devastadora para ella: “dijo mi tía o mi papá... que me van a venir a busca el próximo domingo. ¡Sí,

5. Freud, Sigmund. “El yo y el ello” (1923), en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1989, Volumen XIX, nota 16 a la p. 27.

6. Bruno, Pierre. Bruno, Pierre. *À côté de la plaque. Sur la débilité mentale. Ornicaire?* 37, Paris, abril-junio de 1986 (versión española disponible en revista Pliegos n° 1, Madrid, 1996, p. 43).

te digo que sí!” –golpeándose las piernas, el cuerpo y arañándose en la insistencia–, cuando en realidad es algo que ella afirma con una certeza que la angustia, sin ser verdadero, quizás porque la incertidumbre está incluida en lo que dice. ¿Podríamos pensar que está buscando la garantía de un Otro no-equivocado para asegurarse como sujeto?

Tanto la tía materna como el padre suelen dejarla esperando sin muchas explicaciones y con respuestas evasivas frente a sus preguntas –generalmente acerca de si pasarán a buscarla–. Esto ha logrado ser puesto en palabras y, hoy en día, al menos puede decir “son unos pelotudos”, “yo estoy sola”, “no me quieren”, “nadie me quiere a mí”. Hoy puede llorar, angustiarse y verbalizar algo de lo que le pasa aunque en situaciones límites, porque tiende rápidamente a cerrarlo con su “no sé yo, no sé nada yo”. Se golpea y dice: “soy una estúpida”. También, más recientemente ha dicho: “no quiero hablar con vos porque me vas a dar una mala noticia” (suponiendo que le informaríamos que su tía no vendría a buscarla).

Por otra parte, su padre necesita demostrarnos todo el tiempo que él es quien decide, y suele dejarnos en la institución con la misma sensación de impotencia e incertidumbre hasta último momento. Recordamos aquí a Lacan cuando afirma en *El Atolondradicho* que “la debilidad mental proviene más bien del decir parental”⁷, o cuando habla de la “educación psicotizante del débil” en el Seminario 11⁸.

Al decir de Pierre Bruno, esa debilidad del pensamiento conserva intacto al Otro, se convierte en su siervo, ocultando su impotencia para formular la verdad y también para decirla a medias.

Trabajamos con estas situaciones, intermediando para confirmarlo o anularlo con ellos, remarcando la importancia que tiene para ella no saber qué pasará; así se tranquiliza por un tiempo

7. Lacan, Jacques. “El Atolondradicho” (1972), en *Escansión 1*, Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 34.

8. Lacan, Jacques. *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos...* (1964), Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 246.

y, últimamente, ha logrado pedirnos ayuda para que habláramos con ellos.

Las intervenciones que más la tranquilizan en esos momentos son las que apuntan a aliviarla: “Yo me encargo, vos quedate tranquila”, o “yo hablo con tu papá para que lo confirme”.

Sin embargo, hay cierta recurrencia en los planteos de este mismo orden más allá de lo estrictamente familiar; por ejemplo fechas para diferir en el tiempo distintos eventos que tal vez escuchó y tomó del decir de otros: “me voy a casar el día... y me voy a ir de luna de miel a Punta del Este”, “la fiesta del sombrero va ser el viernes 20 de junio”, etc., que luego repite incansablemente. Uno se pregunta: ¿qué pasará cuando llegue el día? Nada, no pasa nada...todo vuelve a comenzar con alguna otra cosa.

Su vida transcurre en el tiempo por venir, siempre de lo que está o queda pendiente, el que manifiesta con una preocupación reiterada, necesitando confirmar que va a ocurrir y padeciendo dicha espera.

No acepta el “tal vez”, “a lo mejor”, “ya vamos a ver”... Sin embargo, si acaso llega ese momento tan esperado lo disfruta poco, e incluso tolera con demasiada facilidad que no se produzca.

El problema pareciera estar en el tiempo de espera que ella misma va proponiendo, como una vida de la que no se puede apropiarse. No parece haber registro del tiempo ligado a un deseo, todo cae en un vacío y el ciclo vuelve a comenzar en una total circularidad.

Es como si sólo importara la enunciación en sí misma y no el enunciado y su significación, es un puro deslizamiento.

Con las fechas le sucede algo similar: al comenzar el mes rápida y casi maquinalmente relaciona cada día con el número que le corresponderá –por ejemplo, uno puede preguntarle qué día caerá el 17 de enero y ella automáticamente responderá bien–. Sin embargo si el mes anterior tuvo 31 días se desorganiza y se confunde hasta que logra volver a armarlo. Puede leer también los precios en las publicidades, pero es incapaz de realizar cuentas matemáticas de suma o resta, y de conocer el valor del dinero.

Las personas y las cosas han estado ante ella como objetos en toda su materialidad real sin significar nada, tal como son y sin provocar afectos, la dejaban indiferente y sin investidura libidinal.

Pero podemos decir que, gradualmente, algo de esto se está movilizándolo...

Surgen expresiones de susto, de sobresalto, de enojo, de bronca y de llanto que resultan pertinentes y son nuevas en ella. Recientemente, en una conversación en la que insistía con que vendría su tía y en la que le respondíamos que su tía no había avisado nada, nos lanzó un “no me trates como a una tonta”. A partir de esta frase, ¿se podrá introducir en ella un interrogante?

El trabajo con la joven está orientado a una apuesta por el sujeto, tomando su lengua y su modo de posicionarse frente al Otro para, a partir de esto y contando con algunos signos transferenciales, ir elaborando un saber, construyendo un cuerpo y produciendo una división en el Otro que le permita separarse de su discurso y no quedar atrapada en él.

Las intervenciones cotidianas de los acompañantes terapéuticos en la institución que apuntan a que llegue a apropiarse de su cuerpo y de sus objetos, han posibilitado que hoy pueda hacer ciertas referencias a su cuerpo y rodearlo con algunos adornos –collares, aros y carteras– y que incorpore ciertos hábitos de higiene que puedan ser para ella valorados.

En este momento ha logrado establecer otro modo de lazo con los otros, donde aparece cierta dialéctica y un mínimo diálogo. También se pudo conectar con algunas actividades en los talleres grupales de la institución.

¿Podrá ir elaborando un saber-hacer con su saber y darle una dimensión subjetiva a eso que le pasa?

Quizás, de una manera muy tenue, algo de esto está ocurriendo.

ANEXO V

Encore, la debilidad en cuerpo

GERARDO MÁXIMO GARCÍA¹

Toda pisada deja huella
Pero toda huella es inmóvil
Nada que ver con el hombre o la sombra
Que una vez pasó.

ROBERTO BOLAÑO, *Los perros románticos*

En *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud partiendo del análisis de las perversiones sexuales, realiza un recorrido hasta hacer de la perversión estructura común a todo sujeto. El niño perverso polimorfo da cuenta de la amable debilidad del cuerpo con relación al Otro. Freud nos habla de una experiencia de satisfacción que después devendrá ficción. Tenemos que considerar que “infancia” no es para Freud un término cronológico, sino retórico.

1. Gerardo García es psicoanalista, dedicado a la práctica del análisis desde 1974. La transmisión del psicoanálisis constituye uno de sus intereses fundamentales interrogando particularmente el vínculo existente entre psicoanálisis, arte y malestar en la cultura. Ha fundado en 1995 la Escuela Freudiana-Córdoba, y en 2009, la Escuela Freudiana de Mendoza. Algunas de sus publicaciones recientes son: “La metamorfosis del objeto”, Alción, Córdoba 2004; “La psicoanálisi”, UOC, Barcelona 2005; “Teoría psicoanalítica: reflexiones para la intervención clínica”, AAVV, UOC, Barcelona 2006; “El psicoanálisis y los monstruos”, UOC, Barcelona 2007; “No Matar. Debate sobre la responsabilidad”, AAVV, Editorial U. N. C. Córdoba. 2007.
E-Mail: gerardomaximogarcia@hotmail.com.

En *Teorías sexuales infantiles* nos dice que los datos que recoge pertenecen a niños, pero así también a los recuerdos infantiles de sujetos adultos en análisis: la pulsión seguirá siendo siempre parcial. Desde entonces, no sabemos muy bien qué es un cuerpo y cuál es su relación con el tiempo.

UN RETRASADO NOS INSTRUYE

Guy Davenport, poeta, traductor, profesor universitario, uno de los críticos de arte más interesantes de los últimos años, evoca que siendo niño se pensaba de él que era un retardado y que todos los indicios llevaban a pensar que así era. Ahora, nos dice, no tiene recuerdos de su primer año de primaria, salvo que no fue admitido hasta los siete años y que se mojaba regularmente los pantalones, por lo cual era enviado a su casa casi diariamente, a pedido de la atribulada maestra. Ha olvidado, nos dice, el nombre e incluso el aspecto de su maestra pero rememora la existencia de dos compañeros singulares de clase. Uno de ellos, ahora psiquiatra, se desmayaba cuando lo llamaban y al otro con frecuencia le daba un patatús. Davenport aprendió a controlar la vejiga hacia el tercer año, pero el que se desmayaba y al que le daba el soponcio no dejaron de perturbar a sus maestros con sus indisposiciones hasta el día de la graduación.

Se refugió en la lectura y tuvo que aceptar, como lo hizo su familia, que esa disposición formaba parte de su condición de retardado. Cuando mucho tiempo después dio con la palabra “opsimatía” —el conocimiento que se adquiere tarde en la vida— pudo apreciar, nos dice, las trágicas implicaciones de una educación tardía.

En la carta que J. Lacan le enviara a Tomás Segovia, el traductor de los *Escritos*, el 15 de octubre de 1970, le devela el enigma de las letras que encontramos al final de “La instancia de la letra”:

Nadie puede pescar ahí la menor idea. Pero a usted, que pone un cuidado tan maravilloso a mi servicio, le confesaré lo que no he confiado nunca a nadie. Se trata de las iniciales de la frase que po-

dría decirme a mi mismo en esa fecha desde hacía mucho tiempo y con lo que así oculto mi amargura. *‘Tu t’y es mis un peu tard’*. (= ‘Te has puesto a la obra un poco tarde’). La e falta en los *Écrits...* espero, no en el texto original.

EL OFICIO DE LA BELLEZA

Pertenece, afirma Davenport, a una sociedad que lee mal y transmite execrablemente lo que lee.

En *El museo en si*, nos aproxima bellamente a la lectura del trayecto último de un hombre, su apreciado Ezra Pound.

Al terminar la absolución que le dio un benedictino de estola negra con un hisopo y un incensario, cuatro gondoleros luciendo su mejor traje de domingo llevaron el féretro a través de la puerta del Paladio de San Giorgio Maggiore; enseguida lo depositaron con mañas entre los ramos de flores de una góndola negra, en cuya popa treinta y cinco rosas de coral viajaron en un alto esplendor solitario. Con su carga de flores y el cuerpo frágil de un anciano que había muerto mientras dormía, la góndola se abrió paso cadenciosamente por los canales de Venecia rumbo al campo santo de San Michele. Al llegar, los gondoleros bajaron el ataúd de sus hombros y lo deslizaron con las cuerdas que lo depositarían en el interior de la tumba, donde habría de reposar ligeramente ladeado.

Sabemos que la belleza es un argumento, pero más allá de la precisa descripción de las vestimentas del sacerdote y de los gondoleros, el detallado relato de la disposición de las flores, no se dejan de lado los temas ineludibles: la muerte silenciosa, el paso cadencioso de la góndola hacia el lugar inexorable, la incomodidad del reposo dado que el ataúd se nos presenta ligeramente ladeado.

Descontento del cuerpo, quizás, con la residencia temporal que lo confina a un humus extraño: Ezra Pound había especificado en su testamento que a su muerte fuera inhumado en Hailey, Idazo, donde había nacido.

Teníamos la ilusión de que los oficiantes sabían cómo manejarse con el cuerpo: la absolución, los instrumentos en juego, hisopo e incensario, el depositar con pericia el ataúd entre los ramos de flores, la destreza de los gondoleros con los aparejos.

Pero, la relación con la cosa no se presenta nunca tan fácilmente, algo queda torcido. Quizás es mejor que así sea.

OTRO CUERPO, OTRA MUERTE

Lacan solía decir que era alegre y hasta travieso, en definitiva, se divertía. En sus textos hacía bromas que no eran del agrado de los universitarios. Compartía con Dante la convicción de que la tristeza era el mayor de los pecados. Irónicamente apuntaba que no tenía más que una sola pesadumbre en lo que había sido el curso de su vida: que hubiera cada vez menos personas a quienes pudiera decir las razones de su alegría cuando las tenía.

En los últimos años de su vida, la audiencia siempre numerosa de su seminario y algunas de las personas que se analizaban con él, comenzaron a advertir la acentuación de la fatiga de su maestro. Su voz se quebraba por momentos, sus ausencias se tornaron notorias, los silencios más acentuados. En 1978, en la sesión inaugural del seminario *La Topología y el tiempo* Lacan perdió la palabra. La audiencia quedó estupefacta y silenciosa. Las elucubraciones fueron variadas.

Lacan se había diagnosticado a sí mismo, poco tiempo antes, un cáncer de colon. A pesar de que el tumor estaba localizado rechazó operarse. Con su sonrisa habitual que causaba tanta irritación en algunos, habría dado sus razones a los más cercanos: “Es mi capricho”. A mediados de agosto de 1981, la operación se tornó inevitable. Imprevistamente, pocos días después, se abrió la sutura mecánica generándose una infección generalizada que lo llevó a la muerte. Su cuerpo fue trasladado en plena noche y en la declaración de defunción se apuntaba que Lacan había muerto en su domicilio de la calle de Assas: “Muerto bajo un nombre falso y después declarado muerto ante el estado civil en un domicilio

donde no había muerto; tal fue el destino último de aquel gran teórico de la verdad”, relata E. Roudinesco, en *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*.

En la noche avanzada, cuando ya no podía estrecharse a la intrepidez de sus pasos porque ya estaba excesivamente lejos de los mismos, se consumaba su designio de objeto.

¿Deberemos creerle a Macbeth cuando nos grita con furia que la vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea, un cuento narrado por un idiota con gran aparato, y que nada significa?

FUEGO FATUO

Lacan ya había destacado en 1964, en *Los cuatro conceptos*, que durante dos años había sido negociado justamente por quienes estaban en posición de colegas y de alumnos.

Ser objeto de negociación no es sin duda, para un sujeto humano, una situación insólita. La situación no tenía pues nada de excepcional, si se descarta que el hecho de ser negociado por colegas y hasta alumnos, recibe a veces, visto desde afuera... otro nombre.

Consideré oportuno no lamentarse de la inhabilitación de su enseñanza, sino dar testimonio de las razones estructurales que hicieron que se apuntara al corazón del objeto por las condiciones inherentes al mismo. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, se inicia con el apartado *La excomunión*, donde se compara con Spinoza quien padeciera en 1656 la excomunión mayor y luego de un tiempo, la imposibilidad de regreso a la comunidad religiosa a la que pertenecía.

Lacan ironiza, señala que no está diciendo que la comunidad psicoanalítica sea una Iglesia, pero añade que esto no es imposible y que inexorablemente surge la pregunta sobre lo que en tal comunidad puede tener resonancias de práctica religiosa.

Esa pregunta ineludible, es importante no solo referirla al momento puntual en que la interdicción de la enseñanza de Lacan se produjo, sino que es necesario sostenerla en lo actual, respecto a las modalidades de transmisión y de lectura donde se hace privilegio a la claridad o en la intención de elucidar a Lacan. Una de las consecuencias es que se liga la enseñanza a la iniciación y otra es que conduce a que no se aborde directamente la lectura de los seminarios y los escritos de Lacan.

Sabemos que el psicoanálisis es una anti-iniciación, y en cuanto a la claridad, recordemos que Lacan supo decirnos en el seminario 21, *Los Nombres del Padre*, que el analista es el fuego fatuo y que su ventaja reside en que no hace *fiat lux*: “El fuego fatuo no ilumina nada, sale incluso ordinariamente de cierta pestilencia. Esa es su fuerza”.

LA HORRIBLE PESTILENCIA

La peste acompañó al psicoanálisis desde sus albores cuando Freud anudó el drama humano con *Edipo Rey* de Sófocles. La peste, llevada por el mismo Freud a Estados Unidos, fue objeto de operaciones de asepsia reiteradas para su no propagación en el nuevo mundo o bien para atenuar los efectos de la misma.

Si en la obra de Freud el protagonista por excelencia es Edipo, en Lacan la figura ciega de Tiresias que por un tiempo fue Teresa, es la que reaparece una y otra vez.

Edipo triunfa en el plano de la palabra y la Esfinge elige la muerte voluntaria precipitándose en el barranco. El héroe no toca al monstruo, ni tampoco desciende para arrancar las abigarradas escamas de la Esfinge y hacerse de ellas. Su victoria es demasiado aséptica, porque evita la pestilencia. Nosotros podemos olvidarnos de la Cosa, pero ella no se olvida de nosotros y reaparecerá entonces bajo la forma de la peste.

En el epílogo del seminario *Los cuatro conceptos*, que data del 1 de enero de 1973, Lacan nos avisa del lazo de la pestilencia con el goce:

Lo horrible es que la relación que fomenta toda la cosa no tiene que ver sino con el goce y que la prohibición que arroja sobre él la religión junto con el pánico con que procede a su respecto la filosofía, hace surgir una multitud de sustancias para sustituir a la única adecuada, la imposible de hablar por ser lo real.

E inmediatamente después refiriéndose al sujeto y la sustancia: “Esta *estancia-por debajo* tal vez se dé como más asequible por esa forma en lo que ya escrito del poema conforma el decir menos tonto”.

La tontería, que había abordado unas pocas semanas antes, en el inicio del seminario *Aún*, al referirse al goce como necesidad, la *bêtisse* en definitiva.

¿No se sostiene acaso el discurso del psicoanálisis por sustentarse en la dimensión de la necesidad?

Pero entonces, ¿de qué hablamos cuando hablamos de debilidad?

LAS ALAS DE LA DEBILIDAD

El seminario 24 que Lacan dictara en 1976-1977, fue titulado *L'insu que sait de L'une-bévue s'aile à mourre* y es quizás aquel en el que las indicaciones con relación a la debilidad mental sean más constantes.

Susana Sherar y Ricardo Rodríguez Ponte, traductores al castellano del seminario, nos dan en un inicio los motivos que los llevaron a mantener sin traducir el título: “No se trata de que sostengamos que este título sea intraducible, sino que en este caso nuestro deseo de traductores ha retrocedido ante la pérdida de lo que siempre se pierde en la traducción”.

En la quinta clase del mismo seminario Lacan recuerda que había prometido un prefacio para la edición italiana de *L'Étourdit*. Pero luego de consultar a una persona para quien la lengua italiana era la materna, Lacan propuso que no se tradujera su prefacio y luego añade: “tanto más cuanto no hay ningún inconveniente en que no se traduzca nada”.

Lacan trata de introducir algo que va más lejos que el inconsciente. Nos lanza que todo lo que no está fundado sobre la materia es una estafa. Lo material se presenta como consistente, bajo la subsistencia de un cuerpo. Lo no sabido que sabe, la sustancia de este saber, la materialidad que está debajo, no es nada diferente que el significante.

Retoma, en definitiva lo que había enunciado en *Encore* como el hueso de su enseñanza: “Hablo sin saber. Hablo con mi cuerpo y sin saber. Digo siempre más de lo que sé. Con ello llego al sentido de la palabra sujeto en el discurso analítico”.

Al hombre, ese saber se le impone por efectos del significante y no le procura comodidad, no sabe hacer con el saber. “Es su debilidad mental, de la que no me exceptúo –dice Lacan– porque tengo que vérmelas con el mismo material que todo el mundo, con este material que nos habita”.

La consecuencia es que la debilidad mental toca a todo el mundo. El analizante dice lo que cree verdadero, pero el analista sabe que no habla sino al costado de lo verdadero. Freud, añade Lacan, delira ahí justo lo que es preciso, dado que imagina que lo verdadero es el núcleo traumático. Ese pretendido núcleo no existe, no hay sino más que el aprendizaje que el sujeto ha sufrido de una lengua entre otras, la que es para él *lalengua*.

Lalengua, es una obscenidad, lo que Freud designa como la ob-trescena, como la escena que el lenguaje ocupa por su estructura, estructura elemental que se resume en el parentesco.

Lo que continúa siendo asombroso, es que los analizantes no hablan sino de eso, porque en definitiva, sus parientes próximos, la parentela, son los que le han enseñado *lalengua*.

Hay que aceptar las condiciones de lo mental, en cuyo primer rango está la debilidad, lo que quiere decir la imposibilidad de sostener un discurso contra el cual no hay objeción.

Se intenta hacer lo mejor para arreglar eso señalando que el discurso deja huellas, historia que nos llega con Freud desde el *Proyecto de psicología para neurólogos*.

Pero la memoria es incierta, o al menos no permite contar sobre las huellas que uno le atribuye cuando se trata de la memoria del discurso. Bolaño nos asiste al respecto en el epígrafe.

“Hay que promover esas objeciones a la práctica del análisis.

Freud era un débil mental –como todo el mundo, y como yo mismo en particular–”, concluye Lacan el 19 de abril de 1977, en la sesión número siete de *L'insu*.

Nos preguntamos: ¿por qué como yo mismo en *particular*?

LAS FECHAS DE LO PARTICULAR

Anoche soné que cuando llegaba acá, no había nadie. Con eso se confirma el carácter de anhelo del sueño. A pesar de que también recordaba, en mi sueño, que había trabajado hasta las cuatro y media de la mañana, y estaba algo escandalizado de que no fuera a servir de nada, era de todos modos la satisfacción de un deseo, a saber, que podía entonces abanicármelas.

Este sueño es relatado por Lacan el 15 de mayo de 1973 en el marco del Seminario *Encore*, en la que sería la penúltima reunión. Quince días después, el 30 de mayo muere Caroline, la hija mayor de Lacan en un accidente.

Sibylle Lacan relata escuetamente la muerte de su hermana en su libro *Un Padre (puzzle)*: “He visto llorar dos veces a mi padre. La primera cuando nos anunció la muerte de Merleau-Ponty, la segunda cuando murió Caroline. Embestida de lleno por un mal conductor japonés en una carretera junto al mar, a la caída de la tarde, mi hermana murió en el acto”.

Dos semanas después de la muerte de Caroline, el 14 de junio, Lacan le escribe a Paul Flamand, fundador de Editions du Seuil: “Sí querido, era mi hija mayor y estoy en duelo profundo, profundo.”

A pesar de su estado de duelo, Lacan reinicia su seminario el 26 de junio con la reunión número once, titulada *La rata en el laberinto* y que será a la vez la última de *Encore*.

Es la primera reunión luego de la muerte de Caroline y es adecuado tenerlo en cuenta dado que al finalizar la reunión del 15 de mayo están insertas las respuestas de Lacan a algunas preguntas que J.-A. Miller le formulara para el establecimiento del texto de esa lección. Estas respuestas están fechadas el 22 de octubre de 1973, dos semanas antes del inicio del seminario *Los nombres del padre*.

Lacan retoma en esa última reunión, lo enunciado en el curso del año y particularmente la primera reunión, titulada *Del goce*. Nos dice que algo habló del amor, pero que lo que fue el eje, la clave de lo que expuso concierne al saber y remarca el énfasis en que su ejercicio sólo podía representar un goce.

Lalengua sirve para cosas muy diferentes a la comunicación, nada es menos seguro que sirva en primer lugar al diálogo. Hay una idiocia de *lalengua*.

El saber, en tanto yace en la guarida de *lalengua*, quiere decir el inconsciente. El saber, entonces tiene la mayor relación con el amor y todo amor encuentra su soporte en cierta relación entre dos saberes inconscientes.

Pero detengámonos en el final de la reunión, donde retoma la temática del trabajo y la satisfacción, que estaban presentes en el sueño que relatara:

Ya está, los dejo. ¿Les digo hasta el año que viene? Fíjense que nunca lo he dicho. Por una razón muy simple, y es que nunca he sabido, en veinte años, si iba a seguir al año siguiente. Eso forma parte de mi destino de objeto *a*. Después de diez años, me quitaron la palabra, en suma. Se da el caso que, por razones en las que se mezclan el destino y las ganas de complacer a algunos, seguí aun diez años más. De estos veinte años he cerrado el ciclo. ¿seguiré el año que viene? ¿Porqué no detener el aun? Después de todo, cabe que al aun le ponga un basta. Muchos creen conocerme y piensan que así consigo una satisfacción infinita. Comparado con el trabajo que me da, confieso que me parece poca cosa.

HAY QUE SER INCAUTO (DUPE)

El 6 de noviembre de 1973, Lacan da inicio al seminario *Les Non-Dupes Errent*, traducido como *Los no incautos yerran* o *Les Noms Du Père, Los nombres del padre*.

Recomienzo. Recomendado puesto que había creído poder terminar. Recomendado incluso porque había creído poder terminar. Es lo que llamo por otra parte “el pasado”. Esto de pronto permite ver cierto relieve; un relieve de lo que he hecho hasta ahora.

El trabajo, todo el mundo sabe de dónde viene en la lengua que les parlo. Viene de *tripalium*, que es un instrumento de tortura que estaba hecho de tres estacas. El trabajo tal como lo conocemos por el inconsciente es lo que hace de las relaciones –las relaciones con ese saber por el que somos atormentados– es lo que hace de esas relaciones el goce.

¿ACASO ES POSIBLE UN BUEN FINAL?

Lacan eligió como epígrafe de su escrito *La instancia de la letra en el inconsciente*, unas líneas que extrajo de los *Cuadernos* de Leonardo Da Vinci y a él nos remitimos para concluir:

Oh, ciudades del mar, veo en vosotras a vuestros ciudadanos, hombres y mujeres, con los brazos y piernas estrechamente atados con sólidos lazos por gentes que no comprenderán vuestro lenguaje y sólo entre vosotros podréis exhalar, con quejas lagrimeantes, lamentaciones y suspiros, vuestros dolores y vuestras añoranzas de la libertad perdida. Porque aquellos que os atan no comprenderán vuestra lengua, como tampoco vosotros los comprenderéis.

Otras obras de Pablo Peusner por esta casa editorial

Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana con niños

De la interpretación a la transferencia

* * *

El niño y el Otro

Pertinencia de los cuatro discursos en la clínica
psicoanalítica lacaniana con niños

* * *

El sufrimiento de los niños

* * *